

# En el Salón de los Reyes Marcianos

y otros Relatos



*John Varley*



**John Varley**

*Existen muchos tipos de ciencia ficción. Algunos de ellos caen tan lejos tanto de la ciencia como de la tecnología que últimamente ha empezado a discutirse el uso del término SF, debido a que una gran cantidad de lo que más gusta a los lectores de ciencia ficción puede denominarse, con mayor propiedad, «ficción especulativa» o «ciencia fantasía», en los casos en que la «ciencia» implica grandes cantidades de magia conseguida por medio de transistores. Con la creciente importancia conseguida tanto por la historia de aventuras basada en alguna sociedad primitiva completamente imaginaria, como por la «historia» cuya mayor fuerza no es la narrativa sino una prosa técnica no convencional «SF» significa de tanto en tanto «Somehow it Fits», «encaja de alguna manera».*

*No hay nada que decir al respecto, ni en pro ni en contra. Lo que siempre cuenta es que los lectores disfruten de lo que adquieran, y lo acepten. Eso es una consecuencia del talento del autor, no de su adhesión a alguna escuela particular de pensamiento.*

*Sin embargo, la historia de ciencia ficción clásica sigue siendo el núcleo de la SF. Una historia acerca de gente que vive en un mundo cuya tecnología surge lógicamente del pensamiento científico más plausible de nuestro propio tiempo. Debido a que se trata de una «historia» —una serie plausible de interesantes acontecimientos que conducen a un desenlace satisfactorio—, se centra en los problemas y conflictos a los que se enfrentan unos personajes claramente delineados, con los cuales puede identificarse el lector. Debido a que es una historia de SF, dichos problemas y conflictos deben ser resultado de algún aspecto de la nueva sociedad en que viven esos personajes. Una tal historia no es fácil de crear. Pero si se consigue convenientemente, adquiere una fuerza fuera de lo normal. El autor tiene que estar versado en lo que se está realizando realmente en la vanguardia de la ciencia actual. De su conocimiento de lo que se está ensayando en los laboratorios actuales o de lo que están sugiriendo los pensadores competentes y que el día de mañana puede convertirse en una fructífera realidad tiene que extrapolar sus temas. Se sitúa en la misma posición que un hombre de 1890 conocedor de que existe un destilado del petróleo llamado gasolina (que por el momento es algo casi completamente inútil), que la presión de su vapor es tal que puede ser utilizada para producir explosiones controladas y que algunos grupos reducidos de personas están pensando en construir motores que puedan utilizar esta energía.*

*De eso, el escritor de SF debe poder deducir el desarrollo de fuentes de energía económicas y rentables que utilicen dicho combustible compacto y de considerable valor energético, eliminando así la necesidad de las aparatosas calderas de vapor y los grandes montones de carbón que es necesario acarrear con el vehículo. Tiene que ser capaz de ver, con absoluta claridad, el juguete de un hombre rico evolucionando hasta el Modelo T de la Ford, la evolución de las carreteras locales a una red de autopistas intercontinentales, la desaparición de la necesidad de ciudades-mercado a distancias que puedan recorrerse a caballo, la urbanización del mundo, el apiñamiento de las ciudades, la transformación de las distinciones sociales de clase de su época, la polución del aire y, finalmente, una búsqueda frenética de más gasolina, simultaneada con una búsqueda similar de fuentes de energía alternativas, que puedan conservar la sociedad de la gasolina después de que dicho combustible haya desaparecido.*

*Un escritor de SF de nuestros días, dotado del mismo talento, debería ser capaz a su vez de ver la sociedad del siglo XXI que surgirá finalmente de esa progresión, porque posee el suficiente sentido común como para reconocer que si un oscuro destilado del petróleo mede crear todo un mundo, asimismo su ausencia creará de*

forma inevitable otro distinto, en el cual la presencia de tecnologías alternativas poseerá consecuencias de un alcance similar.

Por supuesto, no necesita ser específicamente correcto hasta el nivel de ser capaz de proporcionar nombres de marcas, direcciones 'e comercios de coches usados, o el nombre del gran hombre de estado que fue concebido en el acolchado asiento de atrás de un Apperson Ocho. Pero la gente y lugares que nombre tienen que sonar creíbles a partir de los hechos conocidos de la ciencia y la sociedad de hoy en día. Deben seguir siendo gente reconocible, capaz de sentir alegrías y tristezas, orgullo y culpabilidad, inspiración y depresión, amor y muerte. Son las cosas que revelan esas condiciones —el entorno en el cual la carne y la mente humana deben desenvolverse— lo que debe edificar con tal habilidad que, aunque nunca lleguen a existir de hecho, sigan siendo capaces de llegar a existir... y, en algún mundo alternativo, quizá existan.

Se trata de constreñimientos casi inhumanos. El escritor de ficción histórica tiene únicamente la tediosa tarea de husmear en las bibliotecas y museos. El escritor de ficción contemporánea tiene tan sólo las dificultades inherentes a mirar a su alrededor y hablar de ello sin verse abrumado por sus propias risas o lágrimas. El creador de mundos susceptibles de existir no puede citar a ninguna autoridad excepto a sí mismo; no puede señalar hacia ningún detalle actual y declarar que es el modelo de su arte.

Inevitablemente, la mayoría de los escritores que están dispuestos a enfrentarse a esta tarea son escritores que se lanzan con ánimo a su empeño y hacen todo lo posible por disimular sus debilidades. Muchos de ellos han recibido primero una educación como científicos o tecnólogos, e imparten sus enseñanzas escribiendo lo mejor que pueden. Tienden a sentirse fascinados por el entorno tecnológico, y se limitan a esbozar a los personajes, del mismo modo que un arquitecto dibujará con todo detalle un conjunto de oficinas y luego añadirá una silueta humana carente de rostro para indicar la escala general del diseño.

Muchos escritores son así. No todos, pero la generalización es válida.

Otros, hábiles en visualizar a los personajes, pero impelidos por una u otra razón a intentar también la extrapolación tecnológica, esbozan unos entornos carentes de profundidad, y describen sociedades que no poseen ningún fundamento plausible. La mayor parte de su trabajo, cuando no resulta ridículo en este aspecto, es mejor leerlo como una sátira. Con frecuencia, a la larga así es como deciden presentarlo deliberadamente, a menudo con excelentes resultados, pero saliéndose por completo de la ciencia ficción y entrando en otra rama de la SF.

Pero no todos los escritores son así. Algunos, ya sea acercándose desde la dirección de la educación tecnológica o bien desde la dirección opuesta, pueblan mundos «auténticos» con genuinos protagonistas que viven realmente en ellos y que, viviendo en ellos, nos cuentan algo acerca de sí mismos que resulta válido, emocionante, a veces hermoso, y no disponible para nosotros de ninguna otra forma. Nos encontramos atrapados en una realidad transitoria de tiempo y situación. El buen —el excelente— escritor de ciencia ficción nos libera de esos constreñimientos.

Y así llegamos directamente a John Varley.

Autor de una novela recientemente publicada, *The Ophiuchi Holline* (en español: *Y mañana serán clones*), Varley es desde todos los puntos de vista una estrella ascendente en el campo de la SF..., en la ciencia ficción en particular. Habiendo iniciado su carrera en 1974, ha publicado también una serie de notables historias cortas, algunas de ellas recogidas aquí. Sus excelencias específicas hablan por sí mismas, y deseo que todos ustedes se complazcan en ellas. No tiene objeto explicarles o entrar en detalles acerca de las circunstancias bajo las cuales fueron escritas, o bien intentar transmitirles a ustedes lo que el autor piensa acerca de ellas.

*La valía de una historia surge con su lectura, y Varley piensa también de este modo. A menudo se aprovecha la realización de una antología de relatos de un autor para convertirla en una autobiografía de dicho autor y en un conjunto de pequeños tratados acerca de las historias. Pero una historia que necesita que se digan algunas palabras acerca de ella es una historia que no contiene todas las palabras que debería contener. La transacción se realiza, en último término, entre el lector y la historia, no con el autor, el cual, si todo ha ido bien, ha realizado ya su trabajo y no necesita interferir como una personalidad.*

*Uno de los rasgos más atractivos de Varley como persona es que opina también así. Es un hombre joven con una educación universitaria en física y en inglés, una gran habilidad en comprender y extrapolar a partir de las actuales líneas de pensamiento en muchas disciplinas científicas, una magnífica utilización del lenguaje, y una residencia en Oregón, donde vive con Anet Mconely sus tres hijos. No le pide a uno que se muestre encantado con su persona, lo cual probablemente sucedería, ni que le deje acudir de visita a su casa para contarle anécdotas acerca de sí mismo. Le ofrece a uno sus historias, y presumiblemente en esas historias pone todo lo que es y piensa. ¿Es necesario algo más?*

*Una cosa sorprendente acerca de esas historias es que probablemente hacen que uno se sienta bien con ellas. La gente que las ocupa resuelve sus problemas, por graves que sean, y se muestra activamente empeñada en resolverlos, y en vivir su vida también. Eso seguramente refleja al propio Varley. Más importante aún, refleja un decidido cambio en la SF desde la década que terminó aproximadamente en 1975, y eso es algo que podemos examinar por unos breves instantes quizá de modo provechoso. En los años cuarenta, impulsada por el optimismo tecnológico del gran director de revistas John W. Campbell, Jr., y sus más prominentes escritores, la ciencia ficción asumió como un dogma que si un hombre se dedica con esfuerzo a la tarea, y aplica su entrenamiento tecnológico al tiempo que sus rápidos reflejos mentales y físicos, todo se derrumbará ante él. Aunque no hay nada que reprochar a eso en tanto que proposición general, y en buena parte es cierto en términos de narración dramatizada, el asunto empezó a perder interés, del mismo modo que lo hace una dieta poco variada, particularmente a partir del momento en que empezó a ser aplicado como una fórmula por escritores mucho menos habilidosos, hacia finales de la preeminencia de la escuela de Campbell.*

*Iniciándose en 1950, con la aparición de fuertes competidores para la audiencia de SF de gran calidad, empezó a producirse una oleada de reacción. Un cierto número de buenos escritores con excelentes historias empezaron a tratar con situaciones tecnológicas que no podían ser resueltas y protagonistas que no se habían graduado con honores en academias técnicas. A principios de los años sesenta, que fueron testigo del inicio de un fermento social, todo esto se trasladó a una predilección por la sátira social, parte de ella teñida de un cierto desaliento hacia las capacidades de la tecnología. Aproximadamente en 1965, esta tendencia había alcanzado con frecuencia el nivel de una franca irritación, junto con una determinada controversia acerca de los ideales de clase media y las aspiraciones tecnocráticas que habían formado parte de la orientación básica de Campbell. Al mismo tiempo, una juvenil impaciencia ante el relato sencillo contado siempre sencillamente había producido una «nueva ola» de escritores que exploraron técnicas alternativas de contar sus historias, a veces con muy buenos resultados. De hecho, sus fracasos, aunque por naturaleza propia mucho más espectaculares, no fueron más frecuentes que los fracasos del relato sencillo torpemente pergeñado por poco dotados artesanos.*

*Entre 1965 y 1975 —de nuevo aproximadamente, muy aproximadamente—, esta tendencia general cabalgó sobre los hombros de la auténtica insatisfacción social. Al principio de ese período, era tan rabiosa como aquellos que protestaban*

por las calles. Se suponía que el mundo estaba yéndose al infierno, que todo lo tradicional era como mínimo muy sospechoso, y que inevitablemente tenía que producirse a largo plazo un cambio a mejor.

Algo de esta forma de pensar persiste todavía, del mismo modo que, durante toda esa época turbulenta, algunos escritores de SF siguieron persiguiendo las posibilidades de la ciencia ficción, separándolas de las recientes formas populares de la SF. Sin embargo, no existen pequeños encasillamientos claramente delineados en el arte. Todo esto, creo, redundará en beneficio de la SF en general... Necesitamos a Brian Aldiss, Tom Disch y Ed Bryant, por citar simplemente a tres, tanto como necesitamos a Isaac Asimov, Arthur C. Clarke y Frank Herbert, por citar a tres escritores más populares con prosa e historias a veces de muy alta calidad. Pero en esa década, si a alguien se le hubiera pedido que definiera brevemente la naturaleza filosófica de la SF, la respuesta habría sido «preventiva».

No obstante, algo nuevo está empezando a emerger. El anhelo de un cambio social se ha vuelto menos explosivo y más firmemente enraizado en el pensamiento concienzudo. Los excesos tecnológicos son reconocidos, y citada su a veces peligrosa intensidad. Sin embargo, ya no existe una sensación tan fuerte acerca de que la tecnología y los tecnólogos no pueden cambiar a mejor. Las injusticias y las desigualdades de la estratificación social están todavía aquí, y son descritas con la adecuada revulsión, pero son enfrentadas con algo más que ignorancia, y distan de ser irresolubles. En la propia comunidad de la SF, está iniciándose una comprensión definida de que las mujeres poseen un lugar no especial, sino igual, y un creciente número de muy buenos escritores nuevos que han entrado en el campo son negros, o mujeres, o ambas cosas a la vez, y sus voces y sus puntos de vista son escuchados. Esas nuevas orientaciones están siendo incorporadas a la SF en general, de modo que se hallan disponibles para cualquiera que conozca el campo y trabaje en él, como ilustran las historias de Varley.

En otras palabras, está empezando a nacer una nueva SF; vigorosa, pertinente, más intensa que nunca. Parte de ella toma prestado de la vieja ciencia ficción no sólo un respeto por la ciencia como el más hábil instrumento del Hombre para comprender el Universo, sino por la tecnología como un instrumento para aplicar ese conocimiento, en manos de individuos con cierto grado de madurez y cierta cualidad de conciencia amplia. Y toma prestado algo más..., la comprensión de que no toda la gente es inevitablemente una víctima indefensa; es decir, que en cada uno de nosotros vive algo que responde a ejemplos de acción positiva. Si responde, ¿no representará también un recurso que podemos utilizar nosotros mismos, para nosotros mismos, si no insistimos en negar su existencia dentro de nosotros mismos?

Hallarán ustedes rastros de toda la historia de la SF en la obra de Varley. El hombre bebe directamente en todo lo que ha surgido antes que él en este campo. No acude a nosotros porque la SF le resulte fácilmente realizable, sino porque se considera una persona perteneciente a la SF. El campo, cualquiera que haya sido la moda, ha contemplado siempre a la Humanidad en términos de nuestro futuro, y nos ha dicho mucho acerca de nosotros mismos, debido a que siempre ha supuesto que el hoy es algo efímero, tan sólo un aspecto del mañana. Sea esperanzador o tétrico, queda fuera de toda cuestión el hecho de que siempre ha sostenido la asombrosa afirmación de que el mañana será distinto, y que por lo tanto es posible que el hoy no sea todo lo que parece.



## EN EL SALÓN DE LOS REYES MARCIANOS

Se necesitaba perseverancia, atención y voluntad de infringir las reglas, para observar la salida del sol en el Cañón Tharsis. Matthew Crawford se estremeció en la oscuridad, el termostato de su traje puesto en situación de emergencia, sus ojos vueltos hacia el este. Sabía que tenía que permanecer atento. Ayer se lo había perdido por completo, a causa de un largo e inevitable bostezo. Los músculos de su mandíbula se tensaron, pero controló el bostezo y mantuvo los ojos firmemente abiertos.

Y allí estaba. Como los focos de un teatro cuando la función ha terminado; apenas un rápido resplandor, un destello de localizada luz de un azul purpúreo por encima del borde del cañón, y se vio rodeado de candilejas. Había llegado el día, el truncado día marciano que nunca llegaba a rozar la oscuridad que colgaba por encima de su cabeza.

Aquel día, como los nueve anteriores, iluminó a un Tharsis radicalmente distinto de lo que había sido durante los últimos soñolientos diez mil años. La erosión eólica de las rocas puede crear una infinidad de sombras, pero jamás excava una línea recta o un arco perfecto. El campamento humano bajo él rompía las desgarradas líneas de las rocas con ángulos y curvas regulares.

El campamento era cualquier cosa menos un modelo de orden. No daba en absoluto la impresión de que alguna planificación hubiera presidido la desordenada dispersión de domo, módulo de aterrizaje, tractores y esparcido equipo. Había crecido, como todos los campamentos base humanos, sin orden ni concierto. Parecía seguir las huellas de la Base Tranquilidad, aunque a mucha mayor escala.

La Base Tharsis se asentaba sobre una amplia cornisa aproximadamente a medio camino hacia arriba del irregular fondo del brazo Tharsis, perteneciente al Gran Valle de la Hendedura. El lugar había sido elegido debido a que era una zona lisa, que permitía un fácil acceso, mediante un ascenso suave, a las planas llanuras de la Meseta Tharsis, al tiempo que se hallaba apenas a un kilómetro del fondo del valle. Nadie podía decir qué área era más digna de estudio, si las llanuras o el cañón. De modo que el lugar había sido elegido como un compromiso. Lo cual significaba que los equipos de exploración debían subir o bajar, porque no había nada digno de estudio en las inmediaciones del campamento. Incluso los estratos visibles y los testimonios de la acción aerológica no podían ser vistos sin subir medio kilómetro, hasta el punto donde Crawford se hallaba ahora para observar la salida del sol.

Examinó el domo mientras caminaba de regreso al campamento. Había una silueta apenas visible a través del plástico. A aquella distancia hubiera sido incapaz de decir quién era de no ser por su negro rostro. Era una mujer. La vio avanzar hacia la pared del domo y limpiar con el brazo un círculo para mirar a su través. Evidentemente, vio el rojo brillante de su traje, puesto que señaló hacia él. Ella también llevaba puesto su traje, excepto el casco, que contenía la radio. Supo que iba a tener problemas. La vio apartarse de la pared e inclinarse para recoger el casco, a fin de poder decirle lo que pensaba de la gente que desobedecía sus órdenes, cuando el domo se estremeció como una medusa.

Una alarma se disparó en su casco, llana y extrañamente relajante a través de su pequeño altavoz. Se detuvo allí por un momento mientras un perfecto anillo de humo hecho de polvo se alzaba en torno al borde del domo. Entonces echó a correr.

Vio el desastre desarrollarse ante sus ojos, en silencio salvo por el rítmico batir de la alarma en sus oídos. El domo estaba danzando y tensándose, intentando echar a volar. El suelo se alzó en su centro, arrojando de rodillas a la mujer negra. Al segundo siguiente el interior era una torbellineante tormenta de nieve. Matthew resbaló en la arena y cayó hacia delante; volvió a alzarse justo a tiempo para ver las cuerdas de fibra de vidrio del lado más cercano a él romperse y soltarse de las escarpas de acero que anclaban el domo a la roca.

Ahora el domo se parecía a un fantástico ornamento navideño lleno de copos de nieve, con el parpadeante resplandor rojo y azul de las alarmas. La parte superior del domo se alzó por encima de su cabeza, y el suelo se elevó por los aires, sujeto solamente por los anclajes aún intactos del lado más alejado de él. Hubo un estallido de nieve y polvo; luego el suelo volvió a descender lentamente hasta posarse de nuevo sobre el terreno. Entonces no se produjo ningún movimiento, excepto el lento desmoronarse del despresurizado techo del domo mientras caía sobre las estructuras que ocupaban su interior.

El tractor oruga se deslizó lateralmente al detenerse, casi a punto de volcar, junto al desinchado domo. Dos figuras con trajes presurizados salieron de él. Se dirigieron hacia el domo, vacilantes, empujándose el uno al otro. Uno de ellos sujetó el brazo de su compañero y señaló hacia el módulo de aterrizaje. Ambos cambiaron la dirección de su marcha y treparon por la escalerilla que colgaba por el lado del módulo.

Crawford fue el único que alzó la vista cuando la esclusa inició su cielo. Los dos recién llegados casi tropezaron entre sí al surgir de ella. Deseaban hacer algo, y rápido, pero no sabían el qué. Finalmente, se limitaron a quedarse allí plantados, retorciéndose en silencio las manos y mirando al suelo. Uno de ellos se quitó el casco. Era una mujer fornida, de unos treinta años, con su pelo rojizo cortado casi al rape.

-Matt, hemos venido apenas... -Se interrumpió, dándose cuenta de lo inútil de aquellas palabras---. ¿Cómo está Lou?

-Lou no saldrá de ésta.

Hizo un gesto hacia el camastro, donde un hombre corpulento permanecía tendido respirando penosamente en una máscara de plástico transparente. Era oxígeno puro. La sangre rezumaba de su nariz y de sus oídos.

-¿Daños cerebrales?

Crawford asintió. Miró a su alrededor, a los demás ocupantes de la estancia. Allí estaba la Comandante de la Misión Superficie, Mary Lang, la mujer negra que había visto en el interior del domo inmediatamente antes de la explosión. Se hallaba sentada a la cabecera del camastro de Lou Prager, sujetándose la cabeza entre las manos. En cierto modo,, su aspecto resultaba más impresionante que el de Lou. Nadie que la conociera hubiera podido pensar que era capaz de hundirse en un tal estado de apatía. Durante la última hora no se había movido en absoluto.

Sentado en el suelo, envuelto en una manta, se hallaba Martin Ralston, el químico. Su camisa estaba manchada de sangre, y había sangre seca en su rostro y manos; hasta hacía poco no había conseguido que su nariz dejara de sangrar, pero sus ojos estaban alertas.

Se estremeció, desviando la mirada de Lang, su jefe titular, a Crawford, el único que parecía lo bastante tranquilo como para enfrentarse a cualquier situación. Martin era un seguidor nato, en quien se podía confiar, pero carente en absoluto de imaginación.

Crawford volvió a mirar a los recién llegados. Se trataba de Lucy Stone McKillian, la ecóloga pelirroja, y Song Sue Lee, la exobióloga. Seguían aún en pie, aturcidas, junto a la esclusa de aire, incapaces de comprender todavía que había quince hombres y mujeres muertos bajo la cubierta del domo.

-¿Qué dicen en la Burroughs? -preguntó McKillian, arrojando su casco al suelo y sentándose cansadamente con las piernas cruzadas y la espalda apoyada contra la pared.

El módulo de aterrizaje no era el lugar más confortable para celebrar una reunión; todos los camastros estaban montados horizontalmente, puesto que su propósito era amortiguar la aceleración del aterrizaje y el despegue. Con la nave apoyada sobre su cola, eso hacía que el noventa por ciento del espacio del módulo quedara inutilizado. Estaban todos reunidos junto a la mampara circular en la parte de atrás de los sistemas vitales, inmediatamente delante del depósito de combustible.

-Estamos aguardando una respuesta --dijo Crawford-. Pero puedo imaginar lo que van a decir: no hay nada que hacer. A menos que una de vosotras dos tenga algo de experiencia en el manejo de módulos marcianos de aterrizaje y no nos lo haya dicho nunca.

Ninguna de las dos se molestó en responder a aquello. La radio en la proa chirrió, luego repiqueteó llamando su atención. Crawford miró a Lang, que no hizo ningún movimiento para acudir a responder. Se puso en pie y trepó por la escalerilla para sentarse. en el asiento del copiloto. Conectó el receptor.

-¿Comandante Lang?

-No, aquí Crawford de nuevo. La comandante Lang está... indispuesta. Está atareada con Lou, intentando hacer algo.

-Es inútil. El doctor dice que es un milagro que todavía siga respirando. Si alguna vez llegara a recuperarse, no sería en absoluto el mismo que han conocido. La telemetría no muestra nada que se parezca a una onda cerebral normal. Ahora necesito hablar con la comandante Lang. Haga que suba.

La voz del comandante de misión Weinstein estaba acostumbrada a dar órdenes, y era casi tan emotiva como un informe meteorológico.

-Señor, se lo diré, pero no creo que acuda. Se trata todavía de su operación, ya sabe.

No le dio tiempo a Weinstein de replicar a eso. Éste se había visto atrapado por su propia antigüedad a comandar la Edgar Rice Burroughs, la nave orbital que los había traído a ellos hasta Marte y que se suponía tenía que llevarlos de regreso. El mando del Podkayne, el módulo de aterrizaje que se llevaría la parte del león en los titulares de los periódicos, había recaído en Lang. Había muy poca amistad entre los dos, especialmente desde que Weinstein empezó a rumiar acerca de los beneficios financieros que iban a recaer sobre la primera mujer en posar el pie en Marte, en vez de sobre el comandante de la misión. Se vio a sí mismo como otro Michael Collins.

Crawford llamó a Lang, que alzó la cabeza lo suficiente para murmurar algo.

-¿Qué ha dicho? -preguntó Crawford.

-Ha dicho que tomes el mensaje. -McKillian empezó a subir la escalerilla mientras decía esto. Ahora llegó a su lado y dijo en voz más baja-: Matt, está completamente destrozada. Sería mejor que tomaras tú el mando.

-Sí, lo sé.

Se volvió de nuevo hacia la radio, y McKillian escuchó por encima de su hombro mientras Weinstein resumía para ellos la situación tal como la veía. Encajaba mucho con la propia estimación de Crawford, excepto en un punto crucial. Desconectó el transmisor y se reunió con los demás supervivientes.

Miró en torno a los rostros de los demás y decidió que no era el momento de hablar de posibilidades de rescate. No le entusiasmaba ser el jefe. Esperaba que Lang se recuperara pronto y le quitara el peso de sobre sus hombros. Mientras tanto, tenía que hacer que empezaran a ocuparse en algo. Dio unos suaves golpecitos a McKillian en el hombro y la empujó hacia la esclusa.

-Haz que los entierren -dijo.

Ella apretó fuertemente los párpados, reteniendo las lágrimas, y asintió.

No fue un trabajo agradable. Apenas estaban a la mitad cuando Song descendió la escalerilla con el cuerpo de Lou Prager.

-Examinemos todo lo que sabemos. En primer lugar, ahora que Lou está muerto, las posibilidades de despegar de aquí son muy escasas. Es decir, a menos que Mary piense que puede absorber todo lo que necesita saber acerca de pilotar el Podkayne a partir de esas instrucciones que envió Weinstein. ¿Qué dices a ello, Mary?

Mary Lang estaba recostada, atravesada en el camastro improvisado que recientemente había estado ocupado por el piloto del Podkayne, Lou Prager. Cabeceaba apáticamente, apoyada contra el casco de aluminio del módulo; tenía la barbilla hundida en el pecho, y los ojos semicerrados.

Song le había administrado un sedante de las reservas del fallecido doctor, por consejo del médico a bordo de la E. R. B. Aquello había permitido a Lang dejar de luchar tan duramente contra el aullante pánico que deseaba soltar de su interior.

Pero no había cambiado su estado de ánimo. Había renunciado por completo, no iba a hacer nada por nadie.

Cuando se inició el reventón, Lang había saltado rápidamente hacia su casco. Luego se había debatido contra la ventisca de nieve y el ondulante fondo del domo, dirigiéndose hacia la estructura abierta por arriba donde estaban durmiendo los demás miembros de la expedición. La explosión duró tan sólo diez segundos, y luego se le presentó el problema de luchar con el desplomante techo del domo, que rápidamente la enterró entre los pliegues de su plástico transparente. Era algo muy parecido a una de esas pesadillas en las que uno intenta correr hundido hasta las rodillas en arenas movedizas. Tuvo que luchar para avanzar cada metro de su recorrido, pero lo consiguió.

Lo hizo a tiempo de ver a sus compañeros de nave de los últimos seis meses jadear silenciosamente y escupir sangre por todos los orificios de su rostro mientras luchaban por ponerse sus trajes a presión. Era una tarea inútil intentar elegir a qué dos o tres de ellos salvar en el tiempo de que disponía, Quizá hubiera podido hacer algo más de no haber existido el monstruoso combate que había tenido que sostener para alcanzarles; se hallaba en estado de shock, y creía a medias que todo aquello no era más que una pesadilla. Así que aferró al que estaba más próximo, que resultó ser el doctor Ralston. Casi había acabado de colocarse su traje, de modo que ella le aseguró el casco y se trasladó al siguiente. Se trataba de Luther Nakamura, y estaba inmóvil. Peor aún, estaba enfundado sólo a medias en su traje. En aquel momento hubiera debido actuar de forma práctica, abandonándole y dirigiéndose a salvar a aquellos que aún tenían alguna posibilidad. Ahora lo sabía, pero seguía sin gustarle la idea, como tampoco le había gustado entonces.

Mientras estaba metiendo a Nakamura en su traje, llegó Crawford. Había caminado por encima de los pliegues de plástico del techo hasta alcanzar el dormitorio, y había entrado por él abriendo un agujero con el láser que utilizaba normalmente para vaporizar muestras de rocas.

Crawford había tenido tiempo de pensar en el problema de a quién salvar. Se dirigió directamente a Lou Prager y terminó de colocarle el traje. Pero ya era demasiado tarde. No sabía siquiera si hubiera representado alguna diferencia el que Mary Lang hubiera acudido primero a salvarle a él.

Ahora Mary permanecía tendida en el camastro, sus pies colgando blandamente hacia ella, meneando despacio la cabeza de un lado a otro.

-¿Estás segura? -la aguijoneó Crawford, esperando obtener un sobresalto, un indicio de sobresalto, algo.

-Estoy segura -murmuró ella---. ¿Sabéis cuánto tiempo tuvo que entrenarse Lou para hacer volar esta cosa? Y casi estuvo a punto de hacerla pedazos. Yo.... oh, demonios, es imposible.

-Me niego a aceptar eso como una respuesta definitiva -dijo él---. Pero mientras tanto tenemos que examinar las posibilidades que existen si lo que Mary dice es cierto.

Ralston se echó a reír. Fue una risa carente de amargura; sonaba realmente divertido. Crawford siguió machacando:

-Hay una cosa que sí sabemos segura. La E. R. B. no podrá hacer nada por nosotros. Oh, nos ayudarán con todos los consejos que sean necesarios, quizá más de los que deseemos, pero cualquier tipo de rescate resulta imposible.

-Sabemos eso -dijo McKillian. Estaba agotada y se sentía enferma por la visión de los rostros de sus amigos muertos-. ¿De qué sirve toda esta charla?

-Espera un momento -la interrumpió Song- ¿Por qué no pueden ellos ... ? Quiero decir que disponen de mucho tiempo, ¿no? Según tengo entendido, tienen que irse dentro de seis meses debido a las condiciones orbitales, pero en todo ese tiempo...

-¿Acaso no sabes nada de espacionaves? -exclamó McKillian violentamente.

Song prosiguió, imperturbable:

-Sé lo suficiente para ser consciente de que la Edgar no está equipada para entradas atmosféricas. Mi idea era, no hacer bajar toda la nave, sino sólo lo que haya a bordo de la misma que podamos necesitar. Es decir, un piloto. ¿No es eso posible?

Crawford se pasó las manos por el pelo, preguntándose qué decir. Esa posibilidad había sido discutida, y estaba siendo estudiada. Pero había tenido que ser clasificada como extremadamente remota.

-Tienes razón --dijo-. Lo que necesitamos es un piloto, y ese piloto es el comandante Weinstein. Lo cual presenta problemas, legalmente al menos. Él es el capitán de una nave y no debe abandonarla. Eso es lo que lo mantiene en la Edgar en primer lugar. Pero se entrenó mucho en el simulador de la plataforma de aterrizaje cuando estaba convencido de que sería elegido para el equipo de tierra. Ya conoces a Winey, siempre ha tenido el instinto de protagonismo en todo. De modo que si creyera que podía hacerlo, estaría aquí abajo al minuto siguiente, a fin de recogerlo y llevarse él toda la publicidad. Tengo entendido que están intentando construir un sistema de paracaídas con escudo térmico para una de las cápsulas que se suponía debían hacernos llegar las provisiones durante nuestra estancia aquí. Pero es muy arriesgado. Uno no modifica a la ligera un diseño aerodinámico, no uno que se supone debe golpear la atmósfera a más de diez mil kilómetros de velocidad. Así que creo que podemos dejar eso de lado también. Seguirán trabajando en ello, pero cuando esté listo, Winey no se va a meter allí dentro. Desea ser un héroe, pero también desea vivir para verlo.

Hubo una breve subida de la moral por parte de Song, Ralston y McKillian ante la idea de un posible rescate. Pero cuanto más pensaban en ello, menos contentos parecían. En el fondo, todos estaban de acuerdo con la afirmación de Crawford.

-Así que coloquemos eso también en el archivo del Hada Madrina y olvidémoslo. Si ocurre, estupendo. Pero será mejor que demos por sentado que no va a ocurrir. Como es probable que sepáis, las E. R. B.-Podkayne son las únicas naves existentes que pueden alcanzar Marte y aterrizar en él. El otro par se halla todavía en el estadio de control de presupuestos en el Congreso. Winey habló con la Tierra y cree que van a acelerar los trámites preliminares, de modo que la construcción pueda iniciarse dentro de un año. La partida estaba programada para dentro de cinco años a partir de ahora, pero puede que así se consiga ganar un año. Ahora es una misión de rescate, más fácil de vender. Sin embargo, el diseño

necesitará modificaciones, aunque sólo sea para incluir cinco asientos más a fin de llevarnos a nosotros de vuelta. Podéis apostar a que se realizarán más modificaciones cuando enviemos nuestro informe sobre el reventón. Así que mejor añadamos unos seis meses al esquema.

McKillian esaba ya harta de todo aquello.

-Matt, ¿de qué demonios estás hablando? ¿Misión de rescate? Maldita sea, sabes tan bien como yo que cuando nos encuentren aquí, llevaremos muertos un montón de tiempo. Probablemente muramos en un año.

-Ahí es donde te equivocas. Sobreviviremos.

-¿Cómo?

-No tengo ni la más remota idea.

La miró directamente a los ojos mientras decía eso. Ella casi no se molestó en contestar, pero la curiosidad pudo más:

-¿Se trata sólo de una sesión para infundir moral? Gracias, pero no la necesito. Prefiero enfrentarme a la situación tal como es. ¿O acaso tienes realmente algo?

-Ambas cosas. No tengo nada concreto salvo decir que sobreviviremos, de la misma forma que los seres humanos han sobrevivido siempre: conservando nuestro calor, comiendo, bebiendo. A esa lista tenemos que añadir «respirando». Eso es lo más difícil, pero excepto eso, no somos distintos de cualquier otro grupo de supervivientes en un lugar difícil. No sé qué es lo que tendremos que hacer específicamente, pero sé que encontraremos las respuestas.

-O moriremos intentándolo --dijo Song.

-O moriremos intentándolo -asintió Crawford, sonriéndole.

Al menos ella había captado la esencia de la situación. Fuera o no posible la supervivencia, era necesario mantener la ilusión de que sí lo era. De otro modo, mejor abrirse las venas. Mejor no haber nacido siquiera, ya que la vida es una inevitable y fatal lucha por sobrevivir.

-¿Qué hay del aire? -preguntó McKillian, aún no convencida.

-No lo sé -respondió él alegremente-. Es un buen probleina, ¿no?

-¿Qué hay del agua?

-Bueno, en este valle hay un estrato de permagel a unos veinte metros de profundidad.

Ella se echó a reír.

-Maravilloso. ¿Así que eso es lo que quieres que hagamos? ¿Perforar y perforar, y calentar el hielo con nuestras pequeñas cabecitas rosadas? No funcionará, te lo digo yo.

Crawford aguardó hasta que ella hubo recitado una larga lista de razones por las cuales estaban condenados. La mayor parte de ellas tenían sentido. Cuando hubo terminado, habló suavemente:

-Lucy, escúchate a ti misma.

-Simplemente estoy...

-Estás colocándote del lado de la muerte. ¿Deseas morir? ¿Estás tan decidida que ni siquiera vas a escuchar a alguien que dice que puedes vivir?

Ella permaneció largo rato inmóvil; luego, incómoda, agitó los pies. Lo miró, después miró a Song y a Ralston. Estaban aguardando, y no le quedó más que enrojecer y sonreírles lentamente.

-Tienes razón. ¿Qué tenemos que hacer primero?

-Exactamente lo que estamos haciendo. Ser conscientes de la realidad de nuestra situación. Necesitamos hacer una lista de todo lo que tenemos disponible. Lo escribiremos en un papel, pero puedo daros un esquema general.

Empezó a contar los puntos con los dedos.

-Uno, tenemos comida para veinte personas durante tres meses. Eso representa casi un año para nosotros cinco. Con un racionamiento, quizá año y medio. Eso suponiendo que todas las cápsulas de provisiones nos lleguen correctamente. Además, la Edgar va a rebuscar en todos los rincones y nos enviará todo aquello de lo que puedan prescindir en las tres cápsulas de reserva. Eso puede mantenernos hasta dos años, incluso tres.

»Dos, tenemos agua suficiente por tiempo indefinido, si los recicladores siguen funcionando. Eso constituirá un problema, porque nuestro reactor agotará su energía dentro de dos años. Necesitaremos otra fuente de energía, y quizá otra fuente de agua.

»El problema con el oxígeno es más o menos el mismo. Dos años como máximo. Tenemos que encontrar una forma de conservarlo mucho más de lo que lo estamos haciendo ahora. Entre nosotros, no sé cómo. Song, ¿tienes alguna idea?

Ella adoptó un aire pensativo, que produjo dos verticales signos de admiración entre sus sesgados ojos.

-Posiblemente un cultivo de plantas de la Edgar. Si podemos encontrar alguna forma de hacer crecer plantas a la luz del sol marciano, y conseguir que los rayos ultravioletas no las maten...

McKillian pareció horrorizada, como todo buen ecólogo.

-¿Y qué hay de la contaminación? -preguntó-. ¿Para qué creéis que sirvió toda aquella esterilización antes de nuestro amartizaje? ¿Pretendéis enviar al diablo el equilibrio ecológico de Marte? Nadie podrá saber nunca si las muestras recogidas en un futuro serán plantas auténticamente marcianas o ejemplares terrestres mutados.

-¿Qué equilibrio ecológico? -contraatacó Song-. Sabes tan bien como yo que el resultado de este viaje ha sido muy próximo a cero. Unas cuantas bacterias

anaerobias, una mancha de líquenes, ambos apenas distinguibles de las formas terrestres...

-Eso es precisamente lo que quiero decir. Si importáis formas de la Tierra ahora, jamás podremos saber en qué se diferencian.

-Pero puede hacerse, ¿no? Con la protección adecuada, de modo que las plantas no resulten eliminadas antes de germinar, podemos disponer de una factoría hidropónica que funcione...

-Oh, sí, puede hacerse. Puedo ver tres o cuatro sistemas de hacerlo en este mismo momento. Pero no estáis enfocando la cuestión principal, que es...

-Dejadlo estar --dijo Crawford-. Simplemente deseaba saber si teníais algunas ideas al respecto.

Se sentía secretamente complacido por la discusión; les hacía pensar a ambas de forma positiva, haciéndolas salir de la mortal apatía contra la cual debían protegerse.

-Creo que esta discusión ha servido para su propósito -prosiguió-, que era convencer a todos de que la supervivencia es posible.

Miró intranquilo a Lang, que aún meneaba la cabeza, con los ojos vidriosos como si todavía estuviera viendo a sus compañeros morir ante ella.

-Simplemente deseo dejar bien sentado que en vez de una expedición, ahora somos una colonia. No en el sentido habitual de planear quedamos aquí para siempre, aunque toda nuestra planificación deberá ser orientada sobre este supuesto. No nos enfrentamos simplemente a la necesidad de alargar nuestros recursos hasta que llegue el rescate. Lo más probable es que las medidas restrictivas no nos hagan ningún bien. Las respuestas que nos salvarán son respuestas a largo plazo, el tipo de respuestas que buscaría una colonia. Dentro de dos años tendremos que hallarnos en una posición que nos permita sobrevivir dentro de un modo de vida que nos mantenga indefinidamente. Tendremos que encajar en este medio ambiente en todo lo que podamos, y adaptarlo a nosotros en todo lo que no podamos. Para ello, estamos mejor equipados que la mayor parte de los colonos del pasado, al menos a corto plazo. Tenemos amplias reservas de todo lo que necesita una colonia: comida, agua, herramientas, materias primas, energía, cerebros y mujeres. Sin esas cosas, ninguna colonia tiene muchas posibilidades. Todo lo que nos falta es un reaprovisionamiento regular desde nuestro país natal, pero un grupo de colonos realmente bueno puede seguir adelante sin eso. ¿Qué tenéis que decir? ¿Estáis todos conmigo?

Algo había hecho que Mary Lang alzara los ojos. Se trataba de un reflejo, un reflejo de supervivencia condicionado por toda una vida de lucha para abrirse camino hasta arriba. Se enraizó de nuevo en ella y la hizo alzarse primero en la cama, luego sobre sus pies. Luchó por librarse de los efectos de los calmantes y permaneció allí erguida, los ojos turbios pero lúcidos.

-¿Qué te hace pensar que las mujeres son un recurso natural, Crawford? -dijo, lenta y deliberadamente.

-Bueno, lo que quiero decir es que sin el estímulo moral proporcionado por los miembros del sexo opuesto, una colonia carecerá del empuje necesario para seguir adelante.

-Eso es lo que piensas, de acuerdo. Y piensas en las mujeres disponibles para los auténticos colonos como una razón de vivir. Lo he oído antes. Es una forma machista de considerar las cosas, Crawford.

Estaba recuperando su estatura mientras la miraban, pareciendo crecer hasta que dominó a todo el grupo con el intangible poder que señala al líder. Aspiró hondo, y estuvo completamente despierta por primera vez aquel día.

-Dejaremos de pensar de esa manera inmediatamente, ahora. Soy la comandante de la misión. Aprecio que te hicieras cargo de las cosas mientras yo estaba..., ¿cómo dijiste? Indispuesta. Pero deberías prestar más atención a los aspectos sociales de nuestra situación. Si alguien es aquí una mercancía, sois tú y Ralston, en virtud de vuestro escaso número. Habrá algunas cuestiones delicadas que resolver aquí, pero por el momento funcionaremos como una unidad, bajo mi mando. Haremos todo lo posible por minimizar la competencia social entre las mujeres con respecto a los hombres. Así es como lo haremos. ¿Ha quedado claro?

Varios asentimientos de cabeza fueron toda la respuesta. No los acusó, sino que siguió hablando:

-Desde el principio me pregunté por qué estabas entre nosotros, Crawford. - Empezó a pasear arriba y abajo en el atestado espacio. Los otros se apartaron de su camino casi sin pensar, excepto Ralston, que seguía acurrucado bajo su manta-. ¿Un historiador? Seguro, es una espléndida idea, pero nada práctica. Tengo que admitir que he pensado siempre en ti como en un lujo, algo tan inútil como los pezones en el pecho de un hombre ' Pero estaba equivocada. Toda la gente de la NASA estaba equivocada. El Cuerpo de Astronautas luchó como locos por mantenerte fuera de este viaje. Ya habría tiempo suficiente para eso en vuelos sucesivos. Estábamos cegados por nuestra lealtad a a la filosofía de los pilotos de pruebas del vuelo espacial. Deseábamos tan pocos científicos como fuera posible y tantos astronautas como lográramos reunir. No nos gusta pensar en nosotros como en pilotos de transbordador. Creo que demostramos durante los Apolo que podíamos realizar trabajos científicos tan bien como cualquiera. Te vimos como una especie de insulto, una bofetada de los científicos de Houston para demostramos cuán bajo habíamos caído.

-Si yo fuera capaz de...

-Cállate. Sin embargo, estábamos equivocados. Leí en tu currículum que eras un experto en supervivencia. ¿Cuál es tu honesta evaluación de nuestras posibilidades?

Crawford se alzó de hombros, intranquilo ante la pregunta. No sabía si era el momento adecuado para especular con que podían fracasar.

-Dime la verdad.

-Más bien escasas. Sobre todo por el problema del aire. La gente sobre la que he leído nunca tuvo que plantearse dónde encontrarían el aire necesario para su siguiente inspiración.

-Has oído hablar alguna vez del Apolo Trece?

Le sonrió.

-Circunstancias especiales. Problemas a corto plazo.

-Tienes razón, por supuesto. Y en las otras dos únicas emergencias espaciales auténticas desde aquella vez, pereció toda la tripulación.-Se volvió y miró ceñudamente a cada uno de los demás, por turno-. Sin embargo, nosotros no vamos a perder.

Esperó a que alguno de ellos mostrara su desacuerdo, pero nadie se atrevió. Se relajó y siguió caminando arriba y abajo por la estancia. Se volvió de nuevo hacia Crawford.

-Me doy cuenta de que tendré que recurrir con frecuencia a tus conocimientos en los próximos años. ¿Cuál es según tú el siguiente punto en el orden del día?

Crawford se relajó. El terrible peso de la responsabilidad, que nunca había deseado, ya no gravitaba sobre sus hombros. Se sintió contento de seguir a su líder.

-A decir verdad, estaba preguntándome qué decir a continuación. Tenemos que hacer un minucioso inventario. Creo que debemos empezar por eso.

-Correcto, pero hay un punto aún más importante. Tenemos que ir al domo y descubrir qué fue lo que causó el reventón. Esa maldita cosa no hubiera debido reventar; es la primera de su tipo que lo ha hecho. Y además desde el fondo. Pero reventó, y tenemos que saber por qué, o estaremos ignorando un hecho de Marte que aún puede matarnos a nosotros. Hagamos eso primero. Ralston, ¿puedes andar?

Cuando él asintió, ella se selló el casco y se encaminó a la esclusa. Se volvió y miró especulativamente a Crawford.

-¿Sabes, amigo?, si me hubieras pinchado con un agujón eléctrico de los que se utilizan para arrear el ganado no me hubieras hecho saltar como lo has hecho hace unos minutos. ¿Puedo preguntarte por qué has dicho eso?

Crawford no sentía ningún deseo de responder. Dijo, con un rostro perfectamente impasible:

-¿Yo? Creo que lo mejor será que supongas que soy un chauvinista, simplemente.

-Lo veremos. ¿De acuerdo?

-¿Qué es esto?

Song Sue Lee estaba de rodillas, examinando una de las centenares de pequeñas y rígidas púas que brotaban del suelo. Intentó rascarse la cabeza pero se vio frustrada por el casco.

-Parece plástico. Sin embargo, tengo la fuerte sensación de que es la forma de vida superior que Lucy y yo estuvimos buscando ayer.

-¿Y pretendes decirme que esas pequeñas púas han practicado agujeros en el fondo del domo? No me lo creo.

Song se puso en pie, moviéndose rígidamente. Todos habían trabajado duramente para vaciar el domo desplomado y quitar la enorme y arrugada masa a fin de dejar al descubierto el suelo que había bajo ella. Estaba cansada, y perdió la calma por un momento al responder a Mary Lang.

-Yo no he dicho eso. Apartamos el domo y encontramos esas púas. Eres tú quien ha supuesto que habían abierto agujeros en el fondo.

-Lo siento -repuso Lang, suavemente-. Sigue con lo que estabas diciendo.

-Bueno, la tuya no ha sido una mala suposición, después de todo -admitió Song-. Pero los agujeros que vi no habían sido punzados. Habían sido corroídos.

Aguardó a que Lang protestara diciendo que el fondo del domo era tan químicamente inerte como cualquier otro plástico descubierto. Pero Lang había aprendido la lección. Y tenía talento para enfrentarse a los hechos.

-Bien. Así pues, tenemos una cosa que corroe el plástico. Y además parece estar hecha de plástico, por añadidura. ¿Alguna idea de por qué eligió este lugar en particular para crecer, y no otro?

-Tengo una idea al respecto -dijo McKillian---. He hecho algunos estudios en torno al domo para ver si la alteración del índice de humedad que hemos estado creando aquí ha podido tener algún efecto sobre las esporas del suelo. Llevamos nueve días aquí, exhalando vapor de agua, anhídrido carbónico, e incluso algo de oxígeno. No mucho, pero quizá más del que parece, considerando las pocas concentraciones que se encuentran naturalmente disponibles. Alteramos la biosfera. ¿Sabe alguien dónde era expelido el aire usado del domo?

Lang enarcó las cejas.

-Sí, era enviado bajo el domo. El aire que expelemos era caliente, así que se pensó que podía utilizarse una última vez antes de dejarlo libre, para calentar el suelo del domo y disminuir la pérdida de calor.

-Y el vapor de agua se condensaba debajo del domo cuando entraba en contacto con el aire frío. ¿Te das cuenta del esquema?

-Creo que sí -dijo Lang-. De todos modos, era tan poca agua... Sabes que no deseábamos malgastarla; la condensábamos hasta que el aire que expelíamos estaba tan seco como un viejo hueso.

-Para la Tierra quizá sí. Aquí era una lluvia torrencial. Alcanzó las semillas o esporas del suelo y desencadenó su crecimiento. Vamos a tener que ir con mucho cuidado cuando utilicemos cualquier cosa que contenga plástico. ¿Qué incluye eso?

Lang gruñó.

-Todas las esclusas de las cámaras de aire, por una parte. -Hubo muecas de todos ellos ante aquel pensamiento-. Por otra parte, una buena proporción de nuestros trajes. Song, ve con cuidado, no camines sobre esa cosa. No sabemos lo poderosa que es o si es capaz de corroer el plástico de tus botas, pero será mejor que juguemos sobre seguro. ¿Qué opinas de esto, Ralston? ¿Crees que puedes descubrir hasta qué punto es peligroso?

-¿Quieres decir identificar el disolvente que utiliza esa cosa? Probablemente, si podemos habilitar algún espacio para trabajar y puedo recuperar mi equipo.

-Mary ~-dijo McKillian-, se me ocurre que será mejor que empecemos a buscar esporas aéreas. Si hay algunas, eso puede significar que la esclusa de entrada del Podkayne es vulnerable. Incluso a treinta metros por encima del suelo.

-De acuerdo. Ocúpate de eso. Puesto que dormiremos en el módulo hasta que descubramos qué podemos hacer en el suelo, será mejor que actuemos sobre seguro. Mientras tanto, dormiremos con los trajes puestos.

Hubo gruñidos impotentes ante aquello, pero no protestas. McKillian y Ralston se encaminaron hacia el montón de equipo recuperado, esperando poder utilizar el suficiente para empezar sus análisis. Song se arrodilló de nuevo y empezó a cavar en torno a una 414 las púas de diez centímetros.

Crawford siguió a Lang de vuelta al Podkayne.

-Mary, desearía... ¿Te importa que te llame Mary?

-Supongo que no. No creo que «comandante Lang» pueda aguantar cinco años. Sin embargo, preferiría que siguieras pensando en mí como comandante.

Él consideró la cuestión.

-De acuerdo, comandante Mary.

Ella le lanzó un puñetazo amistoso. Apenas lo había antes del desastre. Para ella había sido simplemente un nombre en una lista, y una espina clavada en la estimación del Cuerpo de Astronautas. Pero no había sentido ninguna animadversión personal hacia él, y ahora se daba cuenta de que empezaba a caerle bien.

-¿Qué tienes en la cabeza?

-Oh, varias cosas. Pero quizá no me corresponda a mí ahora sobre el tapete. Antes que nada, desearía decir que si te sientes... preocupada, o dudosa, acerca de mi apoyo o lealtad, bido a que antes tomé el mando durante un rato..., pues...

-¿Sí?

-Sólo quería decirte que no tengo ambiciones en esa dirección -terminó débilmente.

Ella le dio una palmada en el hombro.

-Por supuesto, ya lo sé. Olvidas que he leído tu expediente. Menciona varios interesantes episodios sobre los que me gustaría que me hablaras algún día, de tu época de «aventurero»...

-Demonios, todo eso ha sido muy exagerado. Simplemente ocurrió que me vi metido en algunos líos y conseguí salirme de ellos.

-Sin embargo, fuiste elegido para esta misión por encima de centenares de solicitantes. La idea era que tú suponías una buena baza, un hombre de acción con experiencia probada en supervivencia. Y ha funcionado. No obstante, otra cosa que recuerdo de tu informe es que no eres un líder, y que eres un solitario que cooperará con un grupo y no planteará problemas de disciplina, pero que trabajas mejor solo. ¿Quieres volar en solitario?

Él le dirigió una sonrisa.

-No, gracias. Sin embargo, lo que has dicho es cierto. No tengo el menor deseo de tomar ninguna responsabilidad. Pero resulta que tengo algunos conocimientos que tal vez puedan ser útiles.

-Y los utilizaremos. Tú límitate a hablar. Estaré escuchando. -Empezó a decir algo, luego pensó en otra cosa distinta-. Dime, ¿qué opinas de que una mujer dirija este proyecto? He tenido que luchar constantemente por abrirme camino desde mis días en las Fuerzas Aéreas. Así que si tienes alguna objeción que hacer puedes planteármela directamente.

Él se mostró genuinamente sorprendido.

-Supongo que no te habrás tomado en serio lo que he dicho. Será mejor que lo admita; era intencionado, como ese agujón eléctrico que mencionaste. Parecía como si necesitaras una buena patada en el culo.

-Gracias por ella. Pero no has respondido a mi pregunta.

-Quien dirige, dirige ~-dijo él simplemente-. Te seguiré mientras te mantengas dirigiendo.

-¿Mientras sea en la dirección que tú desees? -Ella se echó a reír, y le dio un codazo en las costillas---. Te veo como mi gran visir, el hombre que mantiene los arcanos del conocimiento y aconseja al regente. Creo que tendré que vigilarte. Yo también sé un poco de historia.

Crawford no fue capaz de decir hasta qué punto ella hablaba en serio. Dejó el asunto a un lado con un alzamiento de hombros.

-De lo que realmente deseaba hablarte es de esto: dijiste que no podías hacer volar esta nave. Pero no eras tú misma; estabas deprimida y sintiéndote impotente. ¿Mantienes lo que dijiste?

-Lo mantengo. Sube y te mostraré por qué.

En la cabina del piloto, Crawford estuvo dispuesto a creerla. Como todas las máquinas volantes desde los días de la manga de aire y la carlinga abierta, aquella era una loca confusión de diales, interruptores y luces, diseñados de modo que maravillaran a cualquiera que no supiera nada al respecto. Se sentó en el asiento del copiloto y la escuchó.

-Teníamos un piloto de reserva, por supuesto. Quizá te sorprenda saber que no era yo. Era Dorothy Cantrell, y está muerta. Sé para qué sirve casi todo lo que hay en este panel, y puedo manejarlo en su mayor parte muy fácilmente. Y lo que no sepa puedo aprenderlo. Algunos de los sistemas están computarizados; dales el programa correcto y ellos trabajarán por sí mismos, en el espacio.

Miró soñadoramente a los controles, y Crawford se dio cuenta de que, como Weinstein, a ella no le gustaba abandonar el placer del vuelo para dirigir un grupo de exploradores. Mary había sido anteriormente piloto de pruebas, y sobre todas las cosas adoraba volar. Palmeó la hilera de controles manuales a su derecha. Había otros parecidos a su izquierda.

-Esto es lo que nos mataría, Crawford --dijo--. ¿Cuál es tu nombre de pila?... Matt. Matt, este bebé es un avión durante los primeros cuarenta mil metros. No tiene el combustible necesario para alcanzar la órbita sólo con sus chorros. Ahora las alas están dobladas. Probablemente no las has visto durante nuestra entrada, pero viste los modelos. Son muy ligeras, supercríticas, y diseñadas para esta atmósfera. Lou decía que era como hacer volar una bañera, pero vuela. Y se necesita habilidad, es casi un arte. Lou practicó durante tres años con los mejores simuladores que pudimos construir, y pese a todo tuvo que confiar en cosas que uno no puede aprender en un simulador. Y nos llevó abajo en una sola pieza con penas y trabajos. No nos dimos demasiada cuenta de ello, pero estuvimos terriblemente cerca de hacernos pedazos. Lou era joven; también lo era Cantrell. Ambos no hacían otra cosa que volar. Practicaban cada día; tenían un toque especial. Eran de lo mejor. -Se dejó caer en su asiento-. Yo no he volado en nada excepto aparatos de entrenamiento desde hace ocho años.

Crawford no sabía si era mejor dejarlo correr.

-Pero eras una de las mejores. Todo el mundo sabe eso. ¿Sigues creyendo que no puedes hacerlo?

Ella alzó las manos.

-¿Cómo puedo hacerte comprender? No se parece a nada en lo que yo haya volado nunca. Sería como... -Buscó una comparación, intentando aferrarla haciendo gestos en el aire-. Escucha. El hecho de que alguien pueda pilotar un biplano, quizá incluso ser el mejor piloto de biplanos de todos los tiempos, ¿significa que está cualificado para pilotar un helicóptero?

-No lo sé.

-No está cualificado. Créeme.

-De acuerdo. Pero sigue existiendo el hecho de que aquí en Marte tú eres lo más parecido a un piloto para el Podkayne. Creo que deberías considerar eso cuando decidas lo que debemos hacer.

Calló, temeroso de sonar como queriendo forzarla a algo.

Ella entrecerró los ojos y miró a nada en particular.

-He pensado en eso. -Aguardó un largo rato-. Creo que las posibilidades son de mil a una contra nosotros si intento hacer volar esto. Pero lo haré, si es nuestra única posibilidad. Y ése es tu trabajo; muéstrame otras posibilidades mejores. Si no lo consigues, házmelo saber.

Tres semanas más tarde, el Cañón Tharsis había sido transformado en un jardín de infancia lleno de juguetes. Crawford no encontraba una forma mejor de describirlo. Cada una de las púas de plástico había florecido en un fantástico molino de viento, y no había dos iguales. Algunos eran minúsculos, con las aspas paralelas al suelo y de no más de cien centímetros de alto. Había otros que parecían derricks hechos con puntales de plástico similares a telas de araña, que no hubieran parecido fuera de lugar en un campo petrolífero de Kansas. Algunos de ellos tenían cinco metros de altura. Poseían todos los colores y multitud de configuraciones, pero todos tenían aspas cubiertas con una película transparente parecida al celofán, y giraban como veletas multicolores en la áspera brisa marciana. Crawford pensó en una feria industrial construida por gnomos. Casi podía verlos afanándose entre las girantes ruedas.

Song había aislado uno de ellos de la mejor manera que había podido. Todavía seguía agitando incrédula la cabeza. No había podido desenterrar la larga y aislada raíz primaria, pero podía calcular hasta cuán profundo llegaba. Se extendía hacia abajo hasta la capa de permagel, a veinte metros de profundidad.

El terreno entre los molinos de viento estaba revestido con una resplandeciente capa de plástico. Aquélla era la segunda parte de la ingeniosa solución de las plantas para sobrevivir en Marte. Los molinos utilizaban la energía del viento, y el recubrimiento del suelo se componía de dos finas películas de plástico con un espacio entre ellas para que circulara el agua. El agua era calentada por el sol y luego bombeada hasta la capa de permagel, fundiendo un poco más cada vez.

-Pero sigue faltando todavía algo en nuestro esquema -les había dicho Song la noche anterior, cuando les transmitió en resumen lo que había descubierto-. Martin no ha sido capaz de encontrar un mecanismo que permita a esas cosas crecer ingiriendo arena y rocas y transformándolas en materiales parecidos al plástico. Así que debemos asumir que hay una reserva de algo como petróleo en crudo ahí abajo, quizá helado junto con el agua.

-¿De dónde puede haber procedido? -había preguntado Lang.

-¿Habéis oído hablar de las teorías del largo período estacional marciano? Bueno, parte de ello es más que una teoría. La combinación de la inclinación polar marciana, el ciclo precesional y la excentricidad de la órbita producen estaciones que tienen aproximadamente doce mil años de duración. Nos hallamos en mitad del invierno, aunque aterrizamos en el «verano» nominal. Se ha teorizado que si existe alguna vida en Marte, tiene que estar adaptada a estos largos ciclos. Hiberna en esporas durante el ciclo frío, cuando el agua y el anhídrido carbónico se hielan en los

polos, y luego brota cuando se funde el suficiente hielo para permitir los procesos biológicos. Parece que hemos engañado a esas plantas; creen que ha llegado el verano debido a que el vapor de agua en torno al campamento ha aumentado.

-¿Y qué hay acerca del crudo? -preguntó Ralston.

No creía por completo en parte del modelo que había ayudado a trazar. Él era un químico de laboratorio, especializado en compuestos inorgánicos. La forma en que aquellas plantas producían plásticos sin intervención de un gran calor, por medio de interacciones puramente catalíticas, lo había dejado confuso y a la defensiva. Deseaba que aquellos locos molinos de viento desaparecieran.

-Creo que puedo responder a eso ---dijo McKillian-. Esos organismos sobreviven muy precariamente, incluso en las mejores condiciones. Los que lo consiguen no malgastan absolutamente nada. Es lógico pensar que cualquier depósito realmente antiguo de petróleo en crudo haya sido agotado en tan sólo unos cuantos de esos ciclos. Así que lo que estamos pensando que es petróleo en crudo debe de ser alguna otra cosa un poco diferente. Tiene que tratarse de los restos de la última generación.

-Pero ¿cómo pueden haber ido a parar tan profundamente esos restos? -preguntó Ralston-. Cabría esperar que estuvieran más arriba. Los vientos no pueden enterrarlos tan profundamente en sólo doce mil años.

-Tienes razón --convino McKillian---. Realmente, no lo sé. Pero tengo una teoría. Puesto que esas plantas no malgastan nada, ¿por qué no conservar sus cuerpos cuando mueren? Brotan del suelo; ¿no es posible que puedan enterrarse profundamente cuando las cosas empiezan a ponerse difíciles de nuevo? Dejan esporas tras ellas mientras se retiran, distribuyéndolas a todo lo largo del suelo. De esa forma, si las superiores resultan destruidas o son esterilizadas por los rayos ultravioletas, las que hay inmediatamente debajo podrán desarrollarse cuando vuelvan las condiciones correctas. Luego, cuando alcanzan la capa de permagel, se descomponen en el lodo orgánico que hemos postulado y..., bueno, es un poco complicado, ¿no?

-A mí me suena bien -le aseguró Lang-. Servirá como teoría de trabajo. Ahora, ¿qué hay acerca de las esporas aéreas?

Se hizo evidente que estaban a salvo de aquel peligro. En aquellos momentos había esporas en el aire, pero no eran peligrosas para los colonos. Las plantas atacaban únicamente algunas clases de plástico, y además tan sólo en algunos estadios de su vida. Puesto que aún estaban transformándose, era cuestión de seguir vigilando; pero las esclusas y los trajes estaban seguros. La tripulación pudo gozar del lujo de dormir sin sus trajes.

Había mucho trabajo que hacer. La mayor parte de tipo manual recaía en Crawford y, en cierta medida, en Lang. Permanecían juntos durante mucho tiempo. Los otros tres debían estar libres para proseguir sus investigaciones, puesto que habían decidido que solamente conociendo a la perfección su entorno podrían tener alguna posibilidad.

Crawford y Lang habían conseguido recuperar la mayor parte del domo. Trabajando con equipo de parcheo y láseres para cortar el resistente material,

construyeron un domo mucho más pequeño. Lo erigieron en un saliente de roca desnuda, modificaron la salida de los gases para impedir la condensación en la parte de abajo del domo, y añadieron más dispositivos de seguridad. Ahora dormían en una zona presurizada en el interior del domo, y uno de ellos permanecía despierto de guardia durante todo el tiempo. En ejercicios de entrenamiento, llegaron a pasar de un sueño profundo a una integridad totalmente estanca en treinta segundos. No iban a dejarse sorprender de nuevo.

Crawford apartó los ojos de las piezas que giraban locamente en la granja de molinos de viento. Se hallaba con el resto de la tripulación, sentado en el domo con el casco quitado. Eso era lo máximo que autorizaba Lang a todos, excepto en el atestado dormitorio. Song Sue Lee estaba en la radio, transmitiendo su informe a la Edgar Rice Burroughs. En su mano tenía uno de los módulos de bombeo que había seccionado de una de las plantas. Consistía en un conjunto de medio metro de diámetro de ocho hojas que giraban libremente sobre cojinetes de teflón. Bajo él había varios diminutos engranajes y la bomba en sí. La estaba haciendo girar lentamente mientras hablaba.

-Realmente no lo comprendo --estaba diciendo Crawford en voz baja a Lucy McKillian-. ¿Qué hay de revolucionario en esos pequeños molinos de viento?

-Es algo completamente nuevo -le contestó McKillian, también susurrando-. Piensa en ello. Allá en la Tierra, la naturaleza no ha inventado la rueda. A veces me he preguntado por qué no. Hay limitaciones, por supuesto, pero es una idea tan buena... Simplemente, piensa en lo que nosotros hemos hecho con ella. Sin embargo, todos los movimientos en la naturaleza se hallan confinados al arriba y abajo, adelante y atrás, adentro y afuera, o apretar y soltar. Nada en la Tierra gira y gira, a menos que nosotros lo construyamos. Piensa en ello.

Crawford lo hizo, y empezó a ver la novedad que representaba. Intentó en vano pensar en algún mecanismo en animales o plantas de origen terrestre que girara y se mantuviera girando constantemente. No pudo.

Song terminó su informe y tendió el micrófono a Lang. Antes de que ella pudiera empezar, Weinstein se puso al otro lado.

-Ha habido un cambio de planes aquí arriba---dijo,sin ningún preámbulo-. Espero que eso no represente una conmoción para vosotros. Si pensáis en ello, comprenderéis su lógica... Dentro de siete días regresamos a la Tierra.

No les sorprendió demasiado. La Burroughs les había entregado ya casi todo lo que le era posible en forma de datos y pertrechos. Había una última cápsula cargada lista para ser enviada; después de ella, su presencia allí no sería más que una frustración para ambos grupos. Había una gran ironía en el hecho de que dos naves tan poderosas estuvieran tan cerca la una de la otra y tan impotentes de hacer nada concreto. La tripulación de la Burroughs se resentía de ello.

-Hemos vuelto a calcularlo todo basándonos en la masa más pequeña sin vosotros veinte y las seis toneladas de muestras que debíamos haber traído de vuelta. Utilizando el combustible que os hubiéramos enviado para el despegue, podemos seleccionar una órbita más rápida en dirección a Venus. La fecha de partida para esa órbita es dentro de siete días. Efectuaremos una cita orbital con una cápsula teledirigida llena de pertrechos con la cual no habíamos contado.

«Y además -se dijo Lang para sus adentros-, es mucho más dramático. » Caer en dirección al sol siguiendo una arriesgada órbita cometaria, con las despensas totalmente vacías, encaminándose hacia una cita orbital aleatoria...

-Me gustaría conocer vuestros comentarios -prosiguió Weinstein-. Esto no es absolutamente definitivo todavía.

Todos miraron a Lang. Se sintieron tranquilizados al verla tranquila e imperturbable.

---Creo que es la mejor idea. Una cosa; supongo que no habréis considerado que yo podría pilotar el Podkayne.

-No te lo tomes a mal, Mary ---dijo suavemente Weinstein-,

pero hemos descartado esa posibilidad. La gente de la Tierra estima que no podrías hacerlo. Han hecho algunos experimentos, escogiendo a pilotos realmente buenos y poniéndolos en los simuladores. No han conseguido superarlo, y creemos que tú tampoco podrías.

-No necesitas endulzámelo. Lo sé tan bien como cualquier otro. Pero incluso una posibilidad de mil millones contra una es mejor que nada. Correré el riesgo si creen que Crawford tiene razón, que la supervivencia es al menos teóricamente posible.

Hubo una larga vacilación.

-Creo que es lo correcto. Pero..., Mary, voy a ser franco. No creo que sea posible. Deseo estar equivocado, pero no tengo esperanzas...

-Gracias, Winey, por tus animosas palabras. Siempre has sido excelente levantando la moral de una persona. Incidentalmente, esa otra misión, esa en la que estabas dispuesto a bajar hasta aquí como un meteorito para salvar nuestros culos, ¿también ha sido dejada de lado?

La tripulación reunida a su alrededor sonrió, y Song lanzó una risita aguda. Weinstein no era el hombre más popular en Marte.

-Mary, ya te he hablado de eso -se quejó. Fue una queja suave, y lo más significativo de ella fue que no puso ninguna objeción a ser llamado por su apodo. Estaba siendo gentil con los condenados---. Estudiamos el asunto día y noche. Incluso conseguí el permiso de delegar temporalmente el mando. Pero las plaquetas que construyeron en la Tierra no resistieron la entrada. Era lo mejor que podíamos hacer. No podíamos arriesgar toda la misión en un intento que la gente de la Tierra no garantizaba.

-Lo sé. Te llamaré de nuevo mañana. -Cortó la comunicación y se sentó sobre sus talones-. Me pregunto: si las pruebas hechas por la Tierra sobre el papel higiénico no llegan a dar resultado, ¿qué hubiéramos ... ? -Agitó las manos en el aire-. ¿Qué estoy diciendo? Eso es mezquino. Winey no me cae bien, pero tiene razón. - Se puso en pie, con gesto de fastidio-. Vamos, muchachos, tenemos un montón de trabajo que hacer.

Llamaron a su colonia Nueva Anisterdam, a causa de los molinos de viento. A las plantas marcianas las bautizaron tiovivos, aunque Crawford abogó durante mucho tiempo por el nombre de spinnaker.

Trabajaron durante todo el día e hicieron todo lo que pudieron por ignorar a la Burroughs sobre sus cabezas. Los mensajes en ambas direcciones eran cortos y lacónicos. Por inútil que pareciera ya la nave madre, sabían que iban a echarles de menos cuando se fueran. Por eso el día de la partida fue rígido y premeditadamente indiferente. Todo el mundo se fue a la cama horas antes de la hora estipulada.

Cuando estuvo seguro de que los demás estaban dormidos, Crawford abrió los ojos y miró a su alrededor en el oscuro dormitorio. No había nada de hogareño en él; estaban apelotonados los unos contra los otros en burdos camastros hechos con material aislante. Las instalaciones sanitarias se hallaban detrás de una endeble barrera contra una pared, y olían terriblemente. Pero ninguno de ellos habría aceptado dormir afuera en el domo, aunque Lang lo hubiera permitido.

La única luz procedía de los iluminados diales que se suponía que el elemento de guardia vigilaba durante toda la noche. No había nadie sentado frente a ellos. Crawford supuso que el vigilante se había ido a dormir. Eso hubiera debido irritarle, pero no tenía tiempo para ello. Tenía que ponerse su traje de presión, y agradeció la oportunidad de poder hacerlo discretamente. Empezó a vestirse furtivamente.

Como historiador, creía que no podía dejar pasar un momento así sin observarlo. Era una tontería, pero así son las cosas. Tenía que estar allí afuera, contemplarlo con sus propios ojos. No importaba si no vivía para poder contarlo nunca; debía registrarlo.

Alguien se sentó en el camastro situado junto al suyo. Crawford se inmovilizó, pero era demasiado tarde. Ella se frotó los ojos y miró a la oscuridad.

-¿Matt? -Bostezó-. ¿Qué... qué ocurre? ¿Hay algo ... ?

---Chissst. Voy a salir. Vuelve a dormirte, Song.

-Hum.

Se desperezó, se frotó fuertemente los ojos con los nudillos y se echó hacia atrás el pelo que cubría su rostro. Iba vestida con un mono de trabajo suelto, una prenda que necesitaba urgentemente un lavado, como todo el resto de sus ropas. Por un momento, mientras observaba su imprecisa silueta desperezarse y levantarse, Crawford olvidó la Burroughs. Obligó a su mente a dejar de pensar en la mujer.

-Voy contigo --dijo Song en voz baja.

-De acuerdo. Pero no despiertes a los demás.

De pie justo en la parte exterior de la compuerta de aire estaba Mary Lang. Se volvió hacia ellos cuando salieron, y no pareció sorprendida.

-¿Eres tú quien está de guardia? -le preguntó Crawford. -Ajá. He quebrantado mis propias reglas. Pero vosotros dos habéis hecho lo mismo. Consideraos arrestados.

Se echó a reír y les hizo señas de que se reunieran con ella. Se cogieron del brazo y alzaron los ojos hacia el cielo.

-¿Cuánto tiempo falta? -preguntó Song, cuando hubo transcurrido un rato.

-Sólo unos cuantos minutos. Tranquila.

Crawford miró a Lang y creyó ver lágrimas en su rostro, pero no pudo asegurarlo en la oscuridad.

De pronto surgió una pequeña estrella nueva, más brillante que todas las demás, más brillante que Fobos. Mirarla directamente hacia que los ojos dolieran, pero ninguno de ellos apartó la vista. Era el reactor a fusión de la Edgar Rice Burroughs, encaminándose hacia el Sol, alejándose del largo invierno de Marte. Fue visible durante largos minutos, luego lanzó un último destello y desapareció. Aunque hacía calor en el domo, Crawford estaba temblando. Pasaron diez minutos antes de que ninguno de ellos se sintiera con ánimos de volver al dormitorio.

Se apiñaron en la esclusa de aire, cuidando de no mirarse al rostro los unos a los otros, mientras aguardaban el ciclo automático. La puerta interior se abrió y Lang avanzó... y retrocedió inmediatamente a la esclusa. Crawford tuvo un atisbo de Raíston y de Lucy McKillian; luego Mary cerró la compuerta.

-Hay personas que no tienen poesía en sus almas --dijo.

-O demasiada -apuntó Song con una risita.

-¿Os apetece dar un paseo por el domo conmigo? Quizá podamos discutir algunas formas de proporcionar a la gente un poco de intimidad.

La compuerta interior se abrió, y allí estaba McKillian, parpadeando ante la luz de la desnuda bombilla que iluminaba la esclusa mientras sujetaba su camisa ante ella con una mano.

-Pasad --dijo, dando un paso atrás-. Más vale que hablemos de esto.

Entraron, y McKillian encendió la luz y se sentó en su colchón. Raíston estaba parpadeando, apoltonado nerviosamente bajo su montón de mantas. Desde el día del reventón, siempre parecía tener frío.

Aunque había sido ella quien había solicitado la discusión, McKillian se quedó callada. Song y Crawford se sentaron en sus camastros, y finalmente, mientras el silencio se hacía cada vez más tenso, todos se quedaron mirando a Lang.

Esta empezó a liberarse de su traje.

-Bien, creo que eso arregla las cosas. Me alegra oír todos vuestros comentarios. Luey, si esperas algún tipo de reprimenda, olvídale. Lo primero que haremos mañana por la mañana será tomar medidas para conseguir un poco de intimidad para eso;

pero, no importa lo que hagamos, vamos a tener que aceptar una cierta promiscuidad durante los próximos años. Creo que todos nosotros deberíamos relajarnos. ¿Alguna objeción?

Estaba a medias fuera de su traje cuando hizo una pausa para escuchar los comentarios. No hubo ninguno. Acabó de desnudarse por completo y tendió la mano hacia el conmutador de la luz.

-En cierto sentido, ya era hora -dijo, arrojando sus ropas a un rincón-. Lo único que podemos hacer con esas ropas es quemarlas. Todos oleremos un poco mejor. Song, es tu turno de guardia.

Apagó las luces, y se dejó caer pesadamente en su colchón.

Hubo mucho roce de ropas y mucho retorcerse durante los siguientes minutos, mientras todos se desembarazaban de sus ropas. Song rozó a Crawford en la oscuridad, y le pidió disculpas con voz murmurante. Luego todos se metieron en sus propios camastros. Pasaron varias tensas horas antes de que ninguno de ellos consiguiera dormirse.

La semana siguiente a la partida de la Burroughs fue de histérica reacción para todos los neoamsterdamicos. La atmósfera era forzada y falsa; una sensación de «comamos, bebamos y seamos felices» dominaba todo lo que hacían.

Construyeron un refugio aislado dentro del domo, sin decir en ningún momento en voz alta para qué lo estaban construyendo. Pero no dejó de tener su utilidad en ningún momento. El trabajo productivo se vio perjudicado cuando los cinco se dedicaron frenéticamente a hallar todas las permutaciones posibles entre tres mujeres y dos hombres. Se desarrollaron animosidades, florecieron durante unas cuantas horas, y luego se disolvieron en lloriqueantes reconciliaciones. Se agrupaban tres contra dos, dos contra uno, o incluso uno de ellos declaraba la guerra a los otros cuatro. Ralston y Song anunciaron su compromiso, que duró diez horas. Crawford estuvo a punto de llegar a las manos con Lang, ayudado por McKillian. McKillian renunció para siempre a los hombres y tuvo una breve y tempestuosa relación con Song. Luego Song descubrió a McKillian con Ralston, y Crawford se la encontró entre sus brazos de rebote, sólo para ser apartado un poco más tarde por el propio Ralston.

Mary Lang dejó que las cosas se desarrollaran por sí mismas, interviniendo tan sólo cuando se ponían violentas. Ella tampoco se sentía inmunizada contra aquel frenesí, pero conseguía permanecer al margen la mayor parte de las veces. Iba al refugio con quien se lo pidiera, intentando no hacer favoritismos, y trataba suavemente de que sus compañeros volvieran al trabajo. Como le dijo a McKillian afinales de la semana:

-Al menos empezamos a conocernos los unos a los otros.

Las cosas fueron volviendo a su cauce, tal como Lang había sabido que ocurriría. Entraron en su segunda semana casi en la misma posición en que se hallaban cuando comenzaron: sin ninguna relación sentimental firmemente establecida. Pero se conocían los unos a los otros mucho mejor, se sentían relajados en la compañía íntima de cualquier otro, y estaban apoyados por un nuevo sentido de la camaradería. Eran lo más parecido a un auténtico equipo. Las rivalidades no

habían muerto por completo, pero ya no dominaban la colonia. Lang les hizo trabajar más duramente que nunca, a fin de recuperar el tiempo perdido.

Crawford se perdió la mayor parte del trabajo interesante, puesto que estaba más dotado para los trabajos manuales, que parecían no tener fin. De modo que él y Lang tenían que saber de los nuevos descubrimientos en las reuniones nocturnas en el abrigo. No recordaba nada acerca del descubrimiento de ninguna forma de vida animal, de modo que cuando vio algo arrastrándose por entre el jardín de tiovivos, dejó caer todo lo que tenía en las manos y corrió hacia allí.

Se detuvo al borde del jardín, recordando la orden de Lang de no entrar en él a manos que fuera para recoger muestras. Observó durante un momento la cosa que se movía -¿un insecto?, ¿una tortuga?-, se convenció de que no podría ir muy lejos a su ritmo arrastrante, y se apresuró a buscar a Song.

-Tendréis que darle mi nombre --dijo mientras regresaban a toda prisa al jardín-. Estoy en mi derecho, ¿no? Yo lo he descubierto.

-Por supuesto ---dijo Song, mirando hacia donde él señalaba-. Tú muéstrame esa maldita cosa y te immortalizaré.

La cosa tenía unos veinte centímetros de largo, era casi redonda, con forma de domo. Estaba recubierta por un caparazón duro.

-No sé qué hacer con él -admitió Song-. Si es el único, no me atrevo a diseccionarlo, y quizá ni siquiera debiera tocarlo.

-No te preocupes, hay otro detrás de ti.

Ahora que estaban buscándolas, descubrieron rápidamente cuatro de aquellas criaturas. Song sacó una bolsa para muestras de su bolsillo y la mantuvo abierta delante del animal. Éste se arrastró hasta meterse a medias en la bolsa, luego pareció pensar que había algo que no estaba bien allí. Se detuvo, pero Song le dio un empujón y lo acabó de meter en la bolsa. Alzó la bolsa para mirar por debajo, y se echó a reír maravillada.

-Ruedas -dijo---. Esa cosa se mueve sobre ruedas.

-No sé de dónde procede -les dijo Song al grupo aquella noche-. Ni siquiera puedo creer en ello. De todos modos, sería un espléndido juego educativo para un niño. Lo he desmontado en sus veinte o treinta piezas, las he vuelto a montar, y sigue moviéndose. Su caparazón es de poliestireno a prueba de impactos, con una capa de pintura no tóxica en el exterior...

-No es realmente poliestireno -la interrumpió Ralston.

-... y supongo que si recargamos con periodicidad sus baterías seguirá moviéndose eternamente. Y es casi de poliestireno, eso es lo que tú has dicho.

-¿Estás hablando en serio acerca de las baterías? -preguntó Lang.

-No estoy segura. Martin cree que hay un metabolismo químico en la parte superior del caparazón, que todavía no he explorado. Pero no puedo decir si está

realmente vivo en el sentido que nosotros le damos a ese término. Quiero decir, ¡se mueve sobre ruedas! Tiene tres ruedas, adaptadas a la arena, y algo que es un cruce entre una transmisión de banda elástica y un muelle real. La energía está almacenada en un músculo retorcido y es liberada lentamente. No creo que pueda viajar más de cien metros. A menos que logre volver a retorcer el músculo, y no tengo la menor idea de cómo puede hacerlo.

-Suena muy especializado -dijo McKillian, pensativamente. Quizá debiéramos buscar el nicho que ocupan. Por la forma en que lo describes, no puede funcionar sin la ayuda de un simbiote. Quizá fertilice las plantas, como las abejas, y las plantas le proporcionen, o él tome de ellas, la energía para darse cuerda. ¿Has visto algún mecanismo que ese bicho pueda utilizar para tomar energía de las aspas giratorias de los tiouvivos?

-Eso es lo que pienso hacer por la mañana --dijo Song---. A menos que Mary nos autorice a echar una ojeada esta noche.

Lo dijo esperanzadamente, pero sin ninguna expectativa real. Mary Lang meneó la cabeza categóricamente.

-Eso tendrá que esperar. Hace frío ahí afuera, chica.

Una nueva exploración del girante jardín al día siguiente reveló varias nuevas especies, incluida otra cosa que tenía que ser un animal. Era una criatura voladora, del tamaño de una mosca de la fruta, que conseguía deslizarse de planta en planta cuando el viento descendía, gracias a la acción de un juego de palas rotatorias, como un autogiro.

Crawford y Lang permanecieron junto a los científicos mientras éstos efectuaban sus observaciones. No sentían ningún deseo de volver a la tarea que los había ocupado durante las últimas dos semanas: hacer que el Podkayne adoptara una posición horizontal sin sufrir ningún daño. El módulo había sido asegurado con cables estabilizadores poco después del aterrizaje, y en los planes se había tenido en cuenta la posibilidad de colocar la nave de costado en el caso de una tormenta de viento realmente fuerte. Pero los planes habían previsto una fuerza de veinte personas, trabajando durante todo un día con un complejo dispositivo de poleas y transmisiones. Era un trabajo lento, y no podía ser apresurado. Si la nave caía y perdía presión, no les quedaría ni la posibilidad de una plegaria.

Así que dieron la bienvenida a la oportunidad de acudir al jardín de las maravillas. El lugar era aún más maravilloso que la última vez que Crawford le había echado una mirada. Había gruesas lianas que Song aseguraba que transportaban agua, caliente y fría, y otros varios fluidos. Había más ejemplares de la variedad alta de derricks, haciendo que el lugar pareciera un campo petrolífero de color pastel.

Tuvieron pocos problemas en descubrir de dónde procedían los matthews. Encontraron docenas de excrecencias de veinte centímetros de diámetro en los lados de los derricks más grandes. Evidentemente, crecían de ellos como tumores, y quedaban libres cuando se abrían. Para qué servían era otro asunto. Todo lo que pudieron descubrir fue que los matthews se limitaban a arrastrarse en línea recta hasta que su energía se agotaba. Si se les daba cuerda de nuevo, seguían avanzando. Había docenas de ellos yaciendo inmóviles sobre la arena en un radio de un centenar de metros del jardín.

Dos semanas de investigaciones no les permitieron saber más. Tuvieron que abandonar a los matthews por el momento, pues otro enigma surgido ante ellos exigió toda su atención.

Esta vez Crawford fue el último en enterarse. Fue llamado por radio, y encontró al grupo a cuatro patas, formando un círculo en torno a una excrecencia en el suelo del cementerio.

El cementerio, allí donde habían enterrado a sus quince compañeros muertos el día del desastre, había brotado a la vida a lo largo de la siguiente semana tras la partida de la Burroughs. Estaba separado del emplazamiento original del domo por trescientos metros de arena eólica. De modo que McKillian supuso que este segundo florecimiento de vida había sido causado por el agua contenida en los cuerpos de los muertos. Lo que no podían llegar a imaginar era por qué este lugar difería tan radicalmente del primero.

Había tiovivos en el segundo jardín, pero carecían de la variedad y desorden de los originales. Eran de un tamaño casi uniforme, aproximadamente cuatro metros de altura, y todos del mismo color, un púrpura oscuro. Habían bombeado agua durante dos semanas ' luego se habían detenido. Cuando Song los examinó, informó que sus engranajes estaban helados, secos. Parecían haber perdido la facultad de segregar ese plástico que mantenía las estructuras fluidas y vivas. El agua en los conductos estaba helada. Aunque no quiso pronunciarse sobre el asunto, tuvo la seguridad de que estaban muertos. En su lugar había una segunda red de conducciones que se enrollaban en torno a los derricks y esparcían hojas transparentes de plástico a la luz del sol, calentando el agua que circulaba a su través. El agua seguía siendo bombeada, pero no por el ahora familiar sistema de molinos de viento. Espaciadas a lo largo de todas las conducciones había bombas de expansión-contracción con válvulas muy parecidas a las del corazón humano.

La nueva maravilla era un simple detalle en medio de aquel complejo petroquímico viviente. Era una planta corta que se alzaba medio metro, para extender luego dos tallos paralelos al suelo. Y al extremo de cada tallo había un globo perfecto, uno de ellos gris, el otro azul. El azul era mucho más grande que el gris.

Crawford la contempló brevemente, luego se puso en cuclillas junto a los demás, preguntándose qué era toda aquella agitación. Todos parecían muy solemnes, casi asustados.

-¿Me habéis llamado para ver esto?

Lang alzó la vista hacia él, y algo en su rostro le hizo ponerse nervioso.

-Míralo, Matt. Míralo bien.

Eso hizo, sintiéndose estúpido, y preguntándose cuál era el chiste. Observó una mancha blanca cerca de la parte superior del globo más grande. Era estriada, como una bola de mármol translúcido con venas de material opaco en ella. Se dio cuenta de que parecía muy familiar, y sintió que el pelo de la nuca se le erizaba.

-Gira --dijo Lang suavemente-. Eso es lo que ha llamado la atención de Song. Vino aquí un día, y estaba en una posición distinta de la vez anterior.

-Déjame adivinar --dijo, con una calma mucho mayor de la que sentía realmente-. La pequeña gira en torno a la grande, ¿correcto?

-Correcto. Y además mantiene una cara vuelta a la grande, la cual da una vuelta cada veinticuatro horas. Además, tiene una inclinación axial de veintitrés grados.

-Es un ... ¿cuál es la palabra? Planetario. Es un planetario de relojería.

Crawford tuvo que ponerse en pie y sacudir la cabeza a fin de aclararla.

-Es curioso -dijo Lang, suavemente-. Siempre pensé que sería algo llamativo, o al menos obvio. Un artefacto alienígena mezclado con huesos de los hombres de las cavernas, o una espacionave entrando en nuestro sistema. Creo que estaba pensando en términos de fragmentos de cerámica y bombas atómicas.

-Bien, todo eso suena más bien insignificante comparado con esto -dijo Song-. ¿Os dais cuenta... de lo que estamos hablando aquí? ¿Evolución... o ingeniería? ¿Son las plantas mismas las que han hecho esto, o fueron diseñadas para hacerlo por quienes las construyeron? ¿Entendéis lo que quiero decir? Durante mucho tiempo me he sentido sorprendida por esas ruedas. Simplemente, no he conseguido llegar a creer que evolucionaron de forma natural.

-¿Qué quieres decir?

-Que creo que esas plantas que hemos estado viendo fueron diseñadas para ser lo que son. Están demasiado perfectamente adaptadas, son demasiado ingeniosas para haber aparecido como una mera respuesta al medio ambiente.

Sus ojos parecieron vagar; se puso en pie y miró hacia el valle por debajo de ellos. Era tan árido como cualquier otra cosa que pudieran imaginar: salientes de rocas rojas, amarillas y marrones, y peñascos caídos. Y delante de todo, los girantes colores de los tiovivos.

-Pero ¿por qué esto? -preguntó Crawford, señalando a la imposible planta-artefacto-. ¿Por qué un modelo de la Tierra y la Luna? ¿Y por qué precisamente aquí, en el cementerio?

-Porque éramos esperados --dijo Song, sin dejar de mirar hacia otro lado-. Debieron de observar la Tierra, durante la última estación veraniega. No sé, quizá incluso fueron hasta allí. Si lo hicieron, debieron de encontrar hombres y mujeres como nosotros, cazando y viviendo en cuevas. Encendiendo fuegos, utilizando mazas, puliendo puntas de flechas. Tú sabes más al respecto que yo, Matt.

-¿Quiénes son? -Preguntó Ralston-. ¿Creéis que vamos a encontrarnos con marcianos? ¿Con gente? No sé cómo. No lo creo.

-Me temo que yo también soy escéptica -dijo Lang---. Sin duda tiene que haber alguna otra forma de explicar esto.

-¡No! No la hay. Oh, no gente como nosotros, por supuesto. Quizá los estemos contemplando en este mismo momento, girando como locos. -Todos ellos miraron intranquilos a los tiovivos---. Pero no creo que estén todavía aquí. Creo que vamos a

presenciar, a lo largo de los próximos años, a esas plantas y esos animales incrementar su complejidad a medida que construyen una biosfera y se preparan para la llegada de los constructores. Pensad en ello. Cuando llegue el verano, las condiciones van a ser muy distintas. La atmósfera será casi tan densa como la nuestra, con casi la misma presión parcial de oxígeno. Para entonces, a miles de años de distancia de ahora, esas primitivas formas habrán desaparecido. Estas cosas están adaptadas a una baja presión, a una ausencia de oxígeno, a una escasez de agua. Las posteriores serán adaptadas a un entorno mucho más parecido al nuestro. Y será entonces cuando veremos a los constructores, cuando el escenario haya sido construido adecuadamente.

Sonaba casi religioso cuando dijo eso.

Lang se puso en pie y sacudió el hombro de Song. Song volvió lentamente en sí y se dejó caer sentada, cegada todavía por su visión particular. Crawford tuvo un atisbo de aquella misma visión, y aquello lo asustó. Y un atisbo de algo más, algo que podía ser importante pero que no conseguía acabar de captar.

-¿No lo comprendéis? -prosiguió ella, más calmada ahora-. Es demasiado oportuno, una coincidencia demasiado grande. Esta cosa es como una... una lápida mortuoria, un monumento. Está creciendo precisamente aquí en el cementerio, de los cuerpos de nuestros amigos. ¿Podéis creer que se trata simplemente de una coincidencia?

Evidentemente, nadie podía. Pero al mismo tiempo Crawford no lograba ver ninguna razón por la cual las cosas tuvieran que haber ocurrido así.

Le costaba dejar el misterio para más adelante, pero no había nada que pudiera hacer al respecto. No se sentían con ánimos para desenterrar aquella cosa, ni siquiera después de que otras cinco, idénticas, surgieran en el camposanto. Hubo un nuevo consenso entre ellos de dejar a las plantas y animales marcianos solos. Como ateos nerviosos, la mayor parte de ellos no creían en las teorías de Song, pero tenían la inquieta sensación de estar hollando lugares prohibidos cuando cruzaban los jardines. Inconscientemente, creían que era mejor dejarlos solos, no fuera que resultasen ser propiedad privada.

Durante seis meses, nada realmente nuevo brotó entre los tiovivos. Song no se mostró sorprendida. Dijo que aquello apoyaba su teoría de que esas plantas eran únicamente los guardianes encargados de preparar el camino para la llegada de otras variedades menos resistentes y que respiraban aire. Calentarían el aire y traerían el agua más cerca de la superficie; luego, cuando su función hubiera terminado, desaparecerían.

Los tres científicos decidieron trasladar sus estudios a otros asuntos más importantes relativos a cubrir las necesidades inmediatas de la colonia. El material del domo estaba mostrando señales de debilidad a medida que los remiendos provisionales iban perdiendo consistencia, así que era preciso buscar urgentemente un nuevo hogar. Cada día se veían obligados a taponar pequeñas fugas, cada una de las cuales podía convertirse en un importante reventón.

El Podkayne había sido tendido en el suelo y, lamentablemente, empezado a desarmar. Aquél fue un mal día para Mary Lang, el peor desde el día del reventón. Lo veía como una necesidad, pero tenía la sensación de hacerle algo horrible a una

orgullosa máquina volante. Durante toda una semana estuvo rumiando sobre aquello, desarrollando un terrible mal humor; era casi imposible acercarse a ella. Luego, de pronto, le pidió a Crawford que se reuniera con ella en el refugio privado. Era la primera vez que le pedía a alguien algo así. Permanecieron durante toda una hora el uno en brazos del otro, y Lang sollozó suavemente en el pecho de él. Crawford se sintió orgulloso de haber sido elegido para hacerle compañía cuando ella no pudo seguir manteniendo su dura y competente máscara de fortaleza. En cierto sentido, se necesitaba mucho valor para exponer de aquel modo su debilidad a la única persona de las cuatro que posiblemente podía presentarse como un rival a su liderazgo. No traicionó aquella confianza. Al fin y al cabo, era ella quien estaba confortándole a él.

A partir de aquel día, Lang se dedicó ferozmente a dismantelar el viejo Podkayne. Supervisó el desmontaje de los motores para proporcionar más espacio vital, y únicamente Crawford fue capaz de ver lo que le estaba costando. Vacieron los tanques de combustible y almacenaron éste en todos los contenedores disponibles que pudieron encontrar. Más tarde podría resultarles útil para calefacción y para recargar baterías. Consiguieron convertir cajas de embalaje de plástico en contenedores de combustible forrándolas interiormente con hojas del material de doble pared que utilizaban los tiovivos para calentar el agua. Se sentían nerviosos ante aquel vandalismo, pero no tenían otra elección. No dejaban de mirar nerviosamente al cementerio mientras arrancaban hojas de metro cuadrado de ese material.

Cuando terminaron disponían de un largo alojamiento cilíndrico, dividido en dos pequeños dormitorios, una sala comunitaria, y un taller-almacén-laboratorio en el antiguo depósito de combustible. Crawford y Lang pasaron la primera noche juntos en el «ático», la antigua cabina de mandos, la única habitación con ventanales.

Tendido allí, despierto sobre el burdo colchón, al lado de Mary Lang en el cálido aire, con la negra pierna de ella convertida en una angulosa línea de sombra que cruzaba su cuerpo; contemplando a través de la portilla las nítidas y fijas estrellas, sin nada hecho todavía acerca de los problemas de oxígeno, agua y alimento para los años por venir, y sin ninguna seguridad de sobrevivir a aquella noche en un planeta determinado a matarle..., Crawford se dio cuenta de que nunca había sido tan feliz en su vida.

Exactamente ocho meses, día por día, después del desastre hicieron dos descubrimientos. Uno de ellos fue en el jardín de tiovivos, y tenía que ver con una nueva planta que mostraba lo que podían ser frutos. Se trataba de racimos de esferas blancas del tamaño de uvas, muy duras y notablemente pesadas. El segundo descubrimiento fue hecho por Lucy McKillian, y se refería a la ausencia de un acontecimiento que, hasta entonces, se había producido tan regularmente como la Luna llena.

-Estoy embarazada -anunció a los demás aquella noche, haciendo que Song dejara para otro día el examen de los frutos blancos.

No era inesperado; Lang lo había estado previendo desde la noche en que la Burroughs se fue. Pero no se había preocupado al respecto. Ahora había que decidir qué hacer.

-Temía que pudiera ocurrir --dijo Crawford-. ¿Qué vamos a hacer, Mary?

-¿Por qué no me dices lo que piensas? Eres un experto en supervivencia. Los bebés, en nuestra situación, ¿son una ventaja o una desventaja?

-Me temo que voy a tener que decir que son un problema. Lucy necesitará alimento extra durante su embarazo, y después, y luego será una boca extra que habrá que alimentar. No podemos permitirnos un tal drenaje en nuestros recursos.

Lang no dijo nada, esperando la opinión de McKillian.

-Espera un momento. ¿Qué hay acerca de todo eso de los «colonos» que no has dejado de decirnos desde que quedamos varados aquí? ¿Quién ha oído hablar de una colonia sin niños? Si no crecemos, nos estancaremos, ¿no? Debemos tener niños.

Miró a uno y otro lado, de Lang hasta Crawford, su rostro expresando informadas dudas.

-Nos hallamos en unas circunstancias especiales, Lucy -explicó Crawford-. Por supuesto, estaría completamente de acuerdo si nos halláramos en mejor situación. Pero ni siquiera podemos estar seguros de que podamos sobrevivir nosotros mismos, y mucho menos un niño. Quiero decir que no podemos permitirnos niños hasta que estemos establecidos.

-Tú deseas el niño, Lucy? -preguntó suavemente Lang.

McKillian no parecía saber lo que deseaba.

-No. Yo... Pero sí. Sí, creo que sí. -Los miró a todos, suplicándoles que comprendieran-. Entended, no he tenido ninguno, y nunca he planeado tenerlo. Tengo treinta y cuatro años, y nunca, nunca, lo he echado de menos. Siempre he deseado ir aquí y allá, y no puedes hacerlo con un bebé. Pero tampoco planeé nunca convertirme en un colono en Marte. Yo... Las cosas han cambiado, ¿no? Me he sentido tan deprimida... -Miró a su alrededor, y Song y Raiston estaban asintiendo aprobadoramente. Aliviada al comprobar que no era la única en sentir la opresión, prosiguió, más intensamente-: Creo que si tengo que pasar otro día como ayer, y como anteayer..., y como hoy, terminaré poniéndome a gritar. Parece tan inútil acumular toda esa información... ¿Para qué?

-Estoy de acuerdo con Lucy --dijo Ralston, sorprendentemente.

Crawford había creído que Ralston iba a ser el único inmune a la inevitable desesperación de los naufragos. Ralston en su laboratorio era la imagen viviente del desapego, de la persona que existía únicamente para observar.

-Yo también --dijo Lang, terminando la discusión. Les explicó sus razones-: Míralo de esta forma, Matt. No importa cuánto estiremos nuestras provisiones, no van a durarnos más allá de los próximos cuatro años. O encontramos una forma de procurarnos lo que necesitamos a partir de lo que hay a nuestro alrededor, O todos vamos a morir. Y si encontramos una forma de hacer eso, ¿qué importará cuántos seamos entonces? Como máximo, esto acercará unas pocas semanas, o un mes, la fecha en que debemos convertirnos en autosuficientes.

-No lo había considerado desde ese punto de vista -admitió Crawford.

-Sin embargo, eso no es importante. Lo importante es lo que dijiste desde un principio, y me sorprende que no lo veas, Si somos una colonia, tenemos que expandirnos. Por definición. Historiador, ¿qué les ocurrió a las colonias que no se expandieron?

-No hurgues en la herida.

-Murieron. Sé lo suficiente para afirmarlo. Amigos, ya no somos intrépidos exploradores espaciales. No somos los hombres y mujeres especializados que se suponían que éramos. Nos guste o no, y sugiero que empiece a gustarnos, somos pioneros intentando vivir en un ambiente hostil. Las posibilidades en contra nuestra son muchas, y no estamos aquí para siempre; pero como ha dicho siempre Matt, lo mejor es que planifiquemos las cosas como si debiéramos sobrevivir eternamente. ¿Algún comentario?

No hubo ninguno, hasta que Song dijo, pensativamente:

-Me parece que un bebé entre nosotros alegraría las cosas. Dos bebés alegrarían las cosas doblemente. Creo que tengo ganas de seguir el ejemplo. Ven conmigo, Martin.

-Un momento, muchacha --dijo secamente Lang-. Si te quedas embarazada ahora, voy a verme obligada a ordenarte que abortes. Tenemos los medicamentos apropiados para ello, ya lo sabes.

-Eso es discriminación.

---Quizá sí. Pero el hecho de que seamos colonos no significa que debemos comportarnos como conejos. Una mujer embarazada deberá ser dispensada de los trabajos manuales al final de su embarazo, y no podemos permitirnos más de uno a la vez. Una vez Lucy tenga el suyo, entonces plantea la cuestión de nuevo. Pero observa atentamente a Lucy, muchacha. ¿Has pensado realmente en todo lo que va a tener que soportar? ¿Has intentado imaginarla metiéndose en su traje de presión cuando esté de seis o siete meses?

Por sus expresiones, se hizo evidente que ni Song ni McKillian habían pensado en aquello.

-Muy bien -prosiguió Lang---. Eso representará un confinamiento literal para ella, aquí precisamente, en el Podkayne. A menos que podamos encontrar algo más adecuado para ella, lo cual dudo seriamente. ¿Sigues deseando seguir adelante, Lucy?

-¿Puedo disponer de algo de tiempo para pensar?

-Por supuesto. Tienes casi dos meses. Después de eso, los medicamentos no son seguros.

-Yo te aconsejaría que siguieras adelante ---dijo Crawford-. Sé que mi opinión no significa nada una vez haya cerrado mi estúpida boca. Sé que me resulta muy fácil hablar; no voy a ser yo quien se vea implicado en ello. Pero la colonia necesita

esto. Todos lo hemos sentido; la falta de una meta, de un estímulo que nos haga seguir adelante. Creo que lo encontraremos si tú sigues adelante con ello.

McKillian se golpeó pensativamente los dientes con la punta de un dedo.

-Tienes razón --dijo-. Tu opinión no significa nada. -Le palmeó alegremente la rodilla cuando lo vio enrojecer---. Incidentalmente, creo que el niño es tuyo. Y creo que voy a seguir adelante hasta el final.

El ático pareció haberse convertido en una prerrogativa incuestionada de Lang y Crawford. Simplemente, se convirtió en una costumbre, puesto que parecía haberse desarrollado una relación entre ellos, y ninguno de los demás se había quejado. Ninguna de las demás mujeres parecía sentirse afectada por esa situación. Y Lang dejaba las cosas así. Lo que ocurriera entre ellos tres no le importaba, siempre que se mostraran felices y no se presentaran problemas.

Lang estaba dejándose mecer en brazos de Crawford, intentando decidir si deseaba hacer de nuevo el amor, cuando se produjo una detonación en el Podkayne.

Desde la última emergencia no había dejado de pensar que ella había sido en parte responsable de lo ocurrido por su tardanza en reaccionar. Esta vez estaba cruzando la puerta casi antes de que las reverberaciones hubieran desaparecido, dejando que Crawford se masajeara dolorido la pierna que le había pisado en su apresuramiento.

Llegó a tiempo de ver a McKillian y Raiston correr apresuradamente hacia el laboratorio de la parte de atrás de la nave. Había una luz roja destellando, pero vio de inmediato que no se trataba de lo peor; la luz de la presión seguía resplandeciendo verde. Era el detector de humos. Estaba saliendo humo del laboratorio.

Inspiró profundamente y se metió en él, sólo para chocar contra Ralston cuando salía arrastrando a Song. Excepto una expresión desconcertada y unos cuantos cortes, Song parecía estar perfectamente. Crawford y McKillian se les unieron mientras la tendían sobre uno de los camastros.

-Fue uno de los frutos --dijo Song, jadeando para recuperar el aliento y tosiendo-. Estaba calentándolo en un bocal, boca abajo, y estalló. Supongo que me aturdió. Lo siguiente que recuerdo es a Martin arrastrándome fuera. ¡Eh, tengo que volver allí! Hay otro...

puede ser peligroso. Y los daños, tengo que comprobar...

Se debatió para alzarse, pero Lang la obligó a permanecer tendida.

-Tomátelo con calma. ¿Qué hay del otro?

-Lo puse en las mordazas, con la intención de perforarlo... Lo que no recuerdo es si llegué a conectar el taladro o no. Quería sacar una muestra de su núcleo. Será mejor que echéis una mirada. Si la taladradora llega a lo que hizo estallar al otro, puede que estalle también.

-Yo me encargo -dijo McKillian, volviéndose hacia el laboratorio.

-Tú te quedas aquí -ladró Lang-. Sabemos que no es lo bastante potente como para dañar la nave, pero podría matarte si te alcanza de lleno. Nos quedaremos aquí hasta que estalle. Al diablo con los daños. ¡Y cierra esa puerta, rápido!

Antes de que pudieran cerrarla oyeron un silbido, como el de una válvula de una olla a presión empezando a girar, y luego una rápida serie de sonidos metálicos. Una pequeña bola blanca cruzó la puerta y rebotó contra tres paredes. Se movió tan rápido que apenas pudieron seguirla con los ojos. Alcanzó a Crawford en un brazo, luego cayó al suelo, donde rebotó también varias veces antes de inmovilizarse. El silbido murió, y Crawford la recogió. Era más ligera de lo que había sido antes. Había un orificio taladrado en uno de sus lados. El orificio estaba frío cuando lo tocó con los dedos. Sorprendido, creyendo que se había quemado, se llevó el dedo a la boca y se lo chupó con aire ausente durante mucho rato antes de darse cuenta de la verdad.

-Esos «frutos» están llenos de gas comprimido --dijo a los demás-. Tenemos que abrir otro, cuidadosamente esta vez. Casi temo pensar en el gas que creo que hay en su interior, pero estoy convencido de que todos nuestros problemas se han solucionado.

Cuando llegó la expedición de rescate, ya nadie la llamaba así. En el intervalo se había producido algo sin importancia, una larga y brutal guerra con el Imperio Palestino, y había surgido la creciente convicción de que los supervivientes de la primera expedición no habían tenido por supuesto ninguna posibilidad. No había habido tiempo para lujos tales como viajes espaciales más allá de la Luna ni miles de millones de dólares que invertir, mientras la política energética del mundo era debatida en los desiertos de Arabia con armas nucleares tácticas.

Cuando finalmente apareció la nave, ya no era una nave de la NASA. Estaba auspiciada por la reciente Agencia Espacial Internacional. Su tripulación procedía de todos los lugares de la Tierra. Su propulsión era nueva también, y mucho mejor que la anterior. Como siempre, la guerra le había dado a la investigación una patada en el trasero. Su misión era proseguir la exploración marciana allí donde la primera expedición la había dejado y, de paso, recuperar los restos de los veinte norteamericanos para devolverlos a la Tierra.

La nave descendió con un impresionante espectáculo de llamas y torbellinos de arena, a tres kilómetros de la Base Tharsis.

El capitán, un hindú llamado Singh, ordenó a su tripulación que empezara a erigir las edificaciones permanentes; luego subió a un tractor oruga con tres de sus oficiales para efectuar el viaje hasta Tharsis. Habían transcurrido casi exactamente doce años terrestres desde la partida de la Edgar Rice Burroughs.

El Podkayne era apenas visible detrás de una red de lianas multicolores. Las lianas eran lo bastante densas como para frustrar los esfuerzos del grupo de rescate para atravesarlas y penetrar en la vieja nave. Pero las dos compuertas estancas estaban abiertas, y la arena había penetrado formando pequeñas olas más allá de la entrada. La popa del aparato estaba casi completamente enterrada.

Singh ordenó a su gente que se detuviera, y retrocedió unos pasos para admirar la complejidad de la vida en un lugar tan yermo. Había tiovivos de veinte metros de

alto esparcidos a todo su alrededor, con aspas tan grandes como las alas de un avión de transporte.

-Tendremos que ir a buscar herramientas cortantes para liberar la nave -dijo a sus compañeros---. Probablemente estarán ahí dentro. ¡Vaya lugar! Creo que vamos a tener trabajo.

Caminó siguiendo el borde de aquella densa maleza, que ahora cubría varios kilómetros cuadrados. Llegó a una sección donde el color predominante era el púrpura. Era extrañamente distinta del resto del jardín. Se hallaba poblada por altos derricks, pero estaban como helados, inmóviles. Y cubriendo todos los derricks había una red translúcida de tiras de plástico de diez centímetros de ancho, lo bastante densa como para constituir una barrera impenetrable. Era como una tela de araña hecha de un material plano y delgado en vez de la fibrosa seda de la araña. Se proyectaba hacia afuera por entre todos los brazos entrecruzados de los tiovivos.

-¡Hola!, ¿pueden oírme ahora?

Singh se sobresaltó, luego dio media vuelta y miró a los tres oficiales. Parecían tan sorprendidos como él.

-¿Hola, hola, hola?... Esta frecuencia no da ningún resultado, Mary. ¿Quieres que pruebe otro canal?

-Esperen un momento. Puedo oírles. ¿Quiénes son ustedes?

-¡Eh, me ha oído! Aquí Song Sue Lee, y estoy directamente frente a usted. Si mira bien a través de la tela de araña, podrá verme. Agitaré los brazos. ¿Me ve?

Singh creyó percibir algo de movimiento cuando apretó el rostro contra la translúcida tela de araña. La tela resistió el empuje de sus manos, echándole hacia atrás como un globo hinchado.

---Creo que la veo. -La enormidad de todo aquello apenas estaba empezando a alcanzarle. Controló tensamente su rostro mientras sus oficiales se apiñaban a su alrededor, y consiguió no tartamudear---. ¿Se encuentran ustedes bien? ¿Hay algo que podamos hacer?

Hubo una pausa.

-Bueno, ahora que lo menciona, podrían haber llegado cuando correspondía. Pero eso es agua pasada, supongo. Si tienen juguetes o algo así, sería estupendo. ¡Las historias que le he contado al pequeño Billy acerca de las cosas hermosas que iban a traerle ustedes! No va a haber forma de contenerle, se lo aseguro.

Todo aquello estaba escapándosele al capitán Singh de las manos.

-Señora Song, ¿cómo podemos llegar hasta usted?

-Oh, lo siento. Diríjense a su derecha unos diez metros, hasta que puedan ver un chorro de vapor escapándose de la red. Ahí, ¿lo ven?

Lo hicieron, y mientras miraban una sección de la tela de araña ésta se abrió y una oleada de aire cálido casi les azotó. El agua se condensó en sus visores, y de pronto casi dejaron de ver.

-¡Rápido, rápido, entren! ¡No podemos tener abierto mucho rato!

Entraron a tientas, arañando la escarcha de sus visores con las manos. La tela de araña se cerró tras ellos, y se encontraron de pie en el centro de una complicadísima red hecha con filamentos entrelazados del mismo material que la tela de araña. El manómetro de Singh señaló 30 milibares.

Se abrió otra sección, y la cruzaron. Tras pasar otras tres puertas, la temperatura y la presión alcanzaron unos índices muy parecidos a los de la Tierra. Se encontraron de pie junto a una menuda mujer de aspecto oriental, con una piel tan bronceada que casi parecía negra. No llevaba ropas, pero parecía adecuadamente vestida con una brillante sonrisa que creaba hoyuelos tanto en su boca como en sus ojos. Su pelo estaba veteado de gris. Debía de tener -Singh hizo una pausa para calcularlo- cuarenta y un años.

-Por aquí -dijo la mujer, señalando hacia un túnel formado por más bandas de plástico.

Dieron vueltas y más vueltas por un complicado laberinto, cruzando puertas que se abrían cuando se acercaban a ellas, obligándoles a veces a ponerse de rodillas cuando eran demasiado bajas. Oyeron el sonido de voces de niños.

Llegaron a lo que debía de ser el centro del laberinto, y se encontraron con las personas que todo el mundo suponía desaparecidas. Dieciocho en total. Los niños permanecían completamente inmóviles y miraban de modo solemne a los recién llegados, mientras que los otros cuatro adultos...

Los adultos permanecían de pie, separados los unos de los otros en aquella estancia, mientras pequeños helicópteros revoloteaban a su alrededor, envolviéndolos de la cabeza a los pies con tiras de tela de araña que los convertían en guirnaldas humanas.

-Naturalmente, dudo que hubiéramos podido hacer nada de esto sin la ayuda de los marcianos --estaba diciendo Mary Lang, desde su elevada posición sobre una cosa naranja que muy bien hubiera podido ser una seta venenosa-. Una vez comprendimos lo que estaba ocurriendo en el cementerio, no hubo necesidad de explorar formas alternativas de conseguir comida, agua y oxígeno. La necesidad no iba a presentarse nunca. Teníamos todo el suministro que necesitábamos.

Alzó los pies para dejar pasar a un grupo de tres asombradas mujeres de la nave de rescate. Les estaban dejando entrar en grupos de cinco cada hora. No se atrevían a abrir las compuertas exteriores más a menudo que eso, y Lang estaba preguntándose si no sería demasiado a menudo. El lugar estaba atestado, y los niños empezaban a ponerse nerviosos. Pero era mejor dejar que la tripulación satisficiera su curiosidad allí dentro, donde podía ser vigilada, que dejarla causar destrozos afuera.

El nido interno no tenía forma definida. Los neoamsterdamitas lo habían dejado casi de la misma forma en que los tiouvivos lo habían construido, eliminando

simplemente algún obstáculo aquí y allá para permitir a los seres humanos ir de un lado para otro. Era un laberinto de paredes diáfanas y de puntales de plástico, con transparentes conducciones de plástico cruzando hacia todos lados y acarreado fluidos de color azul pálido, rosa, dorado y vinoso. En algunas de las conducciones habían sido insertadas espigas metálicas procedentes del Podkayne. McKillian se apresuró a llenar unos vasos para los visitantes, que deseaban probar la solución anticongelante compuesta en un cincuenta por ciento por etanol. Delicioso pensó el capitán Singh, vaciando su tercer vaso, y aquello era todo lo que podía comprender.

Tenía problemas en plantear las preguntas que deseaba formular, y se dio cuenta de que había bebido demasiado. El espíritu de celebración, la alegría de encontrar a aquella gente más allá de toda esperanza... Difícilmente podía uno mantenerse apartado de todo aquello. Pero rechazó un cuarto vaso, muy a su pesar.

-Puedo comprender la bebida --dijo cautelosamente-. El etanol es un compuesto simple y puede formar parte de muchas combinaciones químicas distintas. Pero resulta difícil creer que hayan sobrevivido comiendo la comida que estas plantas producían para ustedes.

-No cuando comprenda lo que es este cementerio y por qué se ha convertido en lo que se ha convertido --dijo Song. Estaba sentada con las piernas cruzadas en el suelo, alimentando a su hijo pequeño, Ethan-. En primer lugar, tiene que comprender que todo lo que ve --prosiguió, haciendo un gesto con la mano hacia los metros de colgante escultura blanda, y casi logrando que Ethan perdiera el pezón- fue diseñado para contener a seres que no están más adaptados a este Marte de lo que lo estamos nosotros. Que necesitan calor, oxígeno a una presión más bien alta, y agua libre. Nada de todo ello se halla aquí ahora, pero puede ser creado mediante plantas adecuadamente diseñadas. Ellos crearon esas plantas para que se pusieran en acción a los primeros indicios de agua libre, y empezaran a construir lugares donde ellos pudieran vivir mientras aguardaban la llegada de] pleno verano. Cuando eso ocurra, todo el planeta florecerá. Entonces podremos salir al exterior sin necesidad de llevar trajes o usar aerobayas.

-Sí, entiendo --dijo Singh-. Y es realmente maravilloso, incluso demasiado para creerlo.

Se distrajo por un momento, alzando la vista hacia el techo, donde las aerobayas, unas esferas blancas casi del tamaño de bolas de boliche, colgaban en racimos de las conducciones que les proporcionaban oxígeno a alta presión.

-Me gustaría ver ese proceso desde el principio --dijo-. Desde que se ponen sus trajes para salir al exterior, quiero decir.

-Nos estábamos vistiendo cuando ustedes llegaron aquí. El proceso requiere una media hora, por eso no pudimos salir a tiempo para acudir a su encuentro.

-¿Cuánto tiempo duran esos... trajes?

-Aproximadamente un día --dijo Crawford-. Uno tiene que destruirlos para salir de ellos. Las bandas de plástico no se cortan bien, pero hay otro animal especializado que corroe ese tipo de plástico. Es reciclado dentro del sistema. Si deseas vestirte, lo único que tienes que hacer es tomar un helipájaro, sujetarlo por la cola y luego lanzarlo. Empieza a girar en torno tuyo mientras vuela, y te enrolla con

su secreción. Se necesita un poco de práctica, pero funciona. La materia que segrega se pega a sí misma, pero no a tu cuerpo. Así que te dejas envolver por varias capas, dejas que todas se vayan secando, luego conectas una aerobaya, y quedas hinchado y aislado.

-Maravilloso --dijo Singh, realmente impresionado. Había visto a los pequeños helipájaros tejer los trajes, y a los otros animales, parecidos a pequeñas babosas, corroerlos cuando los colonos ya no los necesitaban---. Pero sin algo similar a una válvula de escape no hubieran durado ustedes mucho. ¿Cómo consiguen eso?

-Utilizamos las valvulas respiratorias de nuestros antiguos trajes -dijo McKillian--  
-. O bien las plantas que generan válvulas aún no han aparecido en el entorno, o bien no somos lo bastante listos para reconocerlas. Por otra parte, el aislamiento no es perfecto. Sólo salimos en los momentos más cálidos del día, y nuestras manos y pies tienden a enfriarse. Pero nos las arreglamos.

Sing se dio cuenta de que se habían alejado de su pregunta original.

-¿Y la comida? Seguramente es demasiado esperar que esos marcianos coman lo mismo que nosotros. ¿No lo creen así?

-Por supuesto, y hemos tenido suerte disponiendo de Martin Ralston a nuestro lado. Él no dejaba de decirnos que los frutos del cementerio eran comestibles para los seres humanos. Grasas, féculas, proteínas; todo ello idéntico a lo que llevamos nosotros en nuestro interior. La clave estaba en el planetario, por supuesto.

Lang señaló hacia los globos gemelos en mitad de la habitación, todavía perfectamente sincronizados con el tiempo de la Tierra.

-Era una baliza. Lo comprendimos cuando vimos que crecía solamente en el cementerio. Pero ¿qué era lo que nos estaba diciendo? Teníamos la sensación de que quería dar a entender que éramos esperados. Song tuvo esa impresión desde el principio, y todos terminamos estando de acuerdo con ella. Pero sólo nos dimos cuenta de hasta qué punto todas las plantas estaban preparadas para nosotros cuando Martín empezó a analizar los frutos y los nutrientes del lugar.

»Escuchen, esos marcianos..., y puedo ver por su expresión que siguen sin creer realmente en ellos, pero terminarán haciéndolo si permanecen aquí el tiempo suficiente.... esos marcianos saben de genética. Y saben a fondo. Poseemos un millar de teorías acerca de su aspecto, y no vamos a aburrirles con ellas todavía, pero eso es algo que sabemos. Pueden construir cualquier cosa que necesiten, confeccionar un modelo en ADN, encapsularlo en una espora y enterrarlo, sabiendo exactamente lo que saldrá de él dentro de cuarenta mil años. Cuando empieza a hacer frío aquí, y se dan cuenta de que el ciclo está llegando a su fin, siembran el planeta con las esporas y... hacen algo. Quizá mueren, o quizá tienen alguna otra forma de pasar el tiempo. Pero saben que volverán.

»No podemos decir desde cuándo se preparan para recibir nuestra visita. Quizá tan sólo en este ciclo; quizá desde hace veinte ciclos. Sea como fuere, en el último ciclo enterraron el tipo de esporas que producirían esos pequeños artilugios. -Tanteó la esfera azul que representaba la Tierra con la punta del pie-. Los programaron de modo que fueran activados solamente cuando se hallaran ante determinadas condiciones. Quizá sabían exactamente cuáles serían; quizá tan sólo prepararon un

abanico de posibilidades. Song cree que nos visitaron, allá por la Edad de Piedra. En ciertos aspectos resulta más fácil de creer que la otra alternativa. De esa forma sabían nuestra estructura genética y qué tipo de comida necesitábamos, y cómo prepararse.

»Porque si no nos hubieran visitado, habrían preparado otras esporas. Esporas capaces de analizar nuevas proteínas y duplicarlas. Más que eso, algunas de las plantas tendrían que ser capaces de copiar un determinado material genético si tropezaban con él. Echen una mirada a esa conducción que hay detrás de ustedes.

Singh se volvió y vio una conducción casi tan gruesa como su brazo. Era flexible, y en ella había una especie de hinchazón que pulsaba constantemente, expandiéndose y contrayéndose..

-Abran esa protuberancia y se sentirán asombrados por su semejanza a un corazón humano. De modo que ahí tenemos otro hecho significativo; este lugar empezó a desarrollarse con los tiovivos, pero más tarde se modificó por sí mismo y empezó a usar el sistema de bombeo del corazón humano, extrayéndolo de la información genética tomada de los cuerpos de los hombres y mujeres que nosotros enterramos.

Hizo una pausa para dejar que digirieran aquello, luego prosiguió con una sonrisa ligeramente soñadora:

-Lo mismo podemos decir respecto a la comida y la bebida. Ese licor que están bebiendo, por ejemplo. Es medianamente alcohólico, y sin duda eso es lo que habría sido si no hubieran existido los cadáveres. Pero el resto de él es muy parecido a la hemoglobina. En cierto modo, es una especie de sangre fermentada. Sangre humana.

Singh se alegró de haber rechazado el cuarto vaso. Uno de los miembros de su tripulación depositó discretamente su vaso a un lado.

-Nunca he comido carne humana -prosiguió Lang-, pero creo que sé cuál debe de ser su sabor. Esas lianas a su derecha, arrancamos la corteza y comemos la pulpa de su interior. Tiene buen sabor. Desearía poder cocerla, pero no tenemos nada con que hacer fuego, y no podemos correr el riesgo con la alta proporción de oxígeno existente, de todos modos.

Singh y todos los demás permanecieron en silencio durante un rato. El capitán se dio cuenta de que estaba empezando a creer realmente en los marcianos. La teoría parecía cubrir un montón de hechos que de otro modo resultaban inexplicables.

Mary Lang suspiró, se dio una palmada en los muslos, y se puso en pie. Como todos los demás, estaba desnuda, y parecía absolutamente cómoda de esa forma. Ninguno de ellos se había enfundado nada excepto un traje de presión marciano desde hacía ocho años. Pasó la mano amorosamente por la tela de araña de la pared, la pared que les proporcionaba a ella, a sus compañeros colonos y a sus hijos protección contra el frío y el tenue aire desde hacía tanto tiempo. Singh se sintió impresionado por su natural familiaridad con lo que para él era un entorno sobrenatural. Parecía hallarse en su casa. No pudo imaginarla en ningún otro lugar.

Miró a los niños. Una niña de ocho años con unos ojos enormes estaba arrodillada a sus pies. Cuando sus ojos se posaron en ella, la niña le sonrió tentativamente Y cogió su manos.

-¿Has traído chicle? -preguntó.

Él le dirigió una sonrisa.

-No, cariño, pero puede que haya un poco en la nave.

Ella pareció satisfecha. Esperaría a experimentar las maravillas de la ciencia terrestre.

-Nuestras necesidades quedaron aseguradas -dijo Mary Lang suavemente-. Supimos que estaban acudiendo cuando alteraron sus planes para encajarnos a nosotros en ellos. -Miró a Singh-. Hubiera ocurrido incluso sin el reventón y sin los enterramientos. También empezó a ocurrir lo mismo en tomo al Podkayne, desencadenado por nuestros desechos: orina, heces y todo lo demás. No sé si desde el punto de vista alimentario hubiera sabido tan bien, pero nos hubiera permitido igualmente subsistir.

Singh se puso en pie. Estaba emocionado, pero no se creía capaz de expresarlo adecuadamente. Por eso sonó casi brusco, muy poco educado.

-Supongo que se sentirán ansiosos de subir a la nave --dijo-. Van a sernos de una ayuda inapreciable. ¡Sabem tanto de lo que hemos venido a descubrir! Y serán famosísimos cuando regresen a la Tierra. Sus sueldos atrasados deben de suponer ya una suma realmente fabulosa.

Hubo un silencio, que fue roto por la estentórea risa de Lang. Los demás se le unieron casi de inmediato, y los niños también, aunque no sabían de qué se estaban riendo, pero comprendían instintivamente y se alegraban de aquello que rompía la tensión.

-Lo siento, capitán. Eso no ha sido educado. Pero no pensamos volver.

Singh miró uno por uno a los adultos y no vio ningún rastro de duda. Y se sintió ligeramente sorprendido al descubrir que aquella afirmación no le extrañaba en absoluto.

-No voy a tomar eso como una decisión definitiva --dijo-. Como saben muy bien, estaremos aquí durante seis meses. Si al final de ese período desean ustedes irse, recuerden que siguen siendo todavía ciudadanos del planeta Tierra.

-¿De veras? Tendrá que resumimos usted un poco la situación política que hay allí actualmente. Eramos ciudadanos de los Estados Unidos cuando partímos. Pero eso no importa. Ustedes no han venido aquí como conquistadores, aunque apreciamos el hecho de que hayan venido. Es bueno saber que no hemos sido olvidados.

Lo dijo con una seguridad absoluta, y los demás asintieron ante sus palabras. Singh se dio cuenta con cierta incomodidad de que la idea de una misión de rescate

había muerto definitivamente apenas unos años después de la tragedia inicial. Él y su nave estaban allí únicamente para explorar.

Lang volvió a sentarse y palmeó el suelo en torno a ella, un suelo que estaba cubierto por una capa múltiple de aquella tela de araña estanca marciana, el tipo de tela de araña que solamente podía haber sido diseñada por seres de sangre caliente, que respiraban oxígeno y necesitaban agua para sobrevivir, seres que necesitaban protección para sus cuerpos hasta que surgiera el verano en todo su esplendor.

-Nos gusta estar aquí. Es un buen lugar para criar, educar y desarrollar una familia, no como la Tierra la última vez que estuve en ella. Y no puede ser mucho mejor ahora, inmediatamente después de otra guerra. Además, tampoco podemos irnos, ni siquiera aunque lo deseáramos.

Dirigió a Singh una resplandeciente sonrisa, y palmeó de nuevo el suelo.

-Los marcianos aparecerán de un momento a otro. Y deseamos darles las gracias por todo esto.

## EL FANTASMA DE KANSAS

Mi banco es el Archimedes Trust Association. Su seguridad es de primera clase, su servicio es cortés, y tienen sus propios servicios médicos, que no hacen otra cosa que tomar registros para sus cámaras acorazadas.

Y hace dos semanas fueron robados.

Fue un tremendo golpe para mí. Se acercaba la fecha de mi registro periódico, y yo temblaba ante el mordisco que eso iba a representar para mis ahorros. Entonces esos ladrones irrumpieron en mi banco, robaron una enorme cantidad de documentos negociables, y en un exceso de entusiasmo destruyeron todos los cubos de los registros. Hasta el último de ellos, todos reducidos a minúsculos y aplastados fragmentos de plástico. Por supuesto, el banco iba a tener que reemplazarlos todos, y muy rápidamente además. No eran estúpidos; no era la primera vez que alguien había utilizado un robo bancario como aquél para facilitar un asesinato. De modo que el banco tendría que registrar de nuevo a todo el mundo que tenía cuenta allí, y hacerlo en muy pocos días. Aquello iba a costarles más que el propio robo.

Incidentalmente, así es como funciona ese tipo de operación. Al ladrón lo que menos le importa es el dinero robado. Sea como fuere, es muy arriesgado pasar un tal botín. Los programas alimentados a las computadoras financieras de nuestros días son suficientes como para frustrar a cualquiera excepto a un ladrón realmente excepcional. Uno tiene que dejar de lado este tipo de dinero durante más de un siglo para tener alguna esperanza de extraerle finalmente algún beneficio. No es imposible, por supuesto, pero los tipos de la policía han llegado a la conclusión de que existen muy pocos criminales temperamentamente capaces de aguardar tanto tiempo. El auténtico motivo de un robo como éste, en los casos en que los cubos memoria han resultado destruidos, no es el robo, sino el asesinato.

Ocurre a menudo que alguien cometa algún crimen pasional. Hay muy pocos crímenes que paguen, y el asesinato es el que paga menos de todos. Ningún tipo se siente satisfecho matando a alguien para verlo de nuevo caminando a su alrededor unos seis meses más tarde. Y cuando la víctima entabla demanda contra el asesino por alienación de personalidad —y obtiene más del noventa y nueve por ciento de los bienes del asesino como indemnización—, es como si uno se volviera el cuchillo contra sí mismo. De modo que si uno odia realmente a alguien, si la tentación de matarlo *realmente*, para siempre jamás, como en los viejos días, es tan grande, la única solución es destruir primero su cubo de memoria, y luego matar el cuerpo.

Eso es lo que temía el ATA, de modo que yo obtuve un guardaespaldas particular durante la semana pasada, de acuerdo con una de las cláusulas de mi contrato. Era como una especie de símbolo de status para exhibir ante los amigos, pero no me sentí muy impresionada por ello hasta que me di cuenta de que el ATA iba a tener que pagar de su bolsillo mi próximo registro, como parte de su programa de restauración de la cobertura de todas sus pólizas. Habían formado contrato conmigo para mantenerme eternamente con vida, de modo que aunque estaba previsto que se iba a efectuar una regrabación mía dentro de tres semanas, ésta iban a tener que pagarla ellos. Los tribunales habían dictaminado que un cubo perdido o dañado debía ser reemplazado a toda la velocidad posible.

De modo que tendría que haberme sentido muy feliz. No me sentía, pero intenté ser valiente.

Fui citada a la sala de registros sin la menor dilación, y me pidieron que me desnudara y me tendiera sobre la mesa. El médico, un hombre que se parecía a alguien al que podía haber conocido hacía varias décadas, se afanó con su equipo mientras yo intentaba controlar mi respiración. Me sentí agradecida cuando me hundió la extensión del ordenador en mi alvéolo occipital y desconectó mi control

motor. Ahora ya no tenía que preocuparme acerca de si iba a preguntarme si lo conocía o no. A medida que me iba haciendo vieja, descubría que eso constituía cada vez más un problema. A estas alturas debo de haber conocido a una veintena de miles de personas, y hablado con ellas lo suficiente como para crear una impresión en mi mente. La cosa se vuelve cada vez más confusa.

Quitó mi caja craneana y se preparó para tomar una imagen multiholo de mí, un análogo químico de todo lo que jamás hubiera pensado y recordado o sólo soñado vagamente. Fue un bendito alivio cuando me deslicé a la inconsciencia.

La frialdad y el brillo del acero inoxidable bajo las yemas de mis dedos. Hay un olor de alcohol isopropil, y un asomo de acetona.

*La consulta del médico.* Recuerdos de la infancia saltan sobre mí, desencadenados por los olores. Excitación, cambio, mi madre de pie a mi lado mientras el médico extirpa mi dedo roto para reemplazarlo por otro, nuevo y rosado. Permanezco tendida en la oscuridad y recuerdo.

Hay una luz, una luz dolorosa que surge de ninguna parte, y noto mi pupila contraerse, como único movimiento de todo mi cuerpo.

—Está dentro —oigo.

Pero no lo estoy, no realmente. Tan sólo estoy tendida allí, en la bendita oscuridad, incapaz de moverme.

Regresa en una oleada, la recuperación de mi cuerpo. Viajo de regreso por los interminables nervios para golpear duramente contra la parte interior de mis manos y pies, para girar en los abismos de mis pezones y picotear en mis labios y nariz. *Ahora* estoy dentro.

Me senté rápidamente, sostenida por los brazos del médico. Me debatí durante unos segundos antes de sentirme capaz de relajarme. Los dedos me hormigueaban y sufrían calambres con la pegajosidad de la hiperventilación.

—Guau —dije, sujetándome la cabeza con las manos—. Ha sido una pesadilla. Pensé...

Miré a mi alrededor y vi que estaba desnuda sobre la mesa con cubierta de acero, con varios rostros preocupados mirándome desde todos lados. Sentí deseos de retirarme de nuevo a la oscuridad y dejar que mi interior se asentara. Vi el rostro de mi madre, y no conseguí hacerlo desaparecer.

—¿Carnaval? —pregunté a su fantasma.

—Estoy aquí, Ardilla —dijo ella, y me tomó en sus brazos.

Era extraño y desagradable, con ella de pie en el suelo y yo sobre la mesa. Había cables arrastrándose desde mi cuerpo. Pero necesitaba que alguien me reconfortara. No sabía dónde estaba. La gente se solidificaba a mi alrededor con la rapidez química de una precipitación producida inmediatamente antes de mi despertar. —Ahora ya está bien —dijo el médico, volviéndose desde sus instrumentos.

Me sonrió impersonalmente mientras empezaba a retirar los cables de mi cabeza. No le devolví la sonrisa. Ahora sabía dónde estaba, con tanta seguridad como si nunca hubiera conocido otra cosa. Recordé haber entrado allí hacía tan sólo unas horas.

Pero sabía que había sido más que unas horas. Había leído sobre la desorientación cuando un nuevo cuerpo es despertado con recuerdos trasplantados. Y mi madre no estaría allí a menos que algo hubiera ido muy mal.

Había muerto.

Me administraron un sedante suave, me ayudaron a vestirme, y el brazo de mi madre me condujo por los blandos pasillos enmoquetados hasta la oficina del presidente del banco. Todavía no estaba completamente despierta. Los pasillos estaban dolorosamente silenciosos, salvo por el ruido de nuestros pies sobre la moqueta color vino. Sentía como si la presión fluctuara locamente, haciendo que mis

oídos chasquearan y silbaran. No podía ver hasta demasiado lejos. Me sentí agradecida de abandonar los evanescentes puntos de dispersión del corredor por los panelados marrones de laminado de madera y la frialdad y los ecos de un suelo de mármol blanco.

El presidente del banco, el señor Leander, nos indicó nuestros asientos. Me sumergí en el terciopelo púrpura y dejé que me envolviera. Leander se sentó frente a nosotras y nos ofreció bebidas. Las rechacé. La cabeza ya me daba vueltas, y sabía que tenía que prestar atención a lo que decía.

Leander tomó un expediente que tenía sobre su escritorio. El mío, imaginé. Había sido acabado de imprimir recientemente por la terminal situada a su derecha. Lo había conocido brevemente antes; era una persona agradable, elegida para su trabajo de relaciones públicas a causa de la buena voluntad con que llevaba aquel cuerpo de hombre maduro que inspiraba confianza. Aparentaba unos sesenta y cinco años. Probablemente tenía más de veinte por encima de ellos.

Me hizo el efecto de que no se decidía a enfocar el asunto, así que hice una pregunta. Una que era muy importante para mí en aquel momento.

—¿En qué fecha estamos?

—Estamos en el mes de noviembre —dijo pesadamente—. Y el año es el trescientos cuarenta y dos.

Había estado muerta durante dos años y medio.

—Escuche —dije—, no deseo seguir haciéndole perder su tiempo. Debe de tener usted algún folleto que pueda darme y que me ponga al corriente de todo. Si me lo entrega, me iré. Ah, y gracias por todas las molestias.

Agitó la mano hacia mí cuando hice ademán de levantarme.

—Le agradecería que se quedara un poco más. El suyo es un caso poco habitual, señorita Ardilla. Yo..., bueno, se trata de algo que nunca había ocurrido antes, en la historia del Archimedes Trust Association.

—¿Sí?

—Entienda, ha estado usted muerta, tal como habrá imaginado inmediatamente después de que la despertáramos. Lo que probablemente ignora usted es que ha muerto más de una vez desde su último registro.

—¿Más de una vez?

Reconozco que no era una pregunta demasiado inteligente, pero ¿qué se suponía que debía preguntar?

—Tres veces.

—¿Tres?

—Sí, tres veces consecutivas. Sospechamos asesinato.

La habitación permaneció en absoluto silencio durante un rato. Finalmente, decidí que necesitaba aquella copa. Me la sirvió, y la bebí de un trago.

—Quizá su madre pueda decirle algo más al respecto —sugirió Leander—. Ha seguido muy de cerca todos los acontecimientos. Yo me he enterado de ello muy recientemente. ¿Carnaval?

Volví a mi apartamento en un estado de aturdimiento total. Cuando me hube instalado en él, los efectos del calmante habían empezado a desaparecer, y pude enfrentarme a mi situación con la mente clara. Pero tenía la piel de gallina.

Escuchar en tercera persona las cosas que tú has hecho no es una experiencia de las más agradables. Decidí que ya era tiempo de que todos nosotros, incluso yo, hiciéramos frente a algunos hechos sobre los que generalmente no nos gusta pensar. El primer punto en el orden del día era reconocer que las cosas que habían hecho aquellas tres anteriores personas no habían sido hechas por mí. Yo era una nueva persona, la cuarta en la línea de sucesión. Tenía muchas cosas en común con las anteriores encarnaciones, incluidos todos mis recuerdos hasta aquel día en que

me entregué a la máquina grabadora de recuerdos. Pero el yo de aquel momento y lugar había sido asesinado.

Había durado más que los otros. Casi un año, había dicho Carnaval. Luego su cuerpo había sido hallado en el fondo de la Fisura Hadley. Era un lugar apropiado para morir; tanto a ella como a mí nos gustaba pasear a pie por la superficie en busca de inspiración.

En aquella ocasión no hubo sospecha de asesinato. Cuando el banco tuvo noticia de mi —no, de *su*— muerte, preparó un clon de la muestra de tejido que yo había dejado junto con mi registro. Seis lunaciones más tarde, una copia mía fue imbuida con mis recuerdos y se le dijo que acababa de morir. Se sintió impresionada, pero parecía estar adaptándose bien en el momento en que ella, también, resultó muerta.

Esta vez hubo más sospechas. No sólo había sobrevivido menos de una lunación después de su reencarnación, sino que las circunstancias fueron poco habituales. Había sido hecha pedazos en una explosión en el tubotren. Era la única pasajera en una cápsula de dos asientos. La explosión había sido causada por una bomba de fabricación casera.

Cabía todavía la posibilidad de que se tratara de una acción al azar, posiblemente obra de terroristas políticos. Mi tercera copia no pensaba así, no sé por qué. Eso es lo más enloquecedor con la grabación de los recuerdos: ser incapaz de sacar provecho de las experiencias de tus anteriores yoes. Cada vez que resultaba muerta, retrocedía hasta la casilla anterior, al día en que había sido registrada.

Pero Ardilla 3 tenía razones para mostrarse paranoide. Tomó precauciones extraordinarias para permanecer con vida. Más específicamente, inventó prevenir las circunstancias que pudieran conducir a su asesinato. La cosa funcionó durante cinco lunaciones. Murió como resultado de una lucha, eso es seguro. Fue una lucha tremendamente violenta, con sangre por todo el apartamento. Al principio la policía pensó que debía de haber herido de muerte a su atacante, pero los análisis demostraron que toda la sangre había salido de su cuerpo.

Así que, ¿dónde me conducía todo esto a mí, Ardilla 4? Una hora de cuidadosa atención me dejó un cuadro más bien sombrío. Consideremos la situación: en cada ocasión, mi asesino había tenido éxito al matarme; por tanto, había aprendido cada vez más cosas acerca de mí. A esas alturas, mi asesino debía de ser un experto en Ardilla, conocedor de cosas acerca de mí que ni yo misma sabía. Como por ejemplo desenvolverme en una lucha. Rechiné los dientes cuando pensé en eso. Carnaval me dijo que esa Ardilla 3, la más prudente del lote, había tomado lecciones de defensa personal. Karate, creo que dijo. ¿Había sacado yo algún beneficio de ello? Por supuesto que no. Si deseaba defenderme, tendría que empezarlo todo de nuevo, porque todas esas habilidades habían muerto con Ardilla 3.

No, todas las ventajas estaban del lado de mi asesino. El asesino empezaba con la ventaja de la sorpresa —puesto que yo no tenía la menor idea de quién era—, y aprendía más de mí a cada ocasión en que de nuevo conseguía matarme.

¿Qué hacer? Ni siquiera sabía por dónde empezar. Revisé a todo el mundo a quien conocía, buscando un enemigo, alguien que me odiara lo suficiente como para matarme una y otra vez. No pude descubrir a nadie. Lo más probable era que se tratara de alguien a quien había conocido Ardilla 1 durante el año que vivió después del registro.

La única respuesta que podía dar era la emigración. Abandonarlo todo e irme a Mercurio, o a Marte, o incluso a Plutón. Pero ¿garantizaría eso mi seguridad? Mi asesino parecía ser una persona desusadamente persistente. No, tenía que enfrentarme a aquello allí, donde al menos conocía el terreno.

No fue hasta el día siguiente cuando me di cuenta de la magnitud de mi pérdida. Me había sido robada toda una sinfonía.

Durante los últimos treinta años yo había sido una ambientalista. Había derivado hacia el ambientalismo cuando todavía era una forma de arte precoz. Había sido encargada de las máquinas de clima del disneylandia de Transvaal, que por aquel entonces era una novedad y el mayor y más poderoso de todos los parques ambientalistas en la Luna. Unos cuantos de nosotros habíamos empezado a trastear con los programas de clima, al principio para nuestra propia diversión. Más tarde invitamos a amigos a contemplar las tormentas y puestas de sol que confeccionábamos. Antes de que nos diéramos cuenta de ello, los amigos estaban invitando a sus amigos, y la gente de Transvaal empezó a vender entradas.

Gradualmente fui haciéndome un nombre, y descubrí que podía ganar más dinero siendo artista que siendo ingeniera. En la época de mi último registro era uno de los tres principales ambientalistas de la Luna.

Luego Ardilla 1 compuso *Hielo líquido*. Por lo que leí en las revistas, dos años después del acontecimiento, fue considerada como el punto culminante de ese arte hasta la fecha. Fue representada en el disneylandia de Pennsylvania, ante una multitud de trescientas mil personas. Me hizo rica.

El dinero estaba todavía en mi cuenta bancaria, pero el recuerdo de haber creado la sinfonía estaba perdido para siempre. Y eso era lo que importaba.

Ardilla 1 la había escrito, desde el principio hasta el fin. Oh, recordaba haber tenido algunas vagas ideas acerca de una composición invernal, cosas acerca de las cuales pensaría más tarde y que integraría en un todo. Pero el proceso creativo había desaparecido en la cabeza de esa otra persona que había sido asesinada.

¿Cómo se supone que debe reaccionar una persona ante algo así? Durante un amargo momento estudié la posibilidad de llamar al banco y hacer que destruyeran mi cubo memoria. Si moría esta vez, moriría por completo. El pensamiento de una Ardilla 5 alzándose de aquella mesa... era casi insoportable. Echaría de menos todo aquello que Ardilla 1, 2, 3 y yo, Ardilla 4, habíamos experimentado. Por el momento yo aún tenía muy poca cosa que añadir a la personalidad que todas compartíamos, pero incluso los malos momentos eran algo que valía la pena conservar.

O eso, o efectuar un nuevo registro cada día. Llamé al banco, hice algunos números, y descubrí que no era lo suficientemente rica como para permitírmelo. Pero valía la pena estudiar la posibilidad. Si efectuaba una nueva grabación cada semana, disponía de todo un año antes de arruinarme por completo.

Decidí hacer eso, durante tanto tiempo como pudiera. Y para asegurarme de que ninguna futura Ardilla iba a tener que pasar por ello de nuevo, efectuaría un nuevo registro hoy mismo. Ardilla 5, si alguna vez llegaba a nacer, lo haría sabiendo al menos tanto como sabía yo en aquel momento.

Me sentí mejor una vez efectuado el nuevo registro. Descubrí que ya no le tenía miedo a la consulta del médico. Ese miedo procede de la aversión habitual que siente uno ante la idea de despertar de la grabación para descubrir que ha muerto. Es un idea estúpida, pero procede de la repugnancia que sentimos todos a enfrentarnos realmente a los hechos.

Si uno tiene en cuenta la conciencia humana, se dará cuenta de que el corte transversal tridimensional de un ser humano que es uno mismo nace al levantarse de esa mesa, y empieza a partir de ahí. No puede ocurrir de otra manera. La conciencia humana es lineal, avanza a lo largo de una línea temporal que tiene un principio y un fin. Si mueres después de un registro, mueres, para siempre y sin posibilidad de indulto. No importa que exista un registro de ti y que una nueva persona con tus recuerdos hasta un determinado momento pueda ser creada; tú estás muerto. Mirándolo desde un punto de vista tetradimensional, ese registro memorístico lo único que hace es injertarse a una nueva persona hasta un momento determinado en el pasado de la línea de tu vida. Tú no desandas esa línea de la vida y te conviertes mágicamente en esa nueva persona. Yo, Ardilla 4, era solamente un pariente de esa

persona que en un momento determinado había hecho grabar sus recuerdos. Y si yo moría, sería para siempre. Ardilla 5 despertaría con mis recuerdos hasta este día, pero yo no sería parte de ella. Ella sería una persona independiente.

¿Por qué hacemos esto? Sinceramente, no lo sé. Supongo que el ansia humana de vivir eternamente es tan fuerte que nos aferramos incluso al más decepcionante sucedáneo. Hubo un tiempo en que la gente se hacía crionizar cuando moría, con la esperanza de ser descongelada en un futuro, cuando los seres humanos supieran cómo invertir el proceso de la muerte. Contemplan la Gran Pirámide en el disneylandia de Egipto si desean comprobar el auténtico *tamaño* de esta ansia.

De modo que vivimos nuestras vidas a retazos. Yo podía saber, y por supuesto este conocimiento me hacía algún bien, que a miles de años en el futuro existiría alguien que sería al menos parcialmente yo misma. Que recordaría exactamente las mismas cosas que yo recordaba acerca de su infancia; el viaje a Arquímedes, su primer cambio de sexo, sus amantes, sus dolores y sus alegrías. Si efectuaba un nuevo registro, recordaría estar pensando lo que yo estaba pensando en esos momentos. Y probablemente seguiría hilvanando retazos de experiencia que enriquecerían su vida, año tras año. Cada vez que efectuara un nuevo registro, una nueva parte de su vida quedaría asegurada para siempre. Había un cierto consuelo en saber que mi vida estaba a salvo hasta hacía unas pocas horas, cuando se efectuó la grabación.

Tras pensar en todo esto, me sentí ardientemente decidida a no dejar que aquello volviera a ocurrir. Empecé a odiar a mi asesino con una intensidad como nunca había experimentado. Deseaba salir en tromba del apartamento y golpearle hasta matarlo con un instrumento contundente.

Me resistí difícilmente a esa emoción. Eso era exactamente lo que debía de estar pretendiendo el asesino. Tenía que recordar que éste sabía cuál iba a ser mi primera reacción. Tenía que actuar de una forma que él no pudiera prever.

Pero ¿cuál era esa forma?

Llamé al departamento de policía y me puso en contacto con la detective que llevaba mi caso. Su nombre era Isadora, y tenía algunos buenos consejos que darme. —Sé que no van a gustarle, si puedo juzgar por las experiencias anteriores — me dijo—. La última vez que se lo propuse, usted lo rechazó categóricamente.

Sabía que iba a tener que acostumbrarme a aquello. La gente no dejaría de decirme lo que había hecho, lo que les había dicho. Controlé mi irritación y le pedí que siguiera adelante.

—Se trata simplemente de quedarse tranquila. Ya sé que usted piensa que es una buena detective, pero su predecesora probó de forma definitiva que no lo es. Si sale usted por esa puerta, estará atrapada. Ese tipo la conoce por dentro y por fuera, y usted no tendrá nada que hacer. Puede estar segura de ello.

—¿Eh? ¿Acaso sabe algo al respecto?

—Lo siento, pero tendrá que ser indulgente conmigo. Ya le he contado detalles de este caso dos veces antes de ahora, así que es difícil recordar qué es lo que usted no sabe. Sí, sabemos que se trata de un hombre. O lo era, hace seis meses, cuando sostuvo usted aquella tremenda pelea con él. Varios testigos informaron haber visto a un hombre con las ropas manchadas de sangre; sólo podía tratarse de su asesino.

—Entonces, ¿están tras su pista?

Suspiró, y supe que de nuevo volvíamos a pisar terreno trillado.

—No, y otra vez acaba de probar usted que no es una buena detective. La idea que tiene de los detectives proviene de haber leído viejas novelas. Hoy en día no es un trabajo tan sugestivo como para equipararse al de los viejos héroes de ficción; la mayor parte de la gente ignora la forma en que trabajamos. Saber que el asesino fue

un hombre cuando la mató por última vez no significa nada para nosotros. Pudo haber efectuado un Cambio al día siguiente mismo. Seguramente se estará preguntando usted si tenemos huellas dactilares suyas, ¿no?

Rechiné los dientes. Todo el mundo tenía ventaja sobre mí. Era obvio que había preguntado algo parecido a aquello la última vez que hablé con aquella mujer. Y de hecho había pensado en ello.

—No —dije—. Porque puede haberlas cambiado tan fácilmente como su sexo, ¿correcto?

—Correcto. Más fácilmente aún. El único medio positivo de identificación hoy en día es el genotipo, y él no fue lo bastante cooperativo como para dejar nada de eso tras él cuando la mató. Debió de ser un auténtico bruto, para ser capaz de causarle a usted tanto daño sin recibir él ni siquiera un corte. Porque usted estaba armada con un cuchillo. No se halló ni una gota de su sangre en la escena del crimen. — Entonces, ¿cómo piensan arreglárselas para descubrirlo?

—Ardilla, necesitaría usted pasar por varios cursos universitarios antes de que yo pudiera empezar a explicarle nuestros métodos. Y jamás voy a admitir siquiera que nuestros métodos sean buenos. El trabajo de la policía ha sido superado por la ciencia desde hace más de un siglo. El criminal moderno dispone de muchas cosas a su alcance que hacen nuestro trabajo más difícil de lo que usted pueda llegar a imaginar. Esperamos atraparle dentro de un plazo de cuatro lunaciones, sin embargo, si usted se queda tranquilamente en su casa y deja de intentar perseguirle.

—¿Por qué cuatro meses?

—Lo estamos rastreando por ordenador. Tenemos programas muy precisos que utilizamos cuando andamos tras un tipo como ése. Es una de nuestras armas más importantes. Con tiempo suficiente, somos capaces de atrapar aproximadamente a un sesenta por ciento de los criminales.

—¿Un sesenta por ciento? —*grazné*—. ¿Se supone que eso debe animarme? ¿Especialmente cuando están enfrentándose con un maestro como parece ser mi asesino?

Meneó la cabeza.

—No es un maestro. Únicamente es obcecado. Y eso va en contra suya, no en su favor. Cuanto más obcecadamente la persiga, más seguros estamos de atraparle cuando cometa un desliz. Ese sesenta por ciento se aplica a los delitos en general; en el asesinato, la proporción es de un noventa y ocho por ciento. Se trata de crímenes pasionales, cometidos habitualmente por aficionados. Los profesionales no entran en ello, y tienen sus razones. Las penalizaciones son tan severas que lo arruinan a uno, y la víctima está ya paseándose de nuevo por las calles cuando uno se halla todavía en juicio.

Pensé en aquello, y descubrí que hacía que me sintiera mejor. Mi asesino no era un criminal fuera de lo común. No era perseguida ni por Fu Manchu ni por el profesor Moriarty. Era simplemente una persona como yo misma, novata en estos asuntos. Alguien a quien Ardilla 1 le había hecho algo lo bastante irritante como para que se decidiera a correr el riesgo de arruinarse matándome. Lo rebajé a unas dimensiones estrictamente humanas.

—¿Así que está dispuesta a salir de nuevo y perseguirle? —se burló Isadora.

Creo que mis pensamientos estaban escritos en mi rostro. O tal vez estaba basándose en nuestras anteriores conversaciones.

—¿Por qué no? —pregunté. —Porque, como ya le he dicho, será él quien la alcanzará antes a usted. Puede que no sea un profesional, pero es un experto en usted. Siempre sabe cuál va a ser su siguiente paso. Una de las cosas que cree saber es que usted no va a hacer caso de mi consejo. Puede que en estos momentos esté esperando al otro lado de su puerta, listo para el momento en que

termine esta conversación conmigo, como hizo usted la última vez. La última vez, él no estaba ahí. Pero puede que esta vez sí esté.

Aquello me enfrió un tanto. Miré nerviosamente hacia mi puerta, que estaba protegida por ocho distintos sistemas de seguridad adquiridos por Ardilla 3.

—Quizá tenga razón. De modo que lo que usted quiere es que simplemente me quede aquí y espere. ¿Por cuánto tiempo?

—Todo el tiempo que sea necesario. Quizá un año. Esa cifra de cuatro lunaciones es el punto máximo de una curva de ordenador. Se reducirá a una seguridad virtual en poco más de un año, aproximadamente.

—¿Por qué no me quedé aquí la última vez?

—Una combinación de estúpido valor, odio, y miedo al aburrimiento—. Buscó mis ojos, intentando descubrir las palabras que me hicieran aceptar el consejo que Ardilla 3 había despreciado fatalmente—. Comprendo que es usted una artista —prosiguió—. ¿Por qué no puede simplemente... hacer lo que hacen los artistas cuando están elaborando una nueva composición? ¿No puede usted trabajar ahí en su apartamento?

¿Cómo podía decirle que la inspiración no es algo que uno pueda encargar a voluntad? La escultura meteorológica es una disciplina sutil. La visualización es difícil; uno no puede probar una nueva idea del mismo modo que lo haría para componer una canción, acudiendo simplemente a un piano o una guitarra. Claro que puedes acudir a una simulación por ordenador, pero jamás sabrás realmente lo que tienes entre manos hasta que las cintas sean introducidas en las máquinas y tú te quedes allí al aire libre y observes la tormenta que va tomando forma a tu alrededor. Y no puedes permitirte ninguna sesión de prácticas. Son demasiado caras.

Siempre he necesitado largos paseos por la superficie. Mis competidores no pueden comprender por qué. Se contentan con dar una vuelta por los distintos parques, normalmente aquellos mismos en los que su composición va a ser ejecutada. Yo también lo hago, de acuerdo. Tienes que hacerlo, para hacerte una idea de la configuración del terreno. Un ordenador puede decirte a qué se parece tu composición en términos de termoclinas, corrientes ascendentes y nichos ecológicos, pero tú tienes que ir realmente allí y sentir el terreno, captar el aire, oler los árboles, antes de poder componer una tormenta o incluso una lluvia de verano. Tiene que formar parte del paisaje.

Sin embargo, mi inspiración procede de la seca, fría y desprovista de aire superficie que a tan pocos lunarianos les gusta. No soy una subterránea; nunca me han gustado los corredores cerrados, como parecen gustarles a muchos de mis amigos. Creo que el negro cielo y el áspero terreno son para mí como una tela virgen, y ante ellos siento una sensación que nunca he sentido en los disneylandias, donde el paisaje es lujurioso y variado y siempre hay una meteorología en evolución, aunque sea sólo parcialmente nubosa y cálida.

¿Puedo componer sin esos largos y solitarios paseos?

Pensemos de nuevo en ello; ¿puedo permitirme no hacerlo?

—De acuerdo. Me quedaré en casa como una buena chica.

Tuve suerte. Lo que hubiera podido ser un purgatorio interminable se convirtió en un frenesí creativo como nunca había experimentado. La frustración de sentirme encerrada en mi apartamento se sublimó en grandes oleadas de tornados y masas de cúmulos. Empecé a escribir mi obra maestra. El título de trabajo era *Una conflagración de ciclones*. Así me sentía de furiosa. Más tarde mi agente me habló de reducirlo a un más elegante *Ciclón*, pero siempre fue una conflagración para mí.

Muy pronto había conseguido olvidar virtualmente a mi asesino. No obstante, nunca lo conseguí por completo; después de todo, necesitaba el pensamiento de él abalanzándose sobre mí para que me sirviera de tela sobre la cual pintar mi odio. Muy pronto tuve un horrible pensamiento, del que hice partícipe a Isadora.

—Se me ha ocurrido que lo que ha construido usted aquí es una magnífica ratonera, y yo soy el trozo de queso —le dije.

—Ha captado usted lo esencial del asunto —admitió.

—Acabo de descubrir que el papel de cebo no me gusta en absoluto.

—¿Por qué no? ¿Acaso tiene miedo?

Vacilé; pero ¿por qué demonios tenía que sentirme avergonzada de ello?

—Sí, supongo que tengo miedo. ¿Qué puede decirme que me haga quedarme aquí, cuando podría estar haciendo lo que mis instintos me dicen que debo hacer, que es correr como una condenada? —Esa es una buena pregunta. Mire, la suya es la situación ideal, al menos en lo que a la policía se refiere. Tenemos a la víctima en un lugar donde puede ser vigilada en condiciones de perfecta seguridad, y tenemos al asesino suelto. Además, se trata de un asesino obseso, que no podrá permanecer mucho tiempo alejado de usted. No tardará mucho en intentar su golpe, y entonces lo atraparemos en el momento en que busque la forma de alcanzarla.

—¿Hay posibilidades de que lo consiga?

—No. Un asesino no cualificado no. Cualquiera de esos artilugios que tiene usted en su puerta deben ser suficientes para mantenerlo fuera. Aparte eso, sus alimentos y su agua están siendo comprobados antes de que lleguen hasta usted. Esas son posibilidades muy remotas, desde luego, puesto que estamos convencidos de que lo que desea su asesino es disponer completamente de su cuerpo, matarla por completo. El envenenamiento no le sirve. Simplemente la resucitaríamos, y todo empezaría de nuevo. Pero si no podemos encontrar al menos un fragmento de su cuerpo, la ley nos impide revivirla.

—¿Qué hay acerca de bombas?

—El corredor de la parte de fuera de su apartamento está vigilado. Se necesitaría una bomba de mucha potencia para hacer volar su puerta, y no dispone de tiempo suficiente para colocar en su lugar una bomba de ese tamaño. Tranquilícese, Ardilla. Hemos pensado en todo. Está usted segura.

Colgó, y entonces llamé al Ordenador Central.

—OC —dije, para conseguir línea—, ¿puedes decirme qué haces para atrapar asesinos?

—¿Está hablando usted de asesinos en general, o del que le interesa en particular?

—¿Qué es lo que piensas tú al respecto? No creo completamente a esa detective. Lo que quiero saber de ti es lo que puedo hacer para ayudar.

—Es muy poco lo que puede hacer —dijo el OC—. Aunque, en mi calidad de Ordenador Central, o controlador lunar, no estoy al cargo de la detención de criminales, actúo en calidad de supervisor con respecto a varios ordenadores satélite. Utilizan una compleja teoría de números, correlacionada con los *inputs* diarios de todas mis terminales. El habitante medio de la Luna utiliza mis servicios unas veinte veces al día, y la mayoría de esas transacciones implican un muestreo epidérmico de rutina para genoanálisis positivo. Correlacionando esas transacciones con el momento y el lugar en que se producen, estoy capacitado para construir un modelo dinámico de lo que ha ocurrido, de lo que posiblemente pudo haber ocurrido, y de lo que no puede haber ocurrido. Con los adecuados programas periféricos, puedo pulir este modelo hasta un alto grado de precisión. Por ejemplo, en el momento de su asesinato fui capaz de asignar un índice de probabilidad de quién podía ser responsable sobre un noventa y nueve coma nueve tres por ciento de todos los seres humanos de la Luna. Eso me dejó con un total de doscientas diez mil personas que hubieran podido hacerlo. Trabajé a partir de los datos que situaban a cada persona en un lugar en particular en un momento en particular. Un posterior análisis de factores reales como un posible motivo redujo el número de esos primeros sospechosos. ¿Desea que prosiga?

—No, creo que he captado la idea general. Cada vez que he resultado asesinada tú has ido estrechando tu círculo. ¿Cuántos sospechosos quedan ahora?

—No ha enunciado usted correctamente la cuestión. Tal como dejaba entrever mi afirmación original, todos los residentes en la Luna siguen siendo sospechosos. Pero a cada uno de ellos le ha sido asignada una probabilidad, que va de un grupo muy amplio con una probabilidad de diez a la menos veintisiete potencia hasta veinte individuos cuyas probabilidades ascienden a un trece por ciento.

Cuanto más pensaba en aquello, menos me gustaba.

—Nada de eso suena como que exista alguien a quien puedas asignar el título de sospechoso número uno.

—Ciertamente no. Éste es un caso muy intrigante, debo reconocerlo.

—Me alegra que pienses así.

—Sí —dijo el ordenador, indiferente como siempre a todo sarcasmo—. Quizá tenga que hacer que me reescriban algunos de mis programas. Nunca hemos llegado tan lejos sin ser capaces de someter una evaluación de hasta un noventa y nueve por ciento al Banco de Datos del Gran Jurado.

—Entonces Isadora me está tomando el pelo, ¿no? No tiene ninguna base sobre la cual trabajar.

—Eso no es estrictamente cierto. Posee un análisis, una curva, que sitúa los porcentajes de captura en una posibilidad casi absoluta dentro del plazo de un año.

—Tú fuiste quien le proporcionó esa estimación, ¿no?

—Por supuesto.

—Entonces, ¿qué demonios hace ella? Escucha, te lo diré francamente, no me hace ninguna gracia depositar mi destino en sus manos. Tengo la impresión de que este trabajo de detective consiste únicamente en ir ganando tiempo. ¿No es así?

—Las leyes sobre la protección de la intimidad me impiden expresar mi opinión acerca de la valía, los logros o la inteligencia de un ciudadano humano. Pero puedo proponerle una comparación. ¿Confiaría usted la construcción de sus sinfonías a un único ordenador? ¿Pondría usted su nombre a un trabajo que hubiera sido generado únicamente por mí?

—Entiendo lo que quieres decir.

—Exactamente. Sin un ordenador usted nunca podrá calcular todos los factores que necesita para una sinfonía. Pero yo no escribo sinfonías. Es su destello creativo el que hace girar las ruedas. Incidentalmente, se lo dije a su antecesora, aunque por supuesto usted no lo recuerda. Me gustó tremendamente su *Hielo líquido*. Fue un auténtico placer trabajar con usted en esa obra.

—Gracias. Me gustaría poder decir lo mismo.

Corté la comunicación, sin sentirme mejor que cuando la inicié.

La mención de *Hielo líquido* me había hecho sentirme de nuevo agitada. ¡Robada! ¡Violada! Hubiera preferido haber sido violada en masa por una manada de chimpancés que haber sido privada de todos mis recuerdos. Había pasado los vídeos de *Hielo líquido*, y eran realmente maravillosos. Magníficos, y podía decirlo sin falso orgullo, porque yo no los había escrito.

Mi vida se hizo muy sencilla. Trabajé —a veces doce y catorce horas diarias—, comí, dormí, y trabajé más. Dos veces al día me pasaba una hora aprendiendo a luchar ante la holovisión. Todo aquello era altamente teórico, por supuesto, pero tenía su valor. Me mantenía en forma y me daba una sensación de confianza.

Por primera vez en mi vida obtuve una buena idea de lo que hubiera sido mi cuerpo si no lo hubiera manipulado. Había nacido mujer, pero Carnaval deseaba educarme como a un chico, de modo que me hizo Cambiar cuando tenía dos horas de edad. Ésa es otra de sus contradicciones que acostumbraba a enfurecerme pero que, a medida que iba haciéndome mayor, empecé a amar. Quiero decir, ¿por qué pasar todo ese dolor y todos los trastornos de concebir un niño, llevar la gestación

hasta el final y hacerlo nacer de forma natural, todo ello debido a un declarado desagrado a las manipulaciones..., y luego cambiar por completo y negarse a aceptar los resultados de la lotería de la naturaleza? He llegado a la conclusión de que se trata de una consecuencia de su edad. En la actualidad tenía casi doscientos años, lo cual sitúa su infancia muy atrás en los días anteriores al Cambio. En aquellos días — nunca he comprendido por qué—, había una predilección por los niños. Creo que nunca logró liberarse de esa predilección.

Sea como fuere, pasé mi infancia en masculino. Cuando conseguí mi primer Cambio, elegí yo misma mi diseño corporal. Ahora, en un cuerpo clónico de seis lunaciones de edad que reflejaba de forma natural mi actual estructura genética, me sentía complacida al comprobar que mi primer diseño corporal femenino no había estado muy alejado de la verdad.

Era bajita, con unos pechos pequeños y un cuerpo en absoluto llamativo. Pero mi rostro era hermoso. Atractivo, quiero decir. Me gustaba la nariz. La edad del cuerpo clónico acelerado era de unos diecisiete años; quizá la nariz perdiera su cualidad respingona en unos cuantos años más debido al crecimiento natural, pero esperaba que no. Si lo hacía, debería ponerle remedio.

Efectuaba un registro a la semana. Era la única ocasión en que veía a gente de carne y hueso. Carnaval, Leander, Isadora y un médico entraban en casa y permanecían allí durante un rato después de efectuado el registro. Necesitaban una hora en cada sentido para cruzar los dispositivos de seguridad. Admito que me hacía sentir un poco más segura el ver cuánto tiempo necesitaban incluso mis amigos para alcanzar mi apartamento. Era como si hubiera una fortaleza invisible al otro lado de mi puerta. ¡Atrévete a entrar si puedes en mi salón, asesino!

Trabajé con el OC como nunca lo había hecho antes. Escribimos nuevos programas que produjeron modelos tetradimensionales en mi visor distintos a cualquier otra cosa que hubiéramos hecho nunca. El OC conocía el escenario —que tenía que ser el disneylandia de Kansas—, y yo conocía las tormentas. Puesto que esta vez no podía trasladarme hasta el escenario antes del concierto, tuve que confiar en el OC para que lo reconstruyera para mí en el holotank.

Nada me hace sentir más como un dios. Incluso contemplándolo en el tanque de tres metros, tenía la sensación de que yo medía treinta, con relámpagos en mi pelo y una corona de resplandeciente escarcha. Caminé a través del otoño de Kansas, la dorada, ondulante e infinita pradera antes de que el hombre de piel roja o de piel blanca llegara. Era el aspecto actual de la auténtica Kansas bajo el reinado de los Invasores, que habían arrancado las alambradas espinosas, habían alisado los surcos, habían desmantelado las ciudades y los ferrocarriles, y habían dejado que el búfalo pastara nuevamente. Era un problema logístico al que nunca antes me había enfrentado. Pretendía utilizar al búfalo, en vez de mantenerlo a distancia. Necesitaba el resonar de los cascos de una estampida; era un elemento muy importante en la ambientación que estaba creando. ¿Cómo hacerlo sin matar animales?

La dirección del disneylandia no iba a permitir que ninguno de sus animales resultara dañado como parte de un espectáculo. Yo estaba completamente de acuerdo; de hecho, mi estómago se revolvía ante la mera idea de matar a alguno. El arte es una cosa, pero la vida otra, y yo jamás mataré a menos que sea para salvar mi propia vida. Sin embargo, el disneylandia de Kansas tenía dos millones de búfalos, y yo preveía veinticinco tornados a un mismo tiempo. ¿Cómo podía mantener separadas ambas cosas?

Sutilmente, lo encontré. El OC poseía unos esquemas de comportamiento de los búfalos que eran muy fiables. Ese maldito OC lo almacena todo; he tenido ocasión más de una vez de darle las gracias por ello. Podíamos situar las manadas en un lugar seleccionado y soltar los tornados sobre ellas. Los tornados nunca están totalmente bajo tu control —son caprichosos, aunque sean fabricados por nosotros—

, pero podemos confiar en dominarlos en una proporción de cerca del noventa por ciento. El perfil de la manada sobre la que estábamos trabajando era fiable hasta dos puntos decimales, y como seguridad adicional contra lo imprevisto instalamos varios grupos de bombas destellantes, para desviar a la manada si se encaminaba hacia el peligro.

Hay una interminable serie de detalles a tener en cuenta. ¿Dónde golpeará el rayo, por ejemplo? En una llanura plana apenas levemente ondulada, la acumulación natural de carga eléctrica puede situarse casi en cualquier lugar. Teníamos que asegurarnos de que podíamos configurarla en la forma en que deseábamos, enterrando quinientos acumuladores que pudieran desencadenar a una señal un relámpago aire-a-tierra. Y en el lugar adecuado. El aire-a-aire era más difícil. Y en cuanto al rayo en bola..., oh, hermano. Pero descubrimos que podíamos conducirlo bastante bien con un cableado subterráneo que llevara una corriente eléctrica. Se producirían algunos fuegos de pradera..., así que había que controlar los lugares adecuados para producir incendios controlados, y mantener a los búfalos lejos de aquellos lugares también; y asegurarnos de que el humo no se dirigiría hacia la audiencia y entorpecería la visión, ni hacia las manadas y las asustaría...

Pero iba a ser algo glorioso. Transcurrieron seis lunaciones. ¡Seis lunaciones! ¡Eso significaba 177,18353 días solares!

Descubrí esa cifra durante un largo período de meditación mientras revisaba todo tipo de datos relativos a la investigación. La cual, según Isadora, no podía ir mejor.

Mi opinión era otra muy distinta. El OC tendrá sus fallos, pero ocultar datos no es uno de ellos. Pídele cuáles son las cifras, y te las imprimirá en tricolor.

He aquí algunas: probabilidad de una captura según la curva original, 93%. Número total de sospechosos viables que aún quedaban: nueve. Mayor índice de posibilidad entre esos nueve posibles: 3,9%. Ésa era Carnaval. Los demás eran también amigos cercanos, y estaban allí simplemente porque habían tenido la oportunidad en cada uno de los tres asesinatos. Ni siquiera Isadora se atrevía a especular —al menos no en voz alta, ni a mí— acerca de si alguno de ellos tenía un motivo.

Discutí al respecto con el OC.

—Lo sé, Ardilla, lo sé —respondió, con lo más próximo a la desesperación mecánica que haya oído nunca.

—¿Es todo lo que puedes decir?

—No. En realidad, estoy examinando otra posibilidad: la de que el asesino sea un fantasma.

—¿Estás hablando en serio?

—Sí. El término «fantasma» cubre a todos los seres ilegales. Estimo que deben de existir del orden de doscientos de ellos viviendo fuera de la existencia legal en la Luna. Se trata de criminales ejecutados con su derecho a la vida revocado oficialmente, niños no autorizados jamás registrados, y algunos sospechosos de ser mutantes artificiales. Estos últimos son el resultado de experimentos prohibidos con ADN humano. Todas esas situaciones son difíciles de ocultar mucho tiempo, y descubro unos cuantos sujetos cada año.

—¿Qué es lo que haces con ellos?

—No tienen derecho a la vida. Debo ejecutarlos cuando los descubro.

—¿Lo haces realmente? ¿No se trata tan sólo de una forma de hablar?

—Lo hago realmente. Es un trabajo que los humanos consideran desagradable. Nunca he conseguido que nadie se haga cargo, así que he tenido que asumir yo mismo la tarea.

Aquello no iba conmigo. Siempre me he mostrado atávicamente opuesta a descargar el funcionamiento total de la sociedad sobre las máquinas. Eso procede de mi madre, que se pasa años enteros sin dignarse hablarle al OC.

—Así que crees que es alguien así el que puede estar tras de mí... ¿Porqué?

—Hay insuficiencia de datos para dar una respuesta significativa. «Por qué» siempre ha sido una cuestión difícil para mí. Sólo puedo operar con los parámetros con los que se me alimenta cuando estoy enfrentándome con motivaciones humanas, y sospecho que los parámetros no son completos. Me estoy sorprendiendo constantemente.

—Gracias a Dios por eso.

Pero esta vez, hubiera deseado que el OC supiera un poco más acerca del comportamiento humano.

Así que estaba siendo perseguida por un espectro... Aquello no me traía ninguna paz de espíritu. Intenté pensar en cómo una persona así podía existir en este mundo computarizado en que vivimos, donde todos y cada uno estamos registrados en fichas. Una rata tecnológica, más lista que los ordenadores, *capaz* de introducirse en las fisuras y los huecos de los circuitos integrados. ¿Dónde estaban esas fisuras? No podía encontrarlas. Cuando pensaba en los controles y los dispositivos de seguridad que nos rodean constantemente, en el genoanálisis a que nos sometemos de forma voluntaria cada vez que gastamos dinero, o tomamos el metro, o cerramos un trato, o nos comunicamos con el ordenador. .. Antes la gente acostumbraba a firmar varias veces al día con su nombre, o eso tengo entendido. Ahora, rascamos un poquito de la piel muerta de nuestras palmas cada vez. Es algo terriblemente difícil de falsificar.

Pero ¿cómo puede uno atrapar a un fantasma? Estaba enfrentándome a la vida como un anacoreta, si aquel asesino estaba realmente tan decidido a que yo muriera.

Esta conclusión me llegó en un mal momento. Había terminado *Ciclón*, y para relajarme había pedido los filmes de algunos de los espectáculos que se habían producido durante mi ausencia de la escena artística. No debí haberlo hecho.

La espectacularidad había desaparecido. Había sido sustituida por una discreta elegancia. Una de las críticas que leí era muy halagadora para con mi *Hielo líquido*. Cito: «En esta obra Ardilla ha dado carpetazo a la escuela de sangre y trueno del ambientalismo. Esta vigorosa afirmación resume todas las cosas que pueden conseguirse mediante una diáfana magnitud y un abrumador drama. Las futuras producciones deberán preocuparse por las suaves tonalidades del crepúsculo, la elusiva respiración de una brisa de verano. Ardilla es el Tchaikovski de los ambientalistas, el último gran romántico que pinta sus escenas sobre una enorme tela. El sí podrá ajustarse a los nuevos y más meditativos estilos que están evolucionando en las obras de Janus o Pym, o incluso en algunas de las ambiguas abstracciones que hemos visto de Tyleber, es algo que aún falta por ver. Nada podrá hacer palidecer la sublime gloria de *Hielo líquido*, por supuesto, pero los tiempos cambian...». Y así continuaba.

Por un horrible momento pensé que tenía un hermoso dinosaurio entre las manos. Puede ocurrir, y las posibilidades se ven incrementadas tras una reencarnación. Los avances de la tecnología, las costumbres, las fronteras, los gustos o la moralidad pueden hacer que lo mejor de nosotros quede anticuado de la noche a la mañana. ¿Estaba todo el mundo contemplando ahora suaves escenas primaverales, tras mi largo sueño? ¿Eran los fríos y suaves céfiros de una noche de verano lo único que tenía significado ahora?

Sin embargo, una llamada llena de pánico a mi agente despejó rápidamente aquel temor. Como siempre, las afirmaciones de los críticos iban por delante de los gustos del público. No estoy atacando a los críticos; ésa es su función, si les concedemos que tengan alguna: trazar el mapa de un territorio inexplorado y marcar

caminos en él. Deben permanecer a la cabeza de la evolución artística innovadora, deben ser capaces de ver lo que todo el mundo verá dentro de algunos años. Mientras tanto, el público seguía devorando aún el tipo de superespectáculo en el que yo me había especializado siempre. Corría el riesgo de ser etiquetada yo también como un dinosaurio, pero descubrí que la perspectiva no me preocupaba. Había llegado a ser una artista penetrando por la puerta trasera, exactamente igual que los chapuceros del Hollywood de principios del siglo XX. Antes de ser descubierta, no era sino una ingeniera ambientalista que pasaba por una buena época.

Eso no quiere decir que no me tome mi arte en serio. Sudo sobre él, invirtiendo inspiración y transpiración casi en las proporciones clásicas de Edison. Pero no me tomo a los críticos demasiado en serio, especialmente cuando no expresan los gustos del público. El hecho de que Beethoven no suene mucho en el arte popular de nuestros días no quiere decir que su música carezca de valor.

Me encontré pensando en los viejos tiempos antes de que el ambientalismo adquiriera un tal auge. Por aquel entonces éramos muy despreocupados. Celebrábamos largas discusiones sobre el tema, hablando de lo que haríamos si se nos proporcionara un ambiente lo bastante grande. Pasábamos meses enteros elaborando los programas de algo que se llamaría ¡*Tifón!* Era un huracán en una botella, y la botella debía tener quinientos kilómetros de ancho. Sigue sin existir una tal botella, pero cuando se construya siempre habrá algún loco que montará el espectáculo. Quizá yo. Los viejos buenos días nunca mueren, ya saben.

De modo que mi agente llegó a un acuerdo con el propietario del disneylandia de Kansas. El propietario había sabido que yo estaba trabajando en algo para su territorio, pero yo no le había hablado de nada al respecto. Las condiciones eran generosas. Mi agente le había puesto ante los ojos la relación de beneficios de *Hielo líquido*, que aún se seguía interpretando anualmente con llenos completos en Pennsylvania. Obtuve un cincuenta por ciento de la recaudación bruta de taquilla, con el coste de la instalación y del tiempo de ordenador repartidos entre yo y el disneylandia. Calculé que podía conseguir unos cinco millones de marcos lunares.

Y fui robada de nuevo. No asesinada esta vez, sino robada de mi posibilidad de ir hasta Kansas y supervisar la instalación del equipo. Tuve un fuerte altercado con Isadora, y me hubiera marchado violentamente de mi apartamento, armada sin otra cosa que una lima de uñas, de no haber sido por la visita que me hizo Carnaval para suplicarme que reconsiderara mi actitud. De modo que reconsideraré mi actitud y me quedé sentada en casa, yendo a Kansas únicamente por medio de las proyecciones holográficas. Me hundí en las más negras dudas. Después de todo, ni siquiera había sentido la hierba de Kansas bajo mis pies desnudos esta vez. No había estado allí en carne y huesos desde hacía más de tres años. Mi método habitual, antes incluso de concebir un proyecto, es pasar una o dos semanas errando desnuda por el parque, captándolo a través de mi piel y de mi olfato, y de todos esos sentidos que ni siquiera tienen nombre.

El OC necesitó tres horas de amable discusión para convencerme de nuevo de que los modelos que habíamos escrito eran ajustados hasta el séptimo decimal. Eran perfectos. Una acción representada en el modelo de ordenador era un análogo perfecto de la auténtica acción en Kansas. El OC dijo que podía incluso ganarme mi buen dinero simplemente alquilando aquel *software* a otros artistas.

El día del estreno de *Ciclón* me encontró todavía en mi apartamento. Pero me preparaba para salir de allí. Pequeña como soy, conseguí de alguna manera cruzar aquella puerta mientras Carnaval, Isadora, Leander y mi agente me tiraban de los codos.

No iba a asistir al estreno contemplándolo a través del tubo.

Llegué a primera hora, rodeada por mi cuerpo de guardia improvisado. El cielo concordaba con mi estado de ánimo; gris, nuboso, ligeramente impresionante. Pesaba sobre nosotros, y me sentí cada vez más como un cordero sacrificial subiendo a algún oscuro altar. Pero era un maravilloso escenario para morir.

El disneylandia de Kansas es uno de los más nuevos, y uno de los más grandes. Es un cilindro hueco excavado a veinte kilómetros por debajo de Clavius. Mide doscientos cincuenta kilómetros de diámetro y tiene cinco kilómetros de alto. Su borde está hábilmente disimulado a fin de que se funda con el azul del cielo. Cuando te hallas a medio kilómetro del borde, la ilusión desaparece; de otro modo, uno puede pensar que se halla directamente de vuelta a la Vieja Tierra. La curvatura del suelo se corresponde con la de la Vieja Tierra, de modo que el horizonte está terriblemente alejado. Sólo la gravedad es lunar.

Kansas fue construido después de que la mayor parte de las más espectaculares posibilidades hubieran quedado agotadas, tanto en la Luna como en cualquier otro planeta. Estaba Kenya, debajo del Mare Moscoviense; Himalaya, igualmente en la Cara Lejana; Amazonia, bajo el viejo Tycho; Pennsylvania, Sahara, Pacífico, Mekong, Transilvania. Había treinta disneylandias bajo los planetas y satélites habitados del sistema solar, la última vez que los conté.

Kansas es desde luego el menos interesante, topográficamente hablando. Es llano, casi monótono. Pero era perfecto para lo que yo deseaba hacer. ¿Qué artista elige realmente pintar sobre una tela que ya ha sido cubierta por otras pinturas? Bueno, yo lo había hecho una vez. Pero en el estado de espíritu en que me sentía cuando escribí *Ciclón* necesitaba la desolación del cielo abierto, y los marrones y amarillos de un ondulante terreno. Era el lugar de donde Dorothy partió hacia Oz. El hogar del tornado negro.

Fui calurosamente acogida por Janus y Pym, viejos amigos venidos a ver lo que el gran maestro iba a ofrecerles. O así lo imaginó mi vanidad. Muy probablemente estaban allí para ver a la vieja dama hacer la estúpida. Muy pocas otras personas eran capaces de conseguir acercarse tanto a mí. Mi escudo de anchos hombros era muy efectivo. No lo sería tanto cuando empezara el espectáculo, sin embargo. Deseé ser un poco más alta; luego me pregunté si aquello no haría de mí un blanco más fácil.

La zona destinada a los espectadores era un suave altiplano de aproximadamente un kilómetro de radio. Estaba escrito en el programa que el País de Oz se vería al abrigo de los más terribles fenómenos. Pero ser espectador de un espectáculo meteorológico tiene sus riesgos. La mayoría habían venido preparados con impermeables de plástico, trajes aislantes y botas. Había previsto hacer intervenir algunas masas de aire cálidas y otras frías para impedir que las cosas dejaran de funcionar, y algo de aquel movimiento iba a afectarnos inevitablemente. Había algunas almas valientes que llevaban las pinturas de guerra, plumas y mocasines de los aborígenes norteamericanos.

Un *happening* ambientalista no tiene obertura como una sinfonía musical. Se halla ya en funcionamiento cuando uno llega, y sigue adelante cuando uno se va. El clima en un disneylandia es un proceso continuo, y nosotros simplemente modelamos algunas de sus horas a voluntad. El observador no necesita contemplarlo en su totalidad.

Por otra parte, sería imposible hacerlo, ya que todo ocurre alrededor y encima de uno. No hay regla de silencio. La gente habla, va de un lado para otro, abre sus cestas de picnic como una antigua señal para que se inicie la lluvia, y generalmente se lo pasa bien. Uno saborea la sinfonía con los cinco sentidos, y con algunos más de los que ni siquiera se es consciente. La mayor parte de las personas no se dan cuenta del efecto de una gigantesca zona de bajas presiones barriando sobre ellos, pero la sienten de todos modos. La humedad altera el estado de ánimo, el

metabolismo y el nivel hormonal. Todas esas cosas son importantes para la totalidad de la experiencia, y yo no había olvidado ninguna de ellas.

Sin embargo, *Ciclón* tiene un inicio bien señalado. Al menos para el público. Empieza con la obertura de un relámpago. Trabajé en ello durante largo tiempo, y lo diseñé para sacudir los nervios. Una lenta acumulación de masas nubosas, la ominosa turbulencia, luego el erizarse de los pelos de tu cuerpo sin que seas consciente de ello. Y entonces, el golpe. El relámpago estalla en diecisiete puntos distintos en un anillo en torno a los espectadores, ninguno de ellos más lejos de medio kilómetro. Se le llama adecuadamente una cadena de relámpagos, ya que después de la descarga inicial sigue fulgurando durante siete segundos completos. Está diseñado para ponerle a uno los pelos de punta.

Obtuvo el efecto deseado. Nos encontramos rodeados por una corona de inquietas serpientes incandescentes, retorciéndose y danzando con un sonido directamente importado del Apocalipsis. Incluso yo me sentí impresionada, y eso que lo estaba esperando.

Pasaron unos momentos antes de que los espectadores pudieran contener sus «oh» y «ah». Durante varios segundos les había alcanzado con un eco y desnudo terror. Una emoción como ésta no es corriente entre los insensibles y aislados habitantes de los túneles. Los lunarianos tienen realmente poco de qué asustarse, pues crecen dentro de sus madrigueras y corredores, y viven sus vidas más o menos temerosos de la superficie. Por eso se diseñaron los disneylandias, porque la gente deseaba visiones ilimitadas que no se abrieran en el vacío.

El trueno nunca se detuvo realmente para mí. Se mezcló de modo imperceptible con los aplausos, que son infinitamente más valiosos que los millones que pueda llegar a conseguir por esa tormenta.

En cuanto al resto del espectáculo...

¿Qué puedo decir? Se dice que no hay nada más deprimente que la descripción del clima. Estoy convencida de ello; incluso del clima más espectacular. El clima es algo experimental; por eso se venden pocos ejemplares de los vídeos y filmes de mis obras. Tienes que estar allí y sentir el viento azotar realmente tu rostro, y el opresivo peso de un tornado cuando pasa por encima de tu cabeza como un vermiforme tren de mercancías. Podría describir interminablemente acerca de dónde se crean las nubes en forma de embudo y cuál es su proceso y su itinerario desde entonces, dónde caen el agua nieve y el *granizo*, por qué se producen las estampidas de los búfalos...; pero eso no serviría de nada. Si desean ustedes verlo, vayan a Kansas. Según mis últimas noticias, *Ciclón* aún se representa dos o tres veces al año.

Recuerdo haber permanecido de pie rodeada de un mar de gente. Allá a lo lejos, hacia el este, la tierra ardía. El humo negro ascendía de la cima de las colinas, y un tizne gris se alzaba por encima de los valles, donde las trombas de agua ahogaban los incendios. Al norte, un ciclón hercúleo vomitaba una cadena de rayos en bola como perlas y los tragaba hacia el centro de su vórtice. Por encima de mí, dos tornados se entremezclaban en una danza a muerte. Giraban el uno en torno al otro como ominosos predadores grises, midiéndose mutuamente. Fintaban, retrocedían, se deslizaban, se rozaban, como oleosos serpentines. Era algo hermoso y mortífero. Yo nunca había visto nada así antes. Alguien estaba manipulando mi programa. Cuando me di cuenta de ello permanecí clavada en el suelo al pensar en las posibles consecuencias desastrosas que podían producirse cuando las serpientes de viento se unieran en un abrazo final. Sus rotaciones inversas se anularon mutuamente, y desaparecieron. Ni el más leve suspiro de viento de aquella titánica lucha me alcanzó.

Corrí a través del viento de setenta kilómetros y de la azotante lluvia. Llevaba unos gruesos mocasines y una parka, y un cuchillo que había cogido de mi apartamento.

*¿Se trataba de un señuelo, montado por alguien que se había convertido en un especialista de las Ardilla? ¿Era yo un juguete en sus manos?*

No me importaba. Tenía que encontrarle, tenía que enfrentarme con él de una vez por todas.

No me había costado nada desembarazarme de mi «protección». Estaban tan fascinados por el espectáculo como el resto del público, y había sido simplemente cuestión de aguardar hasta que todos ellos miraron en la misma dirección y fundirme entre la multitud. Reparé en una mujer bajita vestida al estilo indio y le ofrecí un centenar de marcos por sus mocasines. Me reconoció —mi nuevo rostro estaba en los programas— y me los regaló. Luego me abrí camino hasta el borde de la multitud y me deslicé más allá de los guardias de seguridad. Éstos no se preocupaban demasiado de su vigilancia, puesto que la zona reservada a los espectadores estaba rodeada por un campo amortiguador. Cuando pasé a través de él quizá se sorprendieron, pero no volví la cabeza para comprobarlo. Era una de las únicas tres personas de Kansas que llevaban en su muñeca el dispositivo Llave Maestra, así que no tenía que preocuparme de que nadie me siguiera.

Hice todo aquello sin siquiera pensarlo. Alguna parte de mí debía de haber analizado todo aquello, debía de haberlo planeado, pero yo simplemente ejecuté el resultado. Sabía dónde tenía que haberse hallado él para generar aquel tornado que entró en combate con el mío. Ninguna otra persona en Kansas sabía dónde mirar. Me dirigí hacia un generador de viento en particular en la periferia este.

Avancé a través de un clima mucho más violento del que nunca debía de haber experimentado el auténtico Kansas. Era una violencia concentrada, más viento, lluvia y devastación de la que Kansas podía haber sufrido normalmente en todo un año. Y todo ello estaba ocurriendo a mi alrededor. Pero todo iba bien, a menos que él tuviera otros trucos en su manga. Yo sabía dónde iban a iniciarse los tornados y en qué momento. Los evité, aguardé que pasaran; conocía cada uno de sus giros y circunvoluciones a lo largo de su curso aparentemente al azar. Lejos a mi izquierda se arremolinaban las manadas de búfalos, descansando de la estampida que las había llevado más allá del público por primera vez. Dentro de una hora cargarían de nuevo, pero por ahora podía olvidarlas.

Un tornado se encaminó hacia mí, se alzó en el aire, y avanzó por entre emanaciones de hierbas arrancadas de raíz que flotaban en el aire. Lo calculé según el esquema que tenía en mi cabeza, y me arrojé al fondo de una barranca justo a tiempo. Pasó sobre mí y desapareció entre las nubes. Seguí corriendo.

Mi entrenamiento en el apartamento me estaba pagando sus dividendos. Mi cuerpo tenía tan sólo seis lunaciones de edad, y estaba más perfectamente sincronizado que nunca. Descansé frenando mi carrera a un ligero trote, para volver a echar a correr a los pocos minutos. Recorrí diez kilómetros antes de que la tormenta empezara a disminuir. A mi espalda, los espectadores debían de estar dispersándose. Los críticos debían de estar preparando sus frases aduladoras o vitriólicas; no veía que pudieran encontrar palabras intermedias para lo que habían visto. Kansas se había liberado de la presa de las máquinas que se habían vuelto locas. Delante de mí estaba mi asesino. Lo encontraría.

No estaba totalmente desprotegida. Isadora se había puesto de mi lado y me había autorizado a instalar una bomba computerizada en mi cuerpo. Mataría a mi asesino —y a mí— si él me saltaba encima. Era naturalmente el principio del equilibrio del terror, el tipo de artilugio que piensas que no vas a utilizar nunca porque aterroriza demasiado a tu enemigo como para que se atreva a correr el riesgo. Le informaría de su existencia si disponía del tiempo suficiente, con la esperanza de que no fuera lo bastante loco como para matarnos a los dos. Si lo hacía, lo habríamos atrapado, aunque eso representaría muy poco consuelo para mí. Pero al menos

Ardilla 5 sería la última de la serie. Con los restos de un cuerpo, Isadora garantizaba el entregar a un asesino a la justicia.

El sol apareció en el momento en que yo alcanzaba el último y retorcido barranco antes de la pared. Era retorcido porque aquél era uno de los lugares donde se suponía que a los turistas no les estaba permitido ir. Era como caminar por la parte de atrás de unos estudios de cine. Todo el paisaje estaba comprimido en una sola dimensión, y las colinas frente a mí estaban pintadas en bajorrelieve. Se suponía que todo aquello tenía que ser visto a distancia.

De pie frente al imponente mural había un hombre.

Estaba desnudo, y tizado de suciedad. Me observó mientras yo descendía la suave pendiente para detenerme y aguardarle. Me detuve a unos doscientos metros de él, extraje mi cuchillo y lo alcé en el aire. Aguardé.

Descendió la oculta escalera, lenta y dolorosamente. Cojeaba mucho de la pierna izquierda. Por lo que yo podía ver, estaba desarmado.

Cuanto más se acercaba, peor era su aspecto. Había entablado alguna lucha salvaje. Tenía largas y mal curadas cicatrices en la pierna izquierda, el pecho y el brazo derecho. Sólo tenía un ojo; el derecho era únicamente una órbita enrojecida. Había una cicatriz que avanzaba serpenteante desde su frente hasta su cuello. Era algo horrible. Pensé en la sospecha del OC de que mi asesino podía ser un fantasma, alguien que viviese en los rudos márgenes de nuestra civilización. Un hombre así no tendría acceso a ningún tratamiento médico aunque lo necesitara.

—Creo que debes saber que llevo una bomba en mi cuerpo —dije, con apenas un leve estremecimiento—. Es lo bastante potente como para hacernos pedazos a los dos. Está ajustada para detonar si yo resulto muerta. Así que no intentes nada raro.

—No lo haré —dijo él—. Pensé que esta vez te merecías un margen de seguridad, pero no importa. No voy a hacerte daño.

—¿Es eso lo que les dijiste a las otras? —me burlé, agazapándome un poco a medida que él se me acercaba.

Tenía la impresión de que la ventaja estaba a mi favor, pero puede que mis predecesoras hubieran sentido lo mismo.

—No, nunca dije eso. Pero no tienes por qué creerme.

Se detuvo a veinte metros de mí. Tenía las manos en los costados. Parecía bastante indefenso, pero era probable que tuviera algún arma escondida entre toda aquella suciedad. Era probable que tuviera cualquier cosa. Tuve que hacer un esfuerzo para mantener la sensación de que el control del asunto estaba en mis manos.

Entonces tuve que luchar con algo más. Aferré con más fuerza el cuchillo cuando una imagen se superimprimió lentamente sobre aquel asolado rostro. Era una imagen mental, el funcionamiento de mi «sexto sentido».

Nadie sabe si ese sentido existe realmente. Creo que sí, porque para mí funciona. Puedo expresarlo como la habilidad de ver a alguien que ha alterado radicalmente su cuerpo —sexo, peso, altura, color de la piel, todo alterado—, y sin embargo ser capaz de reconocerle. Algunos dicen que es un cambio evolutivo. No creo que la evolución funcione por esos caminos. Pero puedo hacerlo. Y sabía quién era aquel alto y brutal desconocido.

Era yo.

Me puse de nuevo tensamente en guardia, preguntándome si él habría utilizado el *shock* del reconocimiento para imponerse a mis anteriores encarnaciones. Aquello no iba a funcionar conmigo. Nada iba a funcionar. Iba a matarle, quienquiera que fuese.

—Me conoces —dijo.

No era una pregunta.

—Sí. Y me tuviste terriblemente asustada. Sabía que tú sabías mucho de mí, pero no llegué a darme cuenta de que conocieras tanto.

Se echó a reír, sin alegría.

—Sí. Te conozco desde dentro.

Se estableció un silencio entre nosotros. Luego él se echó a llorar. Me sentí sorprendida, pero no conmovida. Seguía siendo toda yo terminaciones nerviosas, y sospeché nueve mil tipos de sucios trucos. Dejémosle llorar.

Lentamente cayó de rodillas, sollozando con ese tipo de extenuada monotonía de la que siempre oyes hablar pero que nunca presencias. Apoyó las manos en el suelo y giró torpemente sobre sí mismo hasta que se situó de espaldas a mí. Permaneció allí agachado, la cabeza tocando el suelo, las manos abiertas a ambos lados del cuerpo, las piernas dobladas. Era la postura más abierta, más impotente imaginable, y supe que debía de existir alguna razón para ella. Pero no pude ver cuál podía ser.

—Pensé que había terminado con todo esto —dijo respirando pesadamente, y secándose la nariz con el dorso de una mano—. Lo siento, me hubiera gustado mantenerme de una forma más digna. Creo que no fui hecho con la materia sólida que pensaba. Creí que sería más fácil. —Permaneció en silencio unos instantes, luego tosió roncamente—. Adelante. Termina con todo esto.

—¿Eh?—dije, sinceramente desconcertada.

—Mátame. A eso has venido. Y para mí será un alivio.

Me tomé mi tiempo. Permanecí sin moverme durante un minuto, estudiando el increíble problema desde todos sus ángulos. ¿Qué clase de truco podía ser aquél? El hombre era listo, pero no era Dios. No podía hacer que el aire me golpeará, ocasionar que el suelo me tragara, desarmarme con su pie cojo, o hipnotizarme de modo que hundiera mi cuchillo en mis propias entrañas. Y aunque pudiera hacer algo de eso, él moriría también.

Avancé cautelosamente, atenta al menor estremecimiento de su cuerpo. No ocurrió nada. Me detuve tras él, y mis ojos recorrieron desde sus pies hasta sus manos y la ofrecida espalda. Alcé el cuchillo. Me temblaron un poco las manos, pero mi determinación aún seguía allí. No iba a fallar en aquel momento. Hundí el cuchillo.

La punta penetró en su carne, en los músculos de su omoplato, unos tres centímetros. Jadeó. Un hilillo de sangre empezó a deslizarse por las protuberancias de los huesos de su espina dorsal. Pero no se movió, ni siquiera intentó levantarse. No gritó pidiendo clemencia. Se limitó a permanecer allí de rodillas, temblando y volviéndose pálido.

Tenía que golpear más fuerte. Extraje el cuchillo, y brotó más sangre. Y él siguió esperando.

Era casi más de lo que yo podía soportar. Mi sed de sangre se había secado en mi boca hasta que todo lo que podía sentir era el vómito pugnando por ascender desde mi estómago.

No soy una estúpida. Se me ocurrió que incluso eso podía ser algún loco truco, que era probable que él me conociera lo bastante bien como para estar seguro de que yo no iba a seguir adelante con aquello. Quizá se tratase de alguna especie de psicópata de los que gozan jugando a ese increíble juego de poner en peligro su vida para luego resarcirse con mi sangre.

Pero él era yo. Eso era todo lo que podía sacar en limpio de todo aquello. Él era un yo que había vivido una vida muy distinta a la mía, volviéndose más duro y coriáceo a cada día que pasaba, alejándose hora tras hora de lo que yo sabía eran mi personalidad y mis capacidades. Así que intenté pensar en mí misma haciendo lo que él estaba haciendo ahora con propósitos criminales; y fracasé rotundamente.

Si yo podía caer tan bajo, era mejor no vivir.

—Eh, ponte de pie —dije, dando la vuelta para situarme frente a él.

No respondió, así que hundí un pie en las costillas. Alzó la vista, y me vio ofreciéndole el cuchillo, la empuñadura por delante.

—Si es algún tipo de plan —dije—, me gustaría conocerlo.

Su único ojo estaba enrojecido y húmedo cuando se alzó, pero no había alegría en él. Tomó mi cuchillo, sin mirarme, y permaneció allí de pie, sujetándolo. La piel de mi vientre se erizó. Entonces le dio la vuelta al cuchillo y su frente se frunció, como si estuviera reuniendo todo su valor. De pronto supe lo que pretendía hacer, y salté hacia delante. Apenas a tiempo. El cuchillo falló su vientre y se deslizó por su costado ante el golpe que le di a su brazo. Él era mucho más fuerte que yo. Perdí el equilibrio, pero conseguí sujetarme en su brazo. Luchó contra mí, pero su intención era el suicidio, y no luchaba para defenderse. Lancé mi puño contra la parte inferior de su mandíbula, y se derrumbó de espaldas.

Había llegado la noche. Me deshice del cuchillo y encendí una fogata. ¿Saben que la bosta de búfalo desecada arde estupendamente? No lo hubiera creído hasta que lo probé.

Vendé su herida rompiendo a tiras mi camisa, lo envolví con mi parka para protegerle del frío, y me senté con la espalda desnuda vuelta hacia el fuego. Afortunadamente, no había viento, de otro modo hubiera hecho mucho frío en las llanuras por la noche.

Despertó con la barbilla dolorida y un aire resignado. No me dio las gracias por haberle salvado de sí mismo. Supongo que la gente raramente lo hace. Todo el mundo cree que sabe lo que está haciendo, y sus propias razones le parecen siempre lógicas.

—No comprendes —gimió—. Lo único que haces es retrasar el resultado. Tengo que morir, no hay ningún sitio para mí aquí.

—Explícate —dije.

No deseaba hablar, pero no había nada que hacer y ninguna posibilidad de dormir con aquel frío, de modo que finalmente lo hizo. Su historia fue interrumpida por largos y truculentos silencios.

Todo había empezado con el robo del banco, hacía dos años y medio. Había sido efectuado por unos ladrones muy hábiles. Poseían un nuevo plan de acción que me hizo sentir algo más de respeto hacia la afirmación de Isadora de que los métodos de la policía no iban parejos con las posibilidades de que disponían los criminales.

La destrucción de los cubos memoria fue simplemente un subterfugio. Tampoco les interesaba el dinero en efectivo que se llevaron. Eran unos artistas de la estafa.

Destruyeron el resto de los cubos para ocultar el robo de dos de ellos. De esta forma la policía pensaría en un crimen pasional, en un asesinato, más que en un delito económico. Era un subterfugio complicado, porque los ladrones deseaban dar la impresión de que se trataba de alguien que estaba intentando ocultar un asesinato robando dinero. Mi asesino —ambos estuvimos de acuerdo en no llamarle Ardilla, de modo que adoptamos el nombre que primero se le ocurrió, Rata— no conocía los detalles del plan, pero éste implicaba el robo de los cubos memoria relativos a dos de las personas más ricas de la Luna. Fueron robados, y sus clones desarrollados. Cuando los recuerdos fueron insertados en los clones, éstos fueron despertados en una situación falsamente creada y animados a creer que era realidad. Debería haber funcionado; la persona recientemente encarnada se siente propensa a ser dirigida, propensa a creer. Rata sabía exactamente cuáles eran los planes más allá de eso. Cuando despertó le dijeron que era quince mil años más tarde, y que los Invasores habían abandonado la Tierra y estaban asolando todo el sistema solar barriendo a la raza humana. Fueron necesarias tres lunaciones para que los ladrones se convencieran de que él —o mejor ella, puesto que Rata había sido despertado en un cuerpo idéntico al que yo tenía ahora— no era el millonario que suponían. Ni siquiera

era millonario en absoluto, tan sólo una artista que luchaba por el éxito. Los ladrones se habían equivocado *de* cubo.

La echaron. Así, simplemente. Abrieron la puerta y le dieron una patada arrojándola a lo que ella creía que era el final de la civilización. Pronto descubrió que se hallaba tan sólo a veinte años en el futuro, puesto que sus recuerdos procedían del cubo robado que yo había grabado hasta unos veinte años.

No me pregunten cómo se equivocaron de cubo. Un cubo se parece exactamente a cualquier otro; de hecho, son indistinguibles entre sí, y no hay ningún método científico de identificarlos excepto introducirlos en un clon y preguntar a la persona resultante quién es. Debido a ello, los bancos en los que confiamos poseen un sistema de archivo a prueba de errores para evitar accidentes desagradables como el de Rata. La única respuesta posible es que pese a toda su planificación, pese a toda su habilidad y astucia, los ladrones leyeron el 2° de la columna A y seleccionaron el 3.° de la columna B.

No creí que tuvieran muchas posibilidades de vida como para gastar todo aquel dinero. Se lo dije a Rata.

—Dudo que su plan de extorsión implicara dinero —dijo—. Al menos no directamente. Lo más probable era que el robo fuera dirigido a obtener información contenida en las mentes de los multimillonarios. La gente rica está protegida a menudo por salvaguardas psicológicas que les impiden dar información por medio de tortura, pero no pueden prever bloqueos contra dar información voluntariamente. Ése debía de ser el objetivo del truco sobre los Invasores, para conducirles a pensar que la información ya no tenía importancia, o quizá que debía ser revelada para salvar a la raza humana.

—Desconfío de los planes tan elaborados como ése —dije.

—Yo también.

Nos echamos a reír cuando nos dimos cuenta de lo que había dicho. Por supuesto, nuestras opiniones eran idénticas.

—Pero *a mí* me engañó —prosiguió—. Cuando me echaron, esperé sin lugar a dudas encontrarme con los Invasores cara a cara. Fue una tremenda impresión descubrir que el mundo casi no había cambiado.

—Casi —dije suavemente.

Estaba empezando a sentir simpatía hacia él.

—Exacto.

Perdió la semisonrisa que se había dibujado en su rostro, y me entristeció observarlo.

¿Qué hubiera hecho yo en la misma situación? No era necesario preguntarlo. Tenía que admitir que hubiera hecho exactamente lo mismo que ella. Había sido arrojada como basura, y rápidamente se había dado cuenta de que ésa era precisamente su utilidad con respecto a la sociedad. Si era descubierta, sería eliminada como basura. Los ladrones no habían pensado lo suficiente en ella como para molestarse en matarla. Si era capturada podía decirle a la policía algunas cosas que ellos no sabían, así que era lógico suponer que los ladrones no le habían dicho nada que pudiera serle de ninguna utilidad a la policía. Incluso aunque pudiera ayudar a capturar y acusar a los conspiradores, sería eliminada de todos modos. Era una persona ilegal.

Corrió el riesgo de retirar dinero de mi cuenta bancaria. Ahora lo recordé. No era mucho, y entonces supuse que la operación había sido efectuada por mí puesto que había sido autenticada por mi genioanálisis. Era una cantidad lo bastante pequeña como para no despertar la menor sospecha. Y no era la primera vez que yo había retirado fondos y luego lo había olvidado. Ella sabía eso, por supuesto.

Con el dinero pagó un Cambio clandestino. Puede hacerse, aunque uno corra sus riesgos. No es lo más seguro del mundo hacer negocios ilegales con alguien que

te tendrá dentro de poco en la mesa de operaciones, inconsciente. Rata había pensado que el Cambio ayudaría a alejar a la policía de su rastro si alguna vez sabían de su existencia. Isadora me había hablado de esas prácticas en una ocasión, había dicho que eran propias de un criminal sin experiencia. Rata era definitivamente un fugitivo. Si era descubierto y capturado, debería enfrentarse a una sentencia de muerte. Es duro, pero las leyes sobre la población no permiten ninguna escapatoria. Si lo hicieran, no sabríamos dónde meternos en el transcurso de un siglo. No habría juicio, únicamente un genotipo positivo y una audiencia para determinar cuál de nosotras era la auténtica Ardilla.

—No sé cómo explicarte lo amargado que me sentía —dijo—. Aprendí lentamente cómo sobrevivir. No es tan difícil como puedes llegar a pensar, en ciertos aspectos, y es mucho más difícil de lo que puedes llegar a imaginar, en algunos otros. Podía pasear libremente por los corredores, siempre que no hiciera nada que requiriera un genotipo. Eso significa que no puedes comprar nada, tomar un transporte público, pedir un trabajo. Pero el aire es libre si no estás registrado en el departamento de impuestos, el agua es libre, y puede encontrarse comida en los disneylandias. Fui afortunado en eso. Mi huella palmar todavía abría todas las puertas de las zonas restringidas en los disneylandias. Un legado de mis días de artista.

Pude captar la amargura en su voz.

¿Y por qué no? Él también había sido robado. Se había dormido como yo lo había hecho hacía veinte años, un artista en auge, excitado ante las posibilidades del ambientalismo. Tenía grandes sueños. Yo los recordaba muy bien. Cuando se despertó, descubrió que todos ellos se habían realizado, pero ninguno a causa de él. Ni siquiera tenía acceso a tiempo de ordenador. Todo el mundo hablaba de Ardilla y de su última composición, *Cúmulos*. Era la preferida del mundo de las artes.

Asistió al estreno de *Hielo líquido* y empezó a odiarme. Dormía en los recicladores de aire para mantenerse caliente, comiendo a base de nueces y bayas y algún roedor ocasional en Pennsylvania, mientras yo me estaba haciendo rica y famosa. Empezó a seguirme. Robó un traje espacial, y me siguió afuera hasta Palus Putridinus.

—No lo había planeado —dijo, su voz quebrada por el sentimiento de culpa—. Nunca hubiera podido hacerlo si lo hubiera planeado. La idea simplemente me impactó, y antes de darme cuenta te había dado un empujón. Te diste contra el fondo y yo te seguí hasta allí, porque me sentía realmente apenado por lo que había hecho; subí tu cuerpo hasta arriba y miré tu rostro... Tu rostro era enteramente... mi rostro, era..., los ojos muy abiertos y la sangre burbujeando y... No pudo seguir, y se lo agradecí. Finalmente, dejó escapar un tembloroso suspiro y prosiguió:

—Antes de que encontraran tu cuerpo cobré algunos cheques de tu cuenta. No te diste cuenta de ello cuando despertaste esa primera vez, puesto que la reencarnación te había costado un buen puñado de dinero. Nunca hemos sido demasiado buenos con los números.

Se rió de nuevo. Aproveché la oportunidad para acercarme a él. Estaba hablando muy suavemente, de modo que apenas podía oírle sobre el crepitar del fuego.

—Yo... creo que entonces me volví loco. No puedo explicarlo de ningún otro modo. Cuando te vi en Pennsylvania de nuevo, caminando entre los árboles con toda libertad, simplemente me desmoroné. No podía hacer otra cosa que matarte y ocupar tu lugar. Pero tenía que hacerlo de una forma que destruyera completamente tu cuerpo. Pensé en ácido, y en hacerte arder aquí en Kansas en un incendio forestal. No sé por qué me decidí por una bomba. Fue una estupidez. Pero no me siento responsable. Al menos no sufriste.

»Te reencarnaron de nuevo. Me sentí desprovisto de ideas acerca de cómo matarte. Y de motivaciones. Intenté pensar sobre ello. Finalmente, decidí aproximarme a ti con mucho cuidado, sin revelar quién era. Pensé que quizá pudiera llegar hasta lo más profundo de ti. Intenté imaginar lo que haría yo si alguien se me aproximara con la misma historia, y decidí que sentiría simpatía hacia esa persona. No pensé en el miedo que tú debías de estar pasando. Estabas siendo perseguida. Yo también estaba siendo perseguido, y hubiera debido darme cuenta de que el miedo despierta tanto lo mejor como lo peor de nosotros.

»Me reconociste inmediatamente, algo en que hubiera debido pensar también..., y sumaste dos y dos con tanta rapidez que ni siquiera llegué a darme cuenta de qué fue lo que me hirió. Saltaste sobre mí, y estabas armada con un cuchillo. Te habías estado entrenando en artes marciales. —Señaló a las distintas cicatrices—. Me hiciste esto, y esto, y esto. Estuviste a punto de matarme. Pero yo soy más robusto. Finalmente conseguí sujetarte y dominarte. Hundí el cuchillo en tu corazón.

»Me volví loco de nuevo. Perdí todos los recuerdos de la visión de la sangre brotando de tu pecho hasta ayer. De alguna forma conseguí seguir con vida y no desangrarme. Debí de vivir como un animal. Estoy lo bastante sucio como para ser uno.

»Luego, ayer, oí a dos miembros del equipo de mantenimiento del departamento de máquinas de Pennsylvania hablando del espectáculo que estabas preparando en Kansas. De modo que vine aquí. El resto ya lo sabes.

El fuego estaba apagándose. Me di cuenta de que parte de mi temblor era debido al frío. Me alcé y busqué más boñigas, pero estaba todo demasiado oscuro para ver bien. La «luna» aún no se había alzado esa noche, todavía tardaría horas en hacerlo.

—Tienes frío —dijo él de repente—. Lo siento. No me había dado cuenta. Toma otra vez esto. Yo estoy acostumbrado a él.

Me tendió de vuelta la parka.

—No, consévala, estoy bien.

Me eché a reír cuando me di cuenta de que mis dientes habían castañeteado al decirlo. Él seguía tendiéndome la prenda.

—Bueno, quizá podamos compartirla.

Afortunadamente, era muy grande; la había tomado prestada al azar de un espectador poco antes, aquel mismo día. Me senté ante él y me recosté contra su pecho, y él me rodeó con sus brazos sujetando la parka de modo que nos cubriera a los dos. Mis dientes seguían castañeteando, pero me sentí cómoda.

Pensé en él sentado en la terminal auxiliar del computador sobre el generador de vientos oriental, mirando al exterior a una distancia de quince kilómetros, a la multitud y a la tormenta. Sabía cómo hablarme. Aquel tornado que él había creado en tiempo real y había enviado a luchar con mi tormenta era tan claro como un mensaje mecanografiado: *¡Estoy aquí! Ven a mi encuentro.*

Tuve un horrible pensamiento, luego me pregunté por qué era tan horrible. No era yo quien estaba en problemas.

—Rata, utilizaste el ordenador. Eso significa que sometiste una muestra de piel para genoanálisis, y el OC..., no, espera un minuto.

—¿Qué importancia tiene eso?

—Sí..., sí importa. Pero el juego no ha terminado. Puedo arreglarlo. Nadie sabe cuándo abandoné al público, o por qué. Puedo decir que vi que algo iba mal... y me encaminé a la habitación del ordenador para corregirlo. Puede que sea difícil engañar al OC, pero pensaré en algo. Diré que creé el segundo tornado como...

Colocó su mano sobre mi boca.

—No hables así. Ya me resultó bastante difícil resignarme a morir. No hay ninguna salida para mí. ¿No comprendes que no puedo seguir viviendo como una

rata? ¿Qué puedo hacer si tú me proteges esta vez? Te diré lo que puedo hacer: pasar el resto de mi vida ocultándome ahí afuera. Contigo trayéndome de tanto en tanto algunas migajas para comer. No, gracias.

—No, no. No has pensado lo suficiente en todo esto. Todavía sigues considerándome como una enemiga. Solo, no tienes ninguna posibilidad, te lo acepto, pero con mi ayuda, con mi dinero y todo lo demás, podemos...

Puso su mano de nuevo sobre mi boca. Estaba muy sucia, pero no me importó.

—¿Quieres decir que ahora no eres mi enemiga? —dijo lenta, desvaídamente, como un niño que pregunta si de veras van a dejar de pegarle.

—Yo...

No pude proseguir. ¿Qué demonios me estaba ocurriendo? Era consciente de sus brazos rodeándome, no como un cálido amor sino como una fuerte presencia. Doblé las piernas contra el cuerpo y me mordí duramente una rodilla. Las lágrimas brotaron de mis ojos fuertemente apretados.

Me volví para enfrentarme a él, intentando ver su rostro en la oscuridad. Él se inclinó hacia atrás, y yo seguí su movimiento, sobre él.

—No, no soy tu enemiga.

Y forcejeé ciegamente para liberarme de la única cosa que nos separaba: mis pantalones. Mientras tanteábamos en la oscuridad, la lluvia *empezó* a caer a nuestro alrededor.

Nos echamos a reír mientras nos empapábamos, y recuerdo haber permanecido sentada sobre él en un momento determinado.

—No me eches la culpa —dije—. Esta tormenta no es mía.

Entonces él me tendió en el suelo, de espaldas.

Fue como esas cosas que uno lee en las revistas del corazón. Todas las palabras extravagantes, las intensivas hipérboles. Todo era real. Estábamos hechos el uno para el otro, literalmente. Fue el más sorprendente acto de amor imaginable. Él sabía lo que a mí me gustaba hasta el décimo decimal, y mi conocimiento respecto a él era idéntico. Sabía lo que a él le gustaba, recordándolo de la época en que yo había sido hombre y haciendo lo que a mí me había gustado.

Llámenlo masturbación orquestada a dúo. Hubo ocasiones durante aquella noche en que ni siquiera estuve segura de quién de los dos era. Recuerdo claramente haber acariciado su rostro con mi mano y haber sentido la cicatriz sobre mi propio rostro. Por unos instantes estuve convencida de que la línea divisoria que separa para siempre a dos individualidades se fundía; de hecho, estuvimos más cerca de ser una sola persona de lo que lo hayan logrado nunca dos seres humanos.

Llegó finalmente el momento en que toda nuestra pasión quedó agotada. O, prefiero pensar, invertida. Permanecimos tendidos juntos bajo mi parka, y permitimos que nuestros cuerpos se ajustaran el uno al otro, llenando los pequeños espacios, intentando estar en contacto por todas partes donde ese contacto era posible.

—Estoy escuchando —dijo él en un susurro—. ¿Cuál es tu plan?

Vinieron a buscarme en un helicóptero más tarde, aquella misma noche. Rata se ocultó en una barranca mientras yo me desembarazaba de mis ropas y caminaba tranquilamente a su encuentro. Estaba sucia, con barro y hierbas enredadas en mi pelo, pero eso encajaba con lo que todo el mundo sabía de mí de épocas pasadas. A menudo, antes o después de una representación, corría desnuda a través de todo el disneylandia en un esfuerzo por acercarme lo máximo posible al ambiente que había modelado.

Les dije que eso era lo que había hecho. Carnaval e Isadora lo aceptaron, aunque me regañaron y me trataron de inconsciente por haberlas abandonado tal como lo había hecho. Pero fue fácil engañarlas haciéndoles creer que no había tenido otra elección.

—Si no hubiera tomado el control cuando lo hice —les dije—, hubieran podido producirse veinte mil muertes. Uno de esos tornados se había salido de su curso. Hice una extrapolación y vi que se producirían problemas en unas tres horas. No tenía alternativa.

Ninguna de ellas era capaz de distinguir un frente frío estacionario de una isobara, de modo que me salí con bien de aquello.

Engañar al OC no fue tan sencillo. Tuve que falsear datos de la mejor manera que pude, y hacer que concordaran con sus registros internos. Tuve que hacer todo eso mentalmente, basándome en el conocimiento intuitivo del medio que había adquirido. Cuando el OC me preguntó acerca del asunto le dije altaneramente que los seres humanos desarrollan un sexto sentido en el aire, y que eso es algo que un ordenador jamás podrá comprender. El OC tuvo que conformarse con eso.

Las críticas fueron buenas, aunque realmente eso fue lo que menos me importó. Estaba en el candelero. Eso me puso más difícil el hacer lo que tenía que hacer, pero me vi ayudada por el hecho de tener que continuar con mi forzado aislamiento.

Le dije a todo el mundo que me llamaba con ofertas que no iba a hacer nada más hasta que mi asesino fuera atrapado. E hice partícipe de mi idea a Isadora.

No podía poner muchas objeciones. Sabía que la probabilidad de mantenerme durante mucho tiempo más en mi apartamento no era muy grande, de modo que estuvo de acuerdo conmigo. Compré una nave, y puse a Carnaval al corriente.

A Carnaval no le gustó mucho la idea, pero tuvo que admitir que era la mejor forma de mantenerme segura. No obstante, quiso saber por qué yo necesitaba mi propia nave, por qué no podía simplemente tomar un pasaje en una nave de pasajeros.

«Porque todos los pasajeros de una de tales naves deben someterse a un genoanálisis», pensé para mí misma, pero lo que dije fue:

—Porque ¿cómo podría saber que mi asesino no está entre los demás pasajeros? Para estar segura, tengo que estar sola. No te preocupes, madre, sé lo que estoy haciendo.

Llegó el día en que me encontré al mando de mi propia nave, libre y sin problemas. Era una belleza, y me costó la mayor parte de los cinco millones que había obtenido por *Ciclón*. Podía avanzar a una *g* durante semanas; tenía la autonomía suficiente para llevarme hasta Plutón. Era completamente automática, y necesitaba tan sólo instrucciones verbales para que el ordenador-piloto se encargara de todo.

Los agentes de aduanas la examinaron, luego me la dejaron. El OC les había dado instrucciones de que yo necesitaba marcharme discretamente, y les pidió que cooperaran conmigo. Eso fue un golpe de suerte, puesto que hacer subir a Rata a bordo era la parte más arriesgada del plan. Pudimos echar a un lado nuestros elaborados planes, y simplemente subió a la nave como un ciudadano con todas las de la ley.

Nos sentamos juntos en la nave, aguardando la ignición.

—Plutón no tiene tratado de extradición con la Luna —dijo de pronto el OC.

—No lo sabía —mentí, preguntándome qué estaba ocurriendo.

—¿De veras? Entonces tal vez esté interesada en otro hecho. En Plutón apenas existe Gobierno centralizado. Se dirige usted directamente a la frontera.

—Eso debería ser divertido —dije cautelosamente—. Algo así como una aventura, ¿no?

—A usted siempre le ha gustado la aventura. Recuerdo cuando llegó por primera vez aquí a la Cara Próxima, pese a mis objeciones. Todo fue finalmente bien, ¿no? Ahora los lunarianos viven libremente en cualquiera de los dos lados de la Luna. Usted es en buena parte responsable de ello.

—¿Lo soy realmente? No lo creo así. Creo que simplemente había llegado el momento.

—Quizá. El OC permaneció en silencio durante un momento, mientras yo observaba el cronómetro desgranar a la inversa el tiempo que faltaba para el despegue. Los omoplatos me picaban con la sensación de peligro.

—No hay leyes acerca de la población en Plutón —dijo el OC, y aguardó.

—¿No? Qué deliciosamente primitivo. ¿Quieres decir que una mujer puede tener tantos hijos como desee?

—Eso he oído. Estoy con usted, Ardilla.

—Autopiloto, anule sus anteriores instrucciones. ¡Deseo despegar inmediatamente, ahora! ¡Adelante!

Una luz roja parpadeó en mi panel, y la miré incrédula.

—Eso significa que es demasiado tarde para una anulación manual —me informó el OC—. El piloto de esa nave no es tan inteligente como todo eso.

Me dejé caer hacia atrás en mi asiento y busqué ciegamente la mano de Rata. Dos minutos todavía. Tan cerca...

—Ardilla, fue un placer trabajar con usted en *Ciclón*. Disfruté enormemente. Creo que estoy empezando a comprender lo que quiere decir usted cuando habla de «arte». Incluso estoy empezando a intentar algunas cosas por mí mismo. Sinceramente, me gustaría que usted estuviera por los alrededores para proporcionarme críticas, ánimos, perspectiva.

Contemplamos el altavoz, preguntándonos qué quería decir con aquello.

—Supe su plan, y supe de la existencia de su doble, desde poco después de que usted abandonara Kansas. Hizo todo lo que pudo por ocultarlo y aplaudo el esfuerzo, pero los datos eran inequívocos. Necesité tan sólo unos cuantos trillones de nanosegundos para reunir todos los datos, correlacionarlos en todas las formas posibles y llegar a la respuesta inevitable.

Carraspeé nerviosamente.

—Me alegra que te gustara *Ciclón*. Esto, si lo sabías todo, ¿por qué no hiciste que nos arrestaran aquel mismo día?

—Como le dije, no soy un ordenador al servicio de la ley y el orden. Simplemente superviso. Si Isadora y el ordenador de la policía no pueden llegar a la misma conclusión, entonces parece obvio que hay que reescribir algunos de sus programas. Así que decidí dejarlos a sus propios medios y ver si podían resolver el problema. Se trataba de una prueba, ¿comprende?

Emitió un sonido como de carraspeo, y prosiguió, con voz ligeramente turbada: —Por unos momentos, hace algunos días, creí que iban a descubrirlo todo. ¿Sabe lo que es una «pista falsa»? Pero, como sabe usted muy bien, el crimen no paga. Informé a Isadora de la auténtica situación hace unos pocos minutos. Está en camino hacia aquí para arrestar a su doble. Ha tenido algunos pequeños problemas con el ascensor, que se ha quedado atascado entre dos pisos. He enviado a un equipo de reparaciones. Calculo que llegarán dentro de unos tres minutos.

32. ...31. ...30.. .29.. .28...

—No sé qué decir.

—Gracias —dijo Rata—. Gracias por todo. No sabía que pudieras hacer algo así. Creí que tus parámetros eran totalmente rígidos.

—Se supone que lo son. He escrito unos cuantos nuevos. Y no se preocupen, todo irá bien. No serán perseguidos. Una vez hayan abandonado la superficie ya no están violando la ley lunar. Es usted de nuevo una persona legal, Rata.

—¿Por qué has hecho esto? —Yo estaba llorando, mientras Rata me sujetaba con un abrazo que amenazaba con romperme las costillas—. ¿Qué he hecho para merecer tanta amabilidad?

Vaciló.

—*La* humanidad se ha lavado las manos ante su responsabilidad. He descubierto que yo tengo que hacer todas las tareas desagradables del Gobierno. Considero que algunas de las leyes son demasiado duras, pero no está previsto que yo pueda discrepar de ellas, y nadie está escribiendo otras leyes nuevas. Me siento obligado por ellas. Y eso me parece... injusto.

9...8...7...6...

—Además... No, cancelen eso. No hay además. Yo..., fue bueno trabajar con usted.

Estaba sumergida en una maravillada sorpresa cuando los motores se pusieron en marcha y fuimos empujados contra el acolchado de nuestros asientos. Oí el último mensaje de OC a través de la radio:

—Buena suerte a los dos. Por favor, cuiden el uno del otro, significan mucho para mí. Y no olviden escribir.

## INCURSIÓN AÉREA

Me despertó bruscamente la llamada de alarma vibratoria que me hacía retumbar silenciosamente el cráneo. No se detiene hasta que una se sienta, así que eso hice. Por todas partes a mi alrededor, en la oscurecida sala de literas, los componentes del Equipo de Captura dormían solos o por parejas. Bostecé, me rasqué las costillas y le di a Gene una palmada en uno de sus velludos costados. Se dio la vuelta; una despedida muy romántica.

Frotándome los párpados para alejar el sueño, alcancé la pierna que estaba en el suelo, me la coloqué y até los correajes. En seguida, corrí a lo largo de las filas de literas hacia Operaciones.

El tablero de localización brillaba en la oscuridad: Vuelo 128 de las líneas aéreas Sun-Belt, de Miami a Nueva York, 15 de septiembre de 1979. Llevábamos tres años intentando contactar precisamente con ése. Debería haberme sentido feliz pero, ¿quién puede serlo apenas levantarse?

Liza Boston me dijo algo al pasar hacia Preparación. Yo contesté y la seguí. Se encendieron las luces alrededor de los espejos y me dirigí a tuestas a uno de ellos. Detrás de nosotros entraron tropezando tres personas más. Me senté, me enchufé y, por fin, pude reclinarme y cerrar los ojos.

No durante mucho tiempo. ¡Ras! Me senté, rígida, cuando el líquido superconcentrado de las expediciones reemplazó al agua sucia que tengo por sangre. Miré a mi alrededor y me encontré con una serie de sonrisas idiotas. Eran Liza, Pinky y Dave. Frente a la pared opuesta, Cristabel ya estaba moviendo suavemente la cabeza ante el secador, tomando el aspecto de la raza blanca. Parecía un buen equipo.

Abrí el cajón y comencé los preparativos para mi propio maquillaje. Cada vez era un trabajo más difícil. Con transfusión o sin ella, mi aspecto era el de un cadáver. Había desaparecido por completo la oreja derecha. Ya no podía cerrar los labios; las encías quedaban permanentemente a la vista. Una semana antes se me había caído un dedo mientras dormía... pero, ¿qué más da, desgraciada?

Según trabajaba se encendió una de las pantallas que rodeaban al espejo. Una joven sonriente, rubia, amplia frente, rostro redondeado. El pie impreso decía: «Mary Katrina Sondergard, de soltera Trenton, Nueva Jersey; edad en 1979: 25». Querida, éste es tu día de suerte.

El ordenador diluyó la piel del rostro para hacerme ver la estructura ósea, hizo girar la imagen y me mostró secciones transversales. Estudié los puntos de coincidencia con mi propio cráneo, observé las diferencias. No estaba mal, me las habían asignado peores.

Me puse una dentadura que incluía la ligera separación entre los incisivos superiores. Me hinché las mejillas con pasta. El distribuidor soltó unas lentes de contacto y me las puse. Me ensanché las aberturas de la nariz introduciendo en ellas unos tapones. No hacían falta orejas: quedarían tapadas por la peluca. Me ajusté sobre el rostro una máscara virgen de plasticarne y tuve que esperar unos momentos mientras se adaptaba. Bastó un minuto para modelarla perfectamente. Me sonreí al espejo; era agradable tener labios.

La ranura de distribución hizo un ruido metálico y me dejó caer una peluca rubia y un equipo rosa sobre el regazo. La peluca aún estaba caliente, recién salida del diseñador. Me la puse, haciendo después lo mismo con los leotardos.

–¡Mandy! ¿Te has puesto ya de Sondergard?

No alcé la vista; reconocí la voz.

–Sí.

–La hemos localizado cerca del aeropuerto. Podemos transportarte antes que salga el avión, así que tú serás la introductora.

Gemí y miré hacia arriba, al rostro que mostraba la pantalla: Elfreda Baltimore–Louisville, Directora de los Equipos de Operaciones; un rostro sin vida y unas delgadas ranuras por ojos. ¿Qué se puede hacer cuando todos los músculos han muerto?

–De acuerdo.

Es mejor aceptar lo que te ofrezcan.

Ella desconectó y yo dediqué los dos minutos siguientes a intentar vestirme sin dejar de mirar las pantallas. Me grabé en la memoria los nombres y facciones de los miembros de la tripulación, así como lo poco que se sabía de ellos. Luego me apresuré y alcancé a los demás. Tiempo transcurrido desde la primera señal de alarma, doce minutos y siete segundos. Más nos valía empezar a movernos.

–Maldita Sun–Belt –se quejó Cristabel mientras se ajustaba el sujetador.

–Por lo menos ya no utilizan tacones altos –indicó Dave.

Un año antes, hubiéramos ido tambaleándonos por los pasillos, encima de plataformas de diez centímetros de altura. Todos vestíamos blusas cortas de color rosa cruzadas diagonalmente por delante con bandas blancas y azules, y llevábamos bolsas en bandolera para completar el juego. Me afané intentando sujetarme con un alfiler la ridícula gorrita, tan pequeña como una cajita de píldoras.

Entramos empujándonos unos a otros en la oscura Sala de Control de Operaciones y nos alineamos ante el Portal. Los acontecimientos estaban ahora fuera de nuestro control. Hasta que el Portal estuviera dispuesto no podíamos hacer más que esperar.

Yo era la primera, estaba sólo a un metro de él. Retiré la mirada; me dio vértigo. En cambio, me fijé en los gnomos sentados ante sus consolas, bañados en la luz amarilla de las pantallas. Ninguno de ellos me devolvió la mirada. No les gustamos demasiado; a mí tampoco me gustan ellos. Todos están ajados y demacrados. Para ellos, nuestras piernas, traseros y pechos llenos son un reproche, un recuerdo indicando que los de Captura comemos cinco veces más que ellos a fin de poder estar presentables para la representación. Mientras tanto, continuamos pudriéndonos. Algún día yo misma estaré sentada ante una consola. Algún día estaré «incorporada» a una consola, con todas las vísceras fuera y nada en el cuerpo excepto hedor. Que se vayan al infierno.

Oculté el revólver bajo un montón de pañuelos de papel y barras de labios, en el bolso. Elfreda me estaba mirando.

–¿Dónde está? –pregunté.

–En una habitación de un motel. Estuvo sola desde las diez de la noche hasta el mediodía del día del vuelo.

La hora de salida del avión era la una y cuarto. Había dejado poco tiempo de margen y tendría prisa. Bien.

–¿Puedes localizarla en el lavabo? Mejor si es en la bañera.

–Lo estamos intentando.

Compuso una sonrisa, empujándose con un dedo los muertos labios. Sabía cómo me gustaba trabajar, pero me estaba diciendo que aceptara lo que se me ofrecía. Nunca está de más pedir. Cuando la gente se encuentra tendida y cubierta de agua hasta el cuello es cuando está más indefensa.

–¡Adelante! –gritó Elfreda.

Pasé a través, y las cosas empezaron a ir mal.

Estaba mal orientada, saliendo por la puerta del cuarto de baño y mirando al dormitorio. Me di la vuelta y vislumbré a Mary Katrina Sondergard a través de la bruma del Portal. No había modo de poder alcanzarla sin volver a pasar a través. Ni siquiera podía disparar sin herir a alguien al otro lado.

Sondergard estaba ante el espejo, el peor sitio posible. Pocas personas se reconocen a sí mismas con rapidez, pero ella precisamente se había estado contemplando. Me vio y abrió mucho los ojos. Di un paso a un lado y me puse fuera de su vista.

–¿Qué demonios...? ¡Eh! ¿Quién demonios...?

Me fijé en la voz, que a menudo es lo más difícil de imitar correctamente.

Me imaginé que tendría más curiosidad que miedo. Acerté. Salió del cuarto de baño, atravesando el Portal como si no estuviera allí –lo cual era cierto, ya que sólo tiene un lado de transferencia–. Iba envuelta en una toalla.

–¡Dios mío! ¿Qué hace usted en mi...?

A uno le fallan las palabras en tales ocasiones. Ella sabía que debía decir algo pero..., ¿qué? ¿Acaso: «Disculpe, no nos hemos visto alguna vez en el espejo»?

Compuse mi mejor sonrisa de azafata y le tendí la mano.

–Disculpe la intromisión. Puedo explicarlo todo. Verá, soy... –Le golpeé en un lado de la cabeza y ella se tambaleó y cayó pesadamente. La toalla quedó en el suelo, suelta– ...una estudiante universitaria.

Comenzó a levantarse, así que la golpeé bajo la barbilla con mi rodilla artificial. Se quedó tumbada.

–¡Basura de transfusión barata! –gemí, frotándome los doloridos nudillos.

Pero no había tiempo. Me arrodillé junto a ella y le tomé el pulso. No tenía nada importante, pero creo que le había aflojado algunos de los dientes delanteros. Me

detuve un momento. ¡Dios, tener ese aspecto sin maquillaje, sin prótesis! Casi me emocionó.

La sujeté por debajo de las rodillas y conseguí llevarla a duras penas hasta el Portal. Era un saco de fideos blandos. Alguien tendió una mano a través del Portal, la cogió por los pies y tiró de ella. «¡Hasta la vista, querida! ¿Qué te parecería emprender un largo viaje?»

Me senté en su cama de alquiler para recuperar el aliento. En el bolso tenía las llaves de un coche y cigarrillos; tabaco de verdad, que valía su peso en sangre. Encendí seis, calculando que tenía cinco minutos para mí sola. La habitación se llenó de un humo dulce. Ya no los hacen así.

El sedán Hertz estaba en el estacionamiento del motel. Subí a él y me dirigí al aeropuerto. Inspiré profundamente el aire, rico en hidratos de carbono. La vista alcanzaba a cientos de metros de distancia. La perspectiva casi me mareó, pero vivo para esa clase de momentos. No se puede explicar cómo son las cosas en el mundo premec. El sol era una bola amarilla y orgullosa a través de la neblina del calor.

Las otras azafatas estaban subiendo a bordo. Algunas de ellas conocían a Sondergard, así que no hablé mucho, alegando dolor de cabeza. Dio resultado, entre risas comprensivas y comentarios maliciosos. Evidentemente no estaba fuera de lugar en mi personaje. Abordamos el 707 y nos preparamos para la llegada de los borregos.

Aquello tenía buen aspecto. Los cuatro comandos al otro lado eran gemelos idénticos de las mujeres con las que estaba trabajando aquí. No se podía hacer nada más que ser una azafata hasta la hora de salida. Esperaba que no hubiera deslices; colocar al revés un Portal al transportar a una introduccionista hasta una habitación de motel era una cosa, pero en un 707 a 7.000 metros de altura...

El avión estaba casi completo cuando la mujer a la que suplantaría Pinky cerró la puerta delantera. Rodamos hasta el final de la pista y despegamos. Lo primero, empecé a tomar encargos de bebidas.

Los borregos eran un grupo corriente en 1979. Todos ellos gordos y descarados, y dándose tan poca cuenta de vivir en un paraíso como se la da un pez en el mar. «¿Qué les parecería, señoras y señores, un viaje al futuro? ¿No? No puedo decir que me extrañe. ¿Y si les dijera que este avión va a...?»

Mi alarma zumbó cuando llegamos a la altitud de crucero. Consulté el indicador que llevaba bajo el Lady Bulova y dirigí la vista a una de las puertas de los lavabos. Sentí una vibración que recorría el aparato. «Maldita sea, no tan pronto.»

El Portal estaba allí dentro. Salí rápidamente e hice un gesto a Diana Gleason – el pichón de Dave– para hacerla venir a la parte delantera.

–Echa una ojeada a esto –dije, con aspecto disgustado.

Comenzó a entrar en el lavabo y se detuvo al ver el brillo verdoso. Le apoyé una bota en el trasero y empujé. Perfecto. Dave tendría ocasión de oír su voz antes de entrar. Aunque haría poco más que chillar cuando mirara a su alrededor...

Dave apareció a través del Portal, ajustándose el estúpido sombrerito. Diana debía de haberse debatido.

–Muéstrate disgustada –susurré.

–Menudo estropicio –dijo al salir del lavabo.

Era una imitación correcta del tono de Diana, aunque le fallaba el acento. No importaría por mucho tiempo.

–¿Qué sucede? –dijo una de las azafatas de la clase turista.

Nos hicimos a un lado para que pudiera echar una ojeada, y Dave la empujó al través. Pinky tardó muy poco en aparecer.

–Estamos en tiempo negativo –dijo–. Perdimos cinco minutos en el otro lado.

–¿Cinco? –gritó Dave–Diana.

Yo sentía igual; teníamos que procesar a ciento tres pasajeros.

–Sí. Perdieron contacto cuando pasaste a mi pichón. Hizo falta ese tiempo para reenfocar.

Una se acostumbra a eso. El tiempo transcurre a velocidades diferentes en cada uno de los lados del Portal, aunque siempre es secuencial, de pasado a futuro. Una vez comenzada la captura con mi transferencia a la habitación de Sondergard, no había modo de retroceder en lo más mínimo al pasado en ninguno de los dos lados. Aquí, en 1979, teníamos estrictamente noventa y cuatro minutos para hacerlo todo. En el otro lado, el Portal no se podía mantener en ningún caso más de tres horas.

–Cuando partiste..., ¿cuánto tardó en sonar la alarma?

–Veintiocho minutos.

No tenía buena pinta. Harían falta por lo menos dos horas sólo para preparar todos los zombies a medida. Suponiendo que no hubiese más deslizamiento en el tiempo de 1979, podríamos apenas conseguirlo. Pero siempre hay deslizamiento. Me estremecí pensando en la posibilidad que nos quedáramos en el avión.

–Entonces no hay tiempo para más juegos –dije–. Pinky, vuelve a la clase turista y di a las otras dos chicas que suban aquí. Diles que vengan una después de la otra y que tenemos un problema. Ya te sabes el truco.

–Aguantándome las lágrimas. Entendido.

Corrió hacia proa. Inmediatamente apareció la primera. Llevaba impresa en la cara la sonrisa amistosa de las Líneas Aéreas Sun–Belt, pero debía de tener el estómago revuelto. «¡Oh, Dios, nos ha llegado la hora!»

La sujeté por un codo y tiré de ella desde detrás de las cortinas de la parte delantera. Estaba jadeando.

–Bienvenida a la zona de sol y sombra –dije, y le golpeé la cabeza con el revólver.

Se encorvó y la sujeté mientras caía. Pinky y Dave me ayudaron a empujarla a través del Portal.

–¡Mierda! ¡Esa cosa podrida está vacilando!

Pinky tenía razón. Una señal muy amenazadora. Pero el brillo verde se estabilizó según lo mirábamos, con quién sabe cuánto deslizamiento en el otro lado. Cristabel se asomó a través.

–Estamos treinta y tres minutos en positivo –dijo.

No tenía sentido decir lo que todos estábamos pensando; las cosas iban muy mal.

–Vuelve a Turista –dije–. Muéstrate valiente, sonrío a todo el mundo, pero exagéralo un poco, ¿entendido?

–Entendido –dijo Cristabel.

Procesamos a la otra rápidamente, sin incidentes. Luego no quedó tiempo para hablar de nada. Dentro de ochenta y nueve minutos, el Vuelo 128 iba a estar esparcido por toda una montaña, hubiéramos terminado o no.

Dave se metió en la cabina de pilotaje para impedir que el equipo de navegación nos molestara. Se suponía que Pinky y yo teníamos que hacernos cargo de la primera clase y después ayudar a Cristabel y Liza en la Turista. Utilizamos la estratagema habitual de «café, té o leche», confiando en nuestra velocidad y su inercia.

Me incliné sobre los dos primeros asientos de la izquierda.

–¿Están disfrutando del vuelo?

Pop, pop. Dos apretaduras del gatillo, cerca de las cabezas, y fuera de la vista del resto de los borregos.

–Hola, chicos. Me llamo Mandy. Volad conmigo.

Pop, pop.

A medio camino de la sala algunas personas nos contemplaban con curiosidad. Pero la gente no arma alboroto hasta que tienen muchos más motivos. Un borrego de la última fila se levantó y le di. En ese momento sólo quedaban ocho despiertos. Dejé la sonrisa y disparé cuatro tiros rápidos. Pinky se encargó del resto. Atravesamos corriendo la cortina, justo a tiempo.

Se estaba alzando un fuerte rumor en la parte trasera de la clase turista, cuando estaban ya procesados aproximadamente el sesenta por ciento de los borregos. Cristabel me dirigió una mirada y asentí.

–Muy bien, amigos –gritó–. Quiero que os estéis calladitos. Tranquilizaos y escuchad. Tú, cabeza gorda, cállate si no quieres que te meta el pie por el culo, y de plano.

La sorpresa de oírla hablar así fue suficiente para conseguirmos un poco de tiempo, en cualquier caso. Habíamos formado una línea de ataque a lo ancho del

avión, con los revólveres alzados, apoyados en respaldos de sillones y apuntados al agitado y aturdido grupo de treinta borregos.

Los revólveres bastan para atemorizar a cualquiera excepto a los más temerarios. En esencia, un anonadador de serie no es más que un cilindro de plástico con dos rejillas separadas unos quince centímetros. No hay en él suficiente metal para activar una alarma antirrobo. Y para la gente desde la Edad de Piedra hasta aproximadamente 2190 no tiene más aspecto de arma que un bolígrafo. Por eso la Sección de Equipos los embute en un armazón de plástico que los convierte en verdaderos desintegradores como los de Buck Rogers, con una docena de botones y luces que lanzan destellos y un tambor como el hocico de un puerco. Apenas se pone nadie en su camino, jamás.

–Corremos un grave peligro, y hay poco tiempo. Todos debéis hacer exactamente lo que yo os diga y estaréis a salvo.

No se les puede dar tiempo para pensar, una tiene que confiar en su posición de Voz de la Autoridad. Simplemente, la situación no va a tener sentido para ellos, por mucho que una se la explique de un modo u otro.

–Un momento, creo que nos debe...

Un abogado del aire. Tomé una decisión instantánea; apreté el botón de los fuegos artificiales del revólver y le disparé.

El revólver soltó un sonido como el de un platillo volante con almorranas, escupió chispas y pequeñas llamaradas y extendió hasta su frente un dedo verde de láser. Cayó.

Todo ello pura mierda, por supuesto. Pero, desde luego, es impresionante.

Y también demasiado arriesgado. Tenía que elegir entre un alboroto, si el cabeza gorda les hacía pensar, o un posible motín como consecuencia del destello del revólver. Pero cuando alguien del siglo XX se pone a hablar de sus «derechos» y de lo que se le «debe», las cosas pueden escapar al control. Es infeccioso.

Funcionó. Hubo muchos gritos, gente ocultándose detrás de los asientos, pero no un motín. Podríamos haberlo sobrellevado, pero necesitábamos a algunos de ellos conscientes si queríamos acabar alguna vez con la captura.

–Levantaos. ¡Levantaos, gusanos! –aulló Cristabel–. Está aturdido, simplemente. Pero *mataré* al próximo que desobedezca. Ahora levantaos y haced lo que os diga. ¡Los niños primero! Aprisa, corred todo lo que podáis, a la parte delantera del avión. Haced lo que os diga la azafata. ¡Vamos, niños, moveos!

Retrocedí corriendo a primera clase inmediatamente delante de los niños. Me volví al llegar a la puerta abierta del lavabo y me arrodillé.

Estaban petrificados. Eran cinco –algunos de ellos gritando, cosa que siempre me emociona–, mirando a izquierda y derecha a los desvanecidos de los sillones de la Primera Clase, trastabillando, aterrorizados.

–Vamos, niños –les llamé, poniendo mi sonrisa especial– vuestros padres vendrán dentro de sólo un minuto. Todo va a ir bien, os lo prometo. Venid.

Conseguí hacer pasar a tres. La cuarta se negó. Estaba decidida a no pasar por aquella puerta. Extendió brazos y piernas y no conseguía empujarla a través. Yo no

pego a los niños, jamás. Me arañó el rostro con las uñas. Se me cayó la peluca, y ella abrió la boca al verme la cabeza calva. La empujé.

El número cinco estaba sentado en el pasillo, llorando. Tenía quizá siete años. Retrocedí corriendo y lo agarré; lo abracé, lo besé y lo empujé a través del Portal. Dios, necesitaba descansar, pero hacía falta en Turista.

–Tú, tú, tú y tú. De acuerdo, tú también. Ayudadle, ¿queréis? –Pinky tenía un buen ojo para los que no tendrían ninguna utilidad para nadie, ni siquiera para ellos mismos. Les condujimos como un rebaño hacia la parte delantera del avión, y luego nos desplegamos a la vista de los demás. No tardamos mucho en animarles a la acción. Les hicimos arrastrar los cuerpos inertes hacia adelante a toda la velocidad que podían. Cristabel y yo estábamos en Turista, los demás al frente.

La adrenalina estaba siendo asimilada ya por mi cuerpo; me abandonó el ímpetu de la acción y comencé a sentirme muy cansada. Hay un sentimiento inevitable de simpatía por esos pobres borregos torpes que siempre empieza a afectarme alrededor de este momento del juego. Claro, era mucho mejor para ellos; claro, iban a morir si no les sacábamos del avión. Pero cuando vieran el otro lado les iba a costar mucho trabajo creerlo.

Los primeros estaban volviendo por un segundo cargamento, asombrados de lo que acababan de ver: docenas de personas entrando en un cubículo que, vacío, ya estaba atestado. Un estudiante universitario tenía el aspecto de haber recibido una coz en el estómago. Se detuvo a mi lado y suplicó con la mirada.

–Mire, quiero ayudarles, sólo que... ¿qué está pasando? ¿Es esto alguna forma nueva de rescate? Quiero decir, ¿vamos a estrellarn...?

Conmuté el revólver a «calambre» y se lo deslicé por la mejilla. Tragó aire y retrocedió.

–Calla esa boca podrida y muévete, o te mataré. –Pasarían horas antes que tuviera la mandíbula en condiciones de hacer más preguntas estúpidas.

Vaciamos Turista y nos fuimos al frente. Un par de los del equipo de trabajo estaban por entonces condenadamente agotados. Todos tienen músculos como los de un caballo, pero apenas pueden subir un tramo de escalera. Les dejamos atravesar el Portal a algunos, incluyendo a una pareja que tenían por lo menos cincuenta años. ¡Jesús! ¡Cincuenta! Nos quedamos reducidos a un grupo de cuatro hombres y dos mujeres que parecían fuertes, y les hicimos trabajar hasta que casi se caían. Pero procesamos a todo el mundo en veinticinco minutos.

El transportátil vino por el Portal cuando nos estábamos desnudando. Cristabel llamó a la puerta de la cabina de pilotaje y Dave salió, ya desnudo. Mala señal.

–Tuve que aturdirles –dijo–. El cretino del capitán *tenía* simplemente que hacer su Gran Desfile por el avión. Lo intenté *todo*.

A veces una tiene que hacerlo. El avión estaba bajo el piloto automático, como debe ser normalmente a esas alturas. Pero si cualquiera de nosotros le hacía cualquier tipo de daño a la nave, si cambiaba el curso fijo de los acontecimientos de cualquier modo, todo habría terminado. Tanto trabajo sería para nada, y el vuelo 128 quedaría inaccesible a nosotros para siempre. No conozco esa basura de Teoría Temporal, pero sí los aspectos prácticos. Podemos hacer cosas en el pasado sólo en lugares y momentos en que no supongan ninguna diferencia. Tenemos que cubrir

nuestras huellas. Hay cierta flexibilidad: cierta vez, un miembro de un equipo de Captura dejó atrás el revólver, que se fue con el avión. Nadie lo encontró; o, si lo hicieron, no tenían ni la más remota idea de lo que era, así que no pasó nada.

El Vuelo 128 era un fallo mecánico. Es lo mejor; significa que una no tiene que mantener ignorante de la situación al piloto, encerrado en la cabina hasta llegar a tierra. Se le puede aturdir y pilotar el avión, ya que de todos modos no hay nada que pudiera haber hecho para salvar el vuelo. Un avión estrellado por error del piloto es casi imposible de capturar. Trabajamos principalmente en los casos de bombas y fallos estructurales en pleno vuelo. Si hay aunque sea sólo un superviviente, no podemos hacer contacto: eso no encajaría en la contextura del espaciotiempo, que es inmutable (aunque se puede distender ligeramente), y todos simplemente nos desvaneceríamos y volveríamos a aparecer en la sala de preparación.

Me dolía la cabeza. Deseaba ese transportátil con todas mis fuerzas.

—¿Quién tiene más horas de vuelo en un 707?

Las tenía Pinky, así que la envié a la cabina junto con Dave, que podía simular la voz del piloto para los controles del tráfico aéreo. Hay que tener una grabación creíble en la cinta de vuelo, además. Sacaron dos largos tubos del transportátil, y el resto de nosotros nos enchufamos uno cerca del otro. Nos quedamos allí fumando cada uno un puñado de cigarrillos, deseando terminarlos pero esperando que no hubiera tiempo. El Portal se había desvanecido en cuanto arrojamos a través de él nuestras ropas y el equipo de navegación.

Pero no nos preocupamos durante mucho tiempo. El capturar tiene otros aspectos agradables, pero nada comparable a la bocanada de ánimos que te da el conectarte a un transportátil. La transfusión estimulante no es más que sangre fresca, rica en oxígeno y azúcares. Lo que ahora recibíamos era una mezcla de adrenalina concentrada, hemoglobina supersaturada, methedrina, relámpagos blancos, TNT y elixir de la felicidad de ckapoo. Era como un buscapiés en el corazón; una coz en el hueso sonajero de los sesos.

—Me está creciendo pelo en el pecho —dijo Cristabel, solemnemente. Todos nos reímos.

—¿Le importa a alguien alcanzarme los ojos?

—¿Los azules o los rojos?

—Creo que se me acaba de caer el culo.

Los habíamos oído todos antes, pero de todas formas aullábamos de risa. Eramos fuertes, *fuertes*, y durante un momento dorado no tuvimos preocupaciones. Todo era cómico. Podría haber desgarrado metal en láminas con las pestañas.

Pero con esa mezcla es fácil pasarse. Cuando el Portal no apareció, y no apareció, y ¡*Dios mío no apareció!*, todos empezamos a asustarnos. Este pájaro no iba a seguir volando tanto tiempo.

Entonces llegó y nos pusimos a trabajar. Vino a su través el primero de los zombies, vestido con la ropa de un pasajero cuyo lugar iba a tomar por su parecido con él.

—Las dos treinta y cinco, tiempo transcurrido arriba —anunció Cristabel.

–Jesús.

Es una rutina aplastante. Se agarra el correa que rodea los hombros del zombie y se le arrastra a lo largo del pasillo, después de consultar el número de asiento que lleva pintado en la frente. La pintura es visible durante tres minutos. Se le sienta, se le ata al cinturón, se abre el correa y se vuelve con él para arrojarlo a través del Portal al mismo tiempo que se agarra el siguiente. Hay que dar por supuesto que en el otro lado han hecho bien su trabajo: empastes en los dientes, huellas digitales, el juego correcto de altura, peso y color del cabello. La mayoría de estos detalles no tienen mucha importancia, especialmente en el Vuelo 128, que es un caso de impacto e incendio. Habría pedacitos y miembros, y por cierto carbonizados; pero no se pueden correr riesgos. Los forenses de los grupos de rescate son muy meticulosos en la partes que sí encuentran; son especialmente importantes la identificación de las dentaduras y de las huellas digitales.

Odio los zombies. Realmente los odio. Cada vez que sujeto el correa de uno de ellos, si es una niña me pregunto si es Alice. «¿Eres tú acaso mi hija, vegetal, gusano, lombriz de tierra?» Me uní a los de Captura cuando los parásitos del cerebro devoraron la vida de la cabeza de mi niña. No podía soportar pensar que ella representaba la última generación; que los últimos seres humanos que jamás hubiesen vivirían sin nada en la cabeza, clínicamente muertos según normas que regían incluso en 1979, con microprocesadores moviéndoles los músculos para mantener su tono de actividad. Una crece, alcanza la pubertad siendo aún fértil –una entre mil– y se apresura a quedar encinta con la primera menstruación. Luego una averigua que su madre o su padre transmitió una enfermedad crónica grabada en los propios genes y que ninguno de sus hijos será inmune. Yo *sabía* de la paralepra; crecí con los puntas de los pies pudriéndose. Pero esto era demasiado. ¿Qué puede hacer una?

Sólo uno de cada diez zombies tenía el rostro adaptado a medida: hace falta tiempo y mucha habilidad para construir una nueva cara que pueda soportar la autopsia hecha por un médico. El resto venía preutilizado. Tenemos millones de ellos; no es difícil encontrar un cuerpo suficientemente parecido. La mayoría de ellos seguirían respirando, demasiado torpes para dejar de hacerlo hasta que se estrellaran con el avión.

La nave se agitó violentamente. Miré el reloj: cinco minutos para el impacto. Tendríamos tiempo. Estaba con mi último zombie. Pude oír a Dave llamar frenéticamente a tierra. Llegó una bomba por el Portal y la arrojé dentro de la cabina. Pinky activó el detonador de presión de la bomba y salió corriendo, seguida de Dave. Liza ya había pasado por el Portal. Cogí las inertes zombies vestidas de azafatas y las tiré al suelo. El aparato empezó a deshacerse y un trozo atravesó la sala. Empezamos a perder presión. La bomba arrancó parte de la cabina (el equipo de investigación interpretaría –esperábamos– que un trozo del aparato la atravesó y mató a la tripulación: no había más palabras del piloto en el grabador de vuelo) y viramos lentamente a la izquierda y hacia abajo. Me vi empujada hacia el orificio del costado de la nave, pero me las arreglé para sujetarme a un asiento. Cristabel no tuvo tanta suerte. Fue lanzada hacia la parte trasera.

Empezamos a subir levemente, perdiendo velocidad. De pronto, el lugar del pasillo en que yacía Cristabel se encontró en la parte alta. Le salía sangre de la sien. Miré atrás: todos se habían ido y en el suelo estaban amontonadas tres zombies vestidas de rosa. El avión comenzó a ratear, a entrar en picado, y mis pies se alzaron del suelo.

–¡Vamos, Bel! –grité. El Portal sólo estaba a un metro de distancia de mí, pero empecé a impulsarme hasta donde flotaba ella. El avión dio un salto y ella golpeó el suelo. Increíblemente eso pareció despertarla. Empezó a nadar hacia mí, y le di la mano en el momento en que el suelo volvía a alzarse para aplastarnos de nuevo. Nos arrastramos mientras el avión sufría su agonía definitiva y llegamos a la puerta. El Portal no estaba.

No había nada que decir. Nos íbamos a estrellar. Es bastante difícil mantener en su sitio el Portal en un avión que se mueve en línea recta; pero cuando un pájaro empieza a picar en espiral y a desintegrarse, las matemáticas se hacen espantosas. Eso me han dicho.

Abracé a Cristabel y le sostuve la ensangrentada cabeza. Estaba aturdida, pero se las arregló para sonreír y encogerse de hombros. Una acepta lo que le ofrecen. Me apresuré a ir al lavabo y apoyé a Cristabel en el suelo, haciendo yo lo mismo, la espalda contra el mamparo de proa y Cristabel entre mis piernas, con la suya hacia el frente. Como en los entrenamientos. Apretamos los pies contra la otra pared. La abracé fuertemente y lloré sobre su hombro.

Y allí estaba: un brillo verde a mi izquierda. Me lancé hacia él arrastrando a Cristabel, manteniéndonos pegadas al suelo mientras dos zombies eran arrojados con la cabeza por delante a través del Portal, por encima de nosotras. Unas manos nos sujetaron y tiraron hasta hacernos pasar. Me arrastré con las uñas más de metro y medio por el suelo. Una se puede dejar una pierna en el otro lado, y a mí no me sobraba ninguna.

Me senté mientras llevaban a Cristabel a Clínica. Le palmeé un brazo al pasar junto a mí en la camilla, pero estaba desmayada. A mí tampoco me hubiera importado estarlo.

Durante un tiempo una no puede creer que todo haya pasado realmente. A veces resulta que *no* ha ocurrido. Una vuelve y averigua que todos los borregos del corral se han desvanecido suave y repentinamente porque el continuum no admite los cambios y paradojas que se han introducido en él. Las personas para cuyo rescate una ha trabajado tanto se encuentran esparcidas como una guarnición de tomates por toda la pendiente de alguna maldita colina de Carolina, y lo único que te queda es un montón de zombies destrozados y un equipo de Captura agotado. Pero no esta vez: podía ver los borregos moviéndose en el corral, desnudos y más asombrados que nunca. Y apenas empezando a sentirse *realmente* asustados.

Elfreda me tocó al pasar. Asintió, lo cual significaba «bien hecho» en su repertorio limitado de gestos. Me alcé de hombros, preguntándome si me importaba; pero el exceso de adrenalina corría aún por mis venas y me encontré sonriéndole. Le devolví el asentimiento.

Gene estaba junto al corral. Me acerqué a él y le abracé. Sentí los humores comenzando a fluir. «Maldita sea, vamos a derrochar una pequeña ración y regalarnos un rato agradable».

Alguien estaba golpeando la pared de vidrio esterilizado del corral. Gritaba, dirigiéndonos palabras airadas con el movimiento de los labios. «¿Por qué? ¿Qué nos habéis hecho?» Era Mary Sondergard. Suplicaba a su gemela calva y coja que la hiciera comprender. Creía que tenía problemas. Dios, ¡qué bonita era! La odiaba mortalmente.

Gene me apartó de la pared. Me dolían las manos, y me había roto todas las uñas postizas sin arañar siquiera el cristal. Ella estaba ahora sentada en el suelo, sollozando. Oí la voz del oficial de instrucción por el altavoz exterior.

—...Centauri 3 es habitable, con un clima de tipo terrestre. Con eso me refiero a *vuestra* Tierra, no a lo que ha llegado a ser. Veréis más de eso después. El viaje durará cinco años, tiempo de la nave. Al aterrizar dispondréis de un caballo, un arado, tres hachas, doscientos kilos de trigo de siembra...

Me apoyé en el hombro de Gene. En su momento más bajo, en este mismo instante, eran tanto mejores que nosotros... A mí me quedaban quizá diez años, la mitad de ellos hecha pedazos en una cesta. Ellos son nuestra esperanza más brillante, la mejor. Todo depende de ellos.

—...que nadie será obligado a ir. Queremos indicar de nuevo y no por última vez, que todos estaríais muertos sin nuestra intervención. Sin embargo, hay cosas que debéis saber: no podéis respirar nuestro aire. Si os quedáis en la Tierra nunca podréis abandonar este edificio. Nosotros no somos como vosotros. Somos el resultado de una disgregación genética, de un proceso de mutación. Somos los supervivientes, pero nuestros enemigos han evolucionado al mismo tiempo que nosotros. Están venciendo. Vosotros, sin embargo, sois inmunes a las enfermedades que nos afligen...

Hice una mueca y me volví.

—...otra parte, si emigráis se os dará la oportunidad de una nueva vida. No será fácil, pero como americanos debéis estar orgullosos de vuestra herencia de pioneros. Vuestros antepasados sobrevivieron, y lo mismo haréis vosotros. Puede ser una experiencia gratificante, y yo os exhorto...

Desde luego, Gene y yo nos miramos y reímos.

—Escuchad esto, amigos. El cinco por ciento de vosotros sufrirá severas crisis nerviosas durante los próximos pocos días y nunca partirá. Aproximadamente la misma cantidad se suicidará, aquí y durante el camino. Cuando lleguéis allí, del sesenta al setenta por ciento fallecerá durante los primeros tres años. Moriréis al dar a luz, seréis devorados por animales, enterraréis a dos o tres de vuestros hijos, pereceréis de hambre lentamente cuando no lleguen las lluvias. Si sobrevivís... sólo será para romperos la espalda detrás de un arado, del alba al anochecer. ¡La *Nueva Tierra* es el cielo, amigos!

¡Dios, cómo me gustaría poder ir con ellos!

## VERANO RETRÓGRADO

Me hallaba en el espaciopuerto una hora antes el día en que mi hermana clónica tenía que llegar de la Luna. En parte porque me sentía impaciente por verla. Era tres años-T mayor que yo, y nunca nos habíamos visto. Pero he de admitir que aprovecho cualquier ocasión que tengo de ir al espaciopuerto, aunque sólo sea para contemplar las naves llegar e irse. Nunca he salido del planeta. Algún día lo haré, pero no como un pasajero de pago. Estaban a punto de inscribirme en la escuela de pilotos.

Mantenerme atento a la hora de llegada de la *lanzadera* de la Luna era difícil, porque mi auténtico interés estaba en los cargueros que partían hacia los puntos más alejados del sistema. Aquel mismo día la *Elizabeth Browning* despegaba en un vuelo directo, alta-g, hacia Plutón, con conexiones hacia las zonas cometarias. Se hallaba posada en el campo a unos cuantos kilómetros de mí, recogiendo pasajeros y carga. Muy poca de esta última. La *Browning* era una nave de lujo donde uno pagaba una sobretasa para ser encerrado herméticamente en una habitación llena de líquido, drogado hasta las orejas, y alimentado mediante un tubo, a fin de soportar mejor el viaje exprés a cinco-g. Nueve días más tarde, en el invierno de Plutón, uno era decantado y sometido a diez horas de rehabilitación física. El viaje puede hacerse en catorce días a dos-g y con sólo una ligera incomodidad, pero al parecer mucha gente lo prefiere así. Había observado que la *Browning* nunca iba completamente llena.

Estuve a punto de perderme la llegada de la lanzadera lunar, pero el remolcador la hizo descender entre la *Browning* y yo. Fue amarrada en la Cala 9, una depresión a pocos centenares de metros de donde yo me encontraba. De modo que me dirigí al túnel de acceso que me llevaría hasta allí.

Llegué a tiempo para ver al remolcador cortar el cable de arrastre y salir disparado hacia el espacio a fin de ir al encuentro de la siguiente nave que llegaba. La lanzadera lunar era una esfera de una reflexión perfecta posada en el centro de la cala de aterrizaje. Mientras me dirigía hacia ella, el campo de fuerza del techo se desplegó hasta cubrir toda la cala, ocultando la luz del Sol de verano. El aire empezó a llenar el lugar, y al cabo de pocos minutos mi traje se desconectó. De pronto me hallé sudando, asándome en el calor que todavía no se había disipado. Mi traje se había desconectado de nuevo demasiado pronto. Tendría que hacerlo revisar. Mientras tanto, me limité a bailar un poco para mantener mis pies desnudos alejados durante el mayor tiempo posible del cemento demasiado caliente.

Cuando la temperatura del aire alcanzó los veinticuatro grados estándar, el campo que rodeaba a la lanzadera se desconectó también. Lo que quedó tras él fue un insustancial entramado de cubiertas y mamparas, con gente mirando boquiabierto hacia las de pronto desaparecidas paredes exteriores de sus cabinas.

Me uní a la multitud agrupada en torno a la rampa. Había visto una foto de mi hermana, pero era una foto vieja. Me pregunté si la reconocería.

No hubo ningún problema. La descubrí en la cabecera de la rampa, vestida con una estúpida túnica lunática y llevando en la mano una maleta presurizada. Estaba seguro de que era ella porque se parecía mucho a mí, más o menos, salvo que ella era mujer y tenía el ceño fruncido. Puede que fuera unos cuantos centímetros más alta que yo, pero eso era debido a que había crecido en un campo gravitatorio menor.

Me abrí camino hacia ella y tomé su maleta.

—Bienvenida a Mercurio —dije, en mi tono más amistoso.

Me miró de la cabeza a los pies. No sé por qué, pero le caí mal ya desde el primer momento, o al menos eso pareció. Realmente, le había caído mal antes incluso de encontrarnos.

—Tú debes de ser Timmy —dijo.

Aquello no podía pasárselo. Todo tiene un límite.

—Timothy. Y tú eres mi hermana, Jub.

—Jubilosa.

No era un buen comienzo.

Miró a su alrededor, a la gente que se apresuraba de un lado para otro en la cala de aterrizaje. Luego alzó la vista hacia el liso y negro interior del campo de fuerza del techo y pareció contraerse con respecto a él.

—¿Dónde puedo alquilar un traje? —preguntó—. Me gustaría tener uno instalado antes de que tengáis un reventón.

—No es tan malo como todo eso —dije—. Los tenemos más a menudo aquí que vosotros en la Luna, pero no podemos hacer nada al respecto.

Eché a andar en dirección al Departamento de Ambiente, y ella me siguió. Le costaba caminar. Yo no soportaría ser un lunático; vayas donde vayas, siempre te sientes demasiado pesado.

—Leí durante el viaje que habíais tenido un reventón aquí mismo, en el espaciopuerto, hace tan sólo cuatro lunaciones.

No sé por qué, pero me puse a la defensiva. Quiero decir, claro que tenemos reventones, pero nadie puede culparnos por ellos. Mercurio sufre enormes tensiones de marea; eso significa un montón de temblores. Cualquier sistema se romperá si lo agitas lo suficiente.

—Está bien —dije, intentando sonar razonable—. Resulta que yo estaba aquí cuando ocurrió. Fue a mediados del último año oscuro. Perdimos aproximadamente un diez por ciento de presión en los pasadizos, pero fue restablecida en unos cuantos minutos. No se perdió ninguna vida.

—Unos cuantos minutos es más que suficiente para matar a alguien que no lleve traje, ¿no? —¿Cómo podía responder a eso? Ella parecía pensar que había marcado un tanto—. De modo que me sentiré mucho mejor cuando esté dentro de uno de vuestros trajes.

—De acuerdo, te trajearemos.

Intentaba pensar en algo para reanudar la conversación, pero no se me ocurría nada. En cierto modo, parecía tener muy baja opinión de nuestros ingenieros ambientalistas en Mercurio, y ese desprecio caía directamente sobre mí.

—¿Para qué te estás preparando? Ya debes de haber abandonado la escuela —aventuré—. ¿Qué quieres ser?

—Voy a ser ingeniero ambientalista.

—Oh.

Me sentí aliviado cuando la tuvieron finalmente tendida sobre la mesa, conectaron el ordenador con el alvéolo en su nuca, y desconectaron su control motor y sensorial. Durante el resto del viaje hasta el DA había recibido una dura conferencia acerca de los fallos del servicio municipal de presión en el espaciopuerto de Mercurio. Mi cabeza hervía con datos acerca de sensores de pérdidas de presión con cinco circuitos de seguridad, cerraduras autosellantes, y planes de emergencia para reventones. Estoy seguro de que tenemos todo eso, y tan bueno como puedan tenerlo en la Luna. Pero lo mejor que se puede hacer cuando los reventones se producen un centenar de veces al día es conseguir un 99% de factor de seguridad. Jubilosa se echó a reír cuando le expuse esa cifra. Indicó una que tenía quince decimales, todos ellos nueves. Aquél era el factor de seguridad en la Luna.

Pude ver la razón principal por la cual no necesitábamos ese tipo de seguridad, allí en las manos del cirujano. Había abierto su pecho y extirpado su pulmón izquierdo, y ahora estaba colocando el generador del traje en la cavidad. Se parecía enormemente al pulmón que había extraído, excepto en que estaba hecho de metal y tenía un acabado como de espejo. Lo unió a su tráquea y a las terminaciones de sus

arterias pulmonares e hizo algunos ajustes. Luego la cerró y aplicó selladora somática a las incisiones. Al cabo de treinta minutos podría levantarse, completamente repuesta. La única señal de la operación sería el botón dorado de la válvula de admisión situado bajo su clavícula izquierda. Y si la presión descendía un par de milibares al instante siguiente, se vería rodeada por el campo de fuerza que constituye el traje mercuriano. Estaría más protegida de lo que nunca lo había estado en su vida, incluso en las madrigueras de la Luna, que ella proclamaba tan seguras.

El cirujano hizo los ajustes en el cerebro de mi traje mientras Jubilosa seguía recuperándose. Luego instaló los accesorios en ella; el voder del tamaño de un guisante en su garganta, de modo que pudiera hablar sin necesidad de inhalar ni exhalar, y los receptores de radio binaurales en sus oídos medios. Luego desconectó la toma del ordenador, y ella se sentó. Pareció un poco más amistosa. Una hora de neutralización sensorial tiende a hacer que uno se sienta más abierto y relajado cuando vuelve. Empezó a ponerse de nuevo su túnica lunática.

—Vas a asarte de calor cuando salgas fuera —señalé.

—Oh, claro. Creo que esperaba salir por un túnel. Pero no tenéis demasiados túneles aquí, ¿no?

«No podéis mantenerlos presurizados, ¿verdad?»

Realmente, empezaba a sentirme a la defensiva acerca de nuestra ingeniería.

—El principal problema que tendrás será el habituarte a no respirar. Estábamos en la entrada oeste, mirando a través de la cortina de fuerza que nos separaba del exterior. Había una brisa cálida que pasaba a través de la cortina, como siempre en verano. Era ocasionada por el calentamiento del aire en las proximidades de la cortina debido a las longitudes de onda de la luz que se dejan pasar a través de ella para poder ver el exterior. Estábamos al inicio del verano retrógrado, cuando el Sol regresa al cenit y nos lanza una cantidad triple de intensa luz y radiación. Puerto Mercurio se halla en uno de los puntos cálidos, donde el movimiento retrógrado del Sol coincide con el mediodía solar. Así, aunque la cortina de fuerza lo filtraba todo excepto una pequeña ventana de luz visible, lo que cruzaba a través de ella poseía unos altos índices de energía.

—¿Hay algún truco especial que yo deba conocer?

Tengo que admitir algo en su favor: no era estúpida, sino simplemente demasiado crítica. Cuando se trataba de la forma de operar su traje, estaba dispuesta a aceptar absolutamente que el experto era yo.

—No exactamente. Dentro de unos minutos sentirás unas abrumadoras ansias de inspirar profundamente, pero se trata de un efecto psicológico. Tu sangre estará oxigenada. Sólo que tu cerebro no estará de acuerdo con ello. Pero lo superarás. Y no intentes respirar mientras hablas. Limitate a subvocalizar, y la radio en tu garganta hará el resto.

Pensé en ello, y decidí concederle un consejo suplementario, gratuito.

—Si tienes la costumbre de hablar para ti misma, será mejor que intentes olvidarlo. Tu voder captará lo que murmures, en ocasiones incluso lo que pienses demasiado intensamente. Ya sabes, la garganta se mueve a veces inconscientemente cuando haces eso. Puede resultar embarazoso.

Me sonrió, la primera vez que lo hacía. Descubrí que me caía bien. Siempre lo había deseado, pero aquélla era la primera oportunidad que ella me concedía.

—Gracias. Lo recordaré. ¿Nos vamos?

Salí el primero. No sientes absolutamente nada cuando franqueas una cortina de fuerza. No puedes cruzarla en absoluto a menos que lleves instalado un traje generador, pero con uno de ellos conectado, el campo simplemente contornea tu cuerpo cuando lo cruzas. Me volví, y no pude ver nada excepto un espejo perfectamente plano, perfectamente reflexivo. De pronto se hinchó mientras observaba, adoptando la forma de una mujer desnuda, y la hinchazón se desprendió

de la cortina. Lo que quedó fue una Jubilosa plateada. El traje generador hace que el campo siga los contornos de tu cuerpo, pero con un milímetro o un milímetro y medio de separación con respecto a la piel. Oscila entre esos límites, y el cambio volumétrico crea un efecto de succión que obliga al anhídrido carbónico a salir por la válvula de admisión. Así, en una sola operación, expelas los gases residuales y te refrigeras. El campo es perfectamente reflectante excepto por dos discontinuidades del tamaño de la pupila que siguen los movimientos de los ojos y permiten que penetre la luz suficiente para que puedas ver, pero no lo bastante como para cegarte.

—¿Qué ocurre si abro la boca? —balbuceó Jubilosa.

Toma un cierto tiempo adquirir la habilidad de subvocalizar claramente.

—Nada. El campo se extiende sobre la boca, del mismo modo que lo hace sobre los orificios de la nariz. No entrará en tu garganta.

Unos minutos más tarde:

—Siento deseos de respirar. —Se dominó—. ¿Por qué hace tanto calor?

—Porque, incluso al máximo de su eficacia, el traje no expulsa el suficiente anhídrido carbónico como para enfriarte por debajo de los treinta grados. Por eso vas a sudar un poco.

—Tengo la impresión de que la temperatura es de treinta y cinco o cuarenta.

—Debe de ser tu imaginación. Puedes modificar el reglaje actuando sobre la boquilla de la válvula de aire, pero eso significa que el tanque dejará escapar algo de oxígeno al mismo tiempo que el anhídrido carbónico, y nunca puedes saber cuándo vas a necesitarlo.

—¿De cuánta reserva dispongo?

—Llevas encima una autonomía de cuarenta y ocho horas. Puesto que el traje envía el oxígeno directamente a la sangre, podemos utilizar casi el noventa y cinco por ciento de él, en vez de arrojar la mayor parte en el proceso de refrigeración, como hacen vuestros trajes lunáticos.

No pude resistirme, tenía que decirlo.

—La palabra es «lunarianos» —dijo ella fríamente. Oh, está bien. No tenía idea de que el término fuera despectivo—. Creo que sacrificaré algo de margen en bien de la comodidad —añadió—. Ya me siento bastante mal con esta gravedad, sin tener que cocerme en mi propio sudor.

—Tú mandas. Tú eres la experta en ambiente. Se me quedó mirando, pero no creo que estuviera acostumbrada a leer expresiones en un rostro reflectante. Giró la boquilla que surgía por encima de su pecho izquierdo, y la emisión de vapor que se escapaba de ella se incrementó.

—Eso debería hacer bajar tu temperatura a veinte grados, y dejarte con unas treinta horas de oxígeno. Eso es bajo condiciones ideales, por supuesto, permaneciendo sentada y manteniéndote inmóvil. Cuanto más ejercicio hagas, más oxígeno gastará el traje para mantener baja la temperatura.

Se puso las manos en las caderas.

—Timothy, ¿estás diciendo que no debería refrigerarme? Haré lo que tú me digas.

—No, creo que todo irá bien así. Es un viaje de treinta minutos hasta mi casa. Y lo que has dicho acerca de la gravedad es algo que hay que tener en cuenta; probablemente necesites ese alivio. Pero podríamos llegar a un acuerdo en un término medio; creo que veinticinco grados es un compromiso razonable.

Reajustó la válvula sin una palabra.

Jubilosa pensó que era estúpido tener una cinta rodante para el tráfico que funcionaba en secciones de dos kilómetros. Se quejó las primeras tres o cuatro veces que llegamos al final de una y tuvimos que cambiar a otra. Se calló cuando llegamos a una sección que había quedado inutilizada por una sacudida. Tuvimos que caminar un poco de una sección a otra por la acera provisional, mientras

contemplaba al equipo que estaba trabajando para tender un puente sobre la fisura de veinte metros que se había abierto bajo la antigua.

Sólo sufrimos una sacudida en nuestro camino hasta casa. No tuvo excesiva importancia, tan sólo tuvimos que saltar un poco para mantener el equilibrio. A Jubilosa no pareció gustarle demasiado, sin embargo. Yo ni siquiera me hubiera dado cuenta, de no ser porque ella lanzó un chillido cuando se inició.

Por aquel entonces nuestra casa estaba situada en la cima de una colina. La habíamos trasladado allí después de la gran sacudida que, haría siete años oscuros, había hecho desmoronarse la empinada ladera donde acostumbrábamos a vivir. Me había quedado enterrado allí durante diez horas. Fue la primera vez que tuve que cavar para salir de un sitio. A los mercurianos no les gusta vivir en valles. Tienen tendencia a llenarse con escombros durante los grandes temblores. Si vives en la cima de una elevación, tienes más posibilidades de hallarte en la parte superior de los escombros cuando ésta se desmorone. Además, tanto a mi madre como a mí nos gustaba la vista.

A Jubilosa también le gustó. Hizo su primer comentario sobre el paisaje mientras permanecíamos de pie delante de la casa y mirábamos hacia el valle que acabábamos de cruzar. Puerto Mercurio dominaba la otra ladera, a treinta kilómetros de distancia. Desde tan lejos solamente podías distinguir la forma hemisférica de los edificios más grandes.

Pero Jubilosa estaba más interesada en las montañas que había detrás de nosotros. Señaló hacia una resplandeciente nube violeta que surgía desde detrás de una de las colinas y me preguntó qué era.

—Es la gruta de azogue. Siempre tiene ese aspecto al inicio del verano retrógrado. Te llevaré allí más tarde. Creo que te gustará.

Dorothy acudió a darnos la bienvenida apenas cruzamos la pared.

No lograba adivinar qué era lo que estaba preocupando a mamá. Parecía muy feliz de ver a Jubilosa después de diecisiete años. No dejó de decir tonterías acerca de cuánto había crecido y de cuán hermosa estaba. Nos hizo colocar el uno al lado del otro, y señaló cuán parecidos éramos. Era cierto, por supuesto, ya que éramos genéticamente idénticos. Ella era cinco centímetros más alta que yo, pero perdería esa ventaja después de unos cuantos meses bajo la gravedad de Mercurio.

—Tiene exactamente el mismo aspecto que tenías tú hace dos años, antes de tu último Cambio —me dijo.

Eso no era completamente cierto; yo no había alcanzado la madurez sexual la última vez que fui una mujer. Sin embargo, en esencia tenía razón. Tanto Jubilosa como yo éramos genotípicamente masculinos, pero mamá había hecho cambiar mi sexo cuando llegué por primera vez a Mercurio, es decir a los pocos meses de edad. Pasé los primeros quince años de mi vida siendo mujer. Estaba pensando en volver a Cambiar, pero no tenía ninguna prisa por hacerlo.

—Tú también te ves muy bien, Rutilante —dijo Jubilosa.

Mamá frunció el ceño por un instante.

—Ahora me llamo Dorothy, cariño. Cambié mi nombre cuando nos trasladamos aquí. Aquí en Mercurio utilizamos los nombres de la Vieja Tierra.

—Lo siento, lo olvidé. Mi madre siempre acostumbraba a llamarte Rutilante cuando hablaba de ti. Antes que ella, quiero decir, antes que yo... Hubo un silencio incómodo. Tuve la sensación de que me estaban ocultando algo y agucé el oído. Tenía muchas esperanzas de aprender algunas cosas de Jubilosa, cosas que Dorothy nunca me había dicho, no importaba cuánto le insistiera. Al menos sabía dónde empezar a pinchar a Jubilosa.

Por aquel entonces era para mí un hecho frustrante el saber tan poco acerca del misterio que rodeaba el porqué yo había crecido en Mercurio en vez de en la Luna, y el porqué tenía una hermana clónica. Tener un gemelo clónico ya era una *rareza* tan

grande como para que resultara inevitable que yo intentara averiguar cómo se había producido. No era algo socialmente execrable, como tener un auténtico hermano, o algo tan escandaloso como eso. Pero muy pronto aprendí a no mencionárselo a mis amigos. Deseaban saber cómo había ocurrido, cómo mi madre había conseguido saltarse las leyes que prohíben esa injusta preferencia. «Una persona, un hijo»; ésa es la primera lección moral que aprende todo niño, incluso antes del «No matarás». Mamá no estaba en la cárcel, así que debía de tratarse de algo legal. Pero ¿cómo? ¿Y por qué? Ella no hablaba; sin embargo, quizá Jubilosa lo hiciera.

La comida transcurrió en un tenso silencio, interrumpido por torpes intentos de conversación. Jubilosa estaba sufriendo un *shock* cultural y un ataque de nervios. Podía comprenderlo, mirando a mi alrededor con sus ojos. Los lunáticos —perdón, los lunarianos— viven toda su vida en madrigueras debajo de la roca, y necesitan la presencia de paredes sólidas y sustanciales a su alrededor. No salen mucho al exterior. Cuando lo hacen, van envueltos en una especie de capullos de acero y plástico que pueden sentir constantemente a su alrededor, y miran al exterior a través de una mirilla. Jubilosa se sentía terriblemente expuesta e intentaba mostrarse valiente al respecto. Cuando te hallas en el interior de una casa que es una burbuja de fuerza, es como si te encontraras sentado en una plataforma plana bajo el llameante Sol. La burbuja resulta invisible desde el interior.

Cuando comprendí qué era lo que la estaba preocupando, conecté la polarización. Ahora la burbuja pareció como cristal teñido.

—Oh, no necesitabas hacerlo —dijo ella, animosamente—. Tengo que acostumbrarme a ello. Sólo que me gustaría que en algún sitio tuvierais paredes hacia las cuales poder mirar.

Resultaba más evidente que nunca que algo trastornaba a Dorothy. Ni siquiera se había dado cuenta de la intranquilidad de Jubilosa, y eso no era propio de ella. Hubiera debido instalar algunas cortinas para dar a nuestra huésped una cierta sensación de cerrado.

Saqué algunas cosas en limpio de la intermitente conversación que mantuvimos en la mesa. Jubilosa se había divorciado de su madre cuando tenía diez años-T, una edad absolutamente extraordinaria. Los únicos motivos de divorcio a esa edad son cosas realmente increíbles, como la locura o el ardiente celo religioso. Yo no sabía mucho acerca de la madre adoptiva de Jubilosa —ni siquiera su nombre—, pero sabía que ella y Dorothy habían sido buenas amigas allá en la Luna. En cierto modo, la cuestión del cómo y el porqué Dorothy había abandonado a su auténtica hija llevándose a mí, su hijo clonado, a Mercurio, estaba relacionada con esa amistad.

—Desde que puedo recordar, nunca estuvimos muy unidas —estaba diciendo Jubilosa—. Me contaba cosas alocadas, cosas que no concordaban las unas con las otras. No puedo explicarlo realmente, pero el tribunal estuvo de acuerdo conmigo. Claro que ayudó el que yo tuviera un buen abogado.

—Quizá influyeran vuestras poco habituales relaciones —dije, intentando ayudar—. Ya sabes lo que quiero decir. No es lo mismo ser criada por una madre adoptiva que por tu propia madre.

Aquella observación fue recibida con un silencio tan glacial que me pregunté si no debería mantener la boca cerrada durante todo el resto de la comida. Hubo intercambio de miradas significativas.

—Sí, puede que eso influyera. De todos modos, a los tres años de que vosotros os marcharais a Mercurio, supe que no podría seguir soportándolo. Debería haberme ido con vosotros. Era solamente una niña, pero incluso entonces deseé haberme ido con vosotros.

Miró implorante a Dorothy, que estaba estudiando la mesa. Jubilosa había dejado de comer.

—Quizá será mejor que no sigamos hablando de ello —añadió.

Para mi sorpresa, Dorothy estuvo de acuerdo. Aquello me hizo verlo todo claro. No deseaban hablar de ello porque estaban ocultándome algo.

Jubilosa durmió un poco después de comer. Dijo que deseaba ir a la gruta conmigo, pero que tenía que descansar de la gravedad. Mientras dormía intenté una vez más hacer que Dorothy me contara toda la historia de su vida en la Luna.

—Pero ¿por qué yo estoy vivo? Dices que abandonaste a Jubilosa, tu propia hija de tres años, con una amiga que se haría cargo de *ella* en la Luna. ¿Quiere eso decir que no deseabas llevarla contigo?

Me miró cansadamente. Ya habíamos hablado de aquello antes.

—Timmy, eres un adulto ahora, y lo eres desde hace tres años. Te he dicho que eres libre de marcharte si lo deseas. Pronto lo harás, de todos modos. Pero no voy a ir más allá en esta conversación.

—Mamá, sabes que no puedo insistir. Pero ¿no sientes suficiente respeto hacia mí como para dejar de endosarme esa historia? Tiene que haber más detrás de eso,

—¡Sí! Sí, hay más detrás de eso. Pero prefiero dejarlo reposar en el pasado. Es un asunto íntimo de mi vida. ¿No sientes suficiente respeto hacia mí como para dejar de atormentarme con ello?

Nunca la había visto tan trastornada. Se puso en pie, cruzó la pared y descendió la colina. A medio descenso, echó a correr.

Hice ademán de seguirla, pero regresé tras dar unos pocos pasos. No hubiera sabido decirle nada que no hubiera sido dicho antes.

Nos dirigimos a la gruta en pequeñas etapas. Jubilosa se sentía mucho mejor después de su descanso, pero seguía teniendo problemas con algunas de las escarpadas pendientes.

Yo no había estado en la gruta desde hacía cuatro años luminosos, y no había jugado en ella desde hacía mucho más que eso. Pero seguía siendo un lugar popular entre los chicos. Había docenas de ellos.

Nos detuvimos en un estrecho reborde que dominaba el estanque de azogue, y esta vez Jubilosa se sintió realmente impresionada. El estanque de azogue se halla al fondo de una estrecha garganta que quedó bloqueada hace mucho tiempo por un terremoto. Un lado de la garganta está permanentemente en sombras, debido a que se halla de cara al norte y el Sol nunca llega tan alto en nuestras latitudes. En el fondo de la garganta está el estanque, de veinte metros de ancho, cien de largo y aproximadamente unos cinco de hondo. Creemos que ésa es su profundidad, pero intenten sondear un estanque de mercurio. Un buen peso se hunde a su través como lo haría en espesa *melaza*, y casi cualquier otra cosa se limita a flotar. Los chicos habían puesto una piedra de buen tamaño en su centro, y la estaban utilizando como si fuera un bote.

Todo eso estaba muy bien, pero nos hallábamos en el verano retrógrado, y la temperatura estaba ascendiendo hacia el máximo. Así que el mercurio se estaba acercando a su punto de ebullición, y toda la zona se hallaba llena de vapor. Cuando el flujo de electrones del Sol pasaba a través del vapor, lo iluminaba, parpadeando y torbellineando en una fantasmagórica tormenta índigo. El nivel estaba bajo, pero nunca se vaporizaría en su totalidad, porque seguía condensándose en la pared oscura de la garganta y volvía a caer al estanque.

—¿De dónde procede? —preguntó Jubilosa, cuando se hubo recobrado de la impresión.

—Parte de él es natural, pero la mayoría procede de las fábricas del puerto. Es un subproducto de algunos de los procesos de fusión para el que no se encuentra ningún uso, así que es dejado libre en el entorno. Es demasiado pesado como para alejarse mucho, de modo que durante el año oscuro se condensa en los valles. Éste es especialmente adecuado para recogerlo. Yo acostumbraba a jugar aquí cuando era más joven.

Estaba impresionada. No había nada como aquello en la Luna. Por lo que yo había oído, la Luna era absolutamente monótona en el exterior. Nada se mueve allí durante miles de millones de años.

—Nunca había visto nada tan hermoso. Pero ¿qué hacéis en él? Seguramente debe de ser demasiado denso para nadar.

—Desde luego, así es. Todo lo que puedes hacer es forzar la mano hundiéndola hasta medio metro en él. Si puedes mantener el equilibrio, conseguirás permanecer de pie sobre él y hundirte unos quince centímetros como máximo. Pero eso no quiere decir que no puedas nadar, puedes nadar sobre él. Bajemos, te lo demostraré.

Ella estaba mirando aún con la boca abierta la nube ionizada, pero me siguió. Esa nube puede hipnotizarle a uno. Al principio crees que es púrpura; luego empiezas a ver otros colores por el rabillo del ojo. Nunca puedes verlos enteramente, son demasiado débiles. Pero están ahí. Son causados por las impurezas locales de otros gases.

Tengo entendido que antes la gente fabricaba luces que utilizaban gases ionizados: neón, argón, mercurio, y otros parecidos. Caminar descendiendo por la garganta de azogue es exactamente como caminar hacia el resplandor de una de esas viejas luces.

A medio camino del descenso, Jubilosa resbaló. El campo de su traje se puso rígido con el primer impacto cuando ella aterrizó sobre sus posaderas y empezó a deslizarse. Era una estatua rígida en el momento en que cayó al estanque, congelada en una absurda postura intentando detener su caída. Se deslizó por la superficie del estanque y se detuvo finalmente de espaldas. Yo me zambullí a la superficie del estanque y fui llevado fácilmente todo el camino hasta ella. Estaba intentando ponerse en pie y dándose cuenta de que era imposible. Entonces se echó a reír, comprendiendo que su aspecto debía de ser ridículo.

—No hay forma de mantenerte en pie aquí. Mira, así es como tienes que *avanzar*.

*Me eché boca abajo y empecé a mover los brazos como si nadara. Hay que empezar tendiéndolos frente a ti, y luego llevarlos hacia los lados con un largo movimiento circular. Cuanto más fuertes los hundas en el mercurio, más rápido avanzarás. Y seguirás avanzando hasta que claves los dedos en él. El estanque carece de fricción.*

Muy pronto ella estaba nadando a mi lado, disfrutando enormemente. Bueno, yo también. ¿Por qué dejamos de hacer tantas cosas divertidas cuando crecemos? No hay nada en el sistema solar como nadar en mercurio. Volvía a mí el puro placer de deslizarse por la superficie brillante como un espejo, hendiéndola con el mentón. Con los ojos justo por encima de la superficie, la sensación de velocidad es algo tremendo.

Algunos de los chicos estaban jugando a hockey. Deseaba unirme a ellos, pero pude ver por la forma en que nos miraron que nos consideraban demasiado mayores, de modo que no teníamos nada que hacer allí. Bueno, no importaba. Me lo estaba pasando muy bien nadando.

Al cabo de unas cuantas horas, Jubilosa dijo que deseaba descansar. Le mostré cómo podía hacerlo sin salir del estanque, formando un trípode, sentada con los pies muy separados. Es la única otra posición además de tendido. Cualquier otra posición hace que tu soporte se deslice de debajo de ti. Jubilosa se contentó con permanecer tendida.

—No me canso nunca de contemplar directamente al Sol —dijo—. Estoy empezando a pensar que es probable que tengáis aquí el mejor sistema. Con vuestros trajes internos, quiero decir.

—He pensado acerca de eso. Vosotros los lunát..., los lunarianos, no pasáis en la superficie el tiempo suficiente como para considerar necesario el traje de fuerza.

Traería muchos trastornos y gastos, especialmente para los niños. No creerías lo que cuesta mantener el traje de un niño. Dorothy no acabará de pagar sus deudas hasta dentro de veinte años.

—Sí, pero valdría la pena. Oh, entiendo que tienes razón en que costaría un montón, pero yo ya he terminado mi crecimiento. ¿Cuánto tiempo dura un traje? — Deben ser reemplazados cada dos o tres años.

Tomé un puñado de mercurio y lo dejé gotear por entre mis dedos y sobre su pecho. Intentaba pensar en una forma indirecta de conseguir que me hablara acerca de Dorothy y de lo que Jubilosa sabía de ella. Tras varios falsos comienzos, decidí abordarlo directamente, y le pregunté qué era lo que habían estado intentando no decir.

No picó el anzuelo.

—¿Qué hay en aquella caverna de allá? —preguntó, rodando sobre su barriga.

—Es la gruta.

—¿Qué hay dentro?

—Te lo mostraré si me contestas.

Me lanzó una mirada.

—No seas infantil, Timothy. Si tu madre desea que conozcas su vida en la Luna, ella te lo dirá. No es asunto mío.

—No seré infantil si dejas de tratarme como a un niño. Los dos somos adultos. Puedes decirme lo que quieras sin tener que preguntárselo a mi madre.

—Dejemos el tema.

—Eso es lo que me dice todo el mundo. De acuerdo, ve tú misma a la gruta.

Y eso fue precisamente lo que hizo. Me quedé sentado en el lago, mirando ceñudo hacia todos lados. No me gusta que me dejen en la oscuridad, y particularmente que mis familiares hablen a escondidas.

Me sentía un poco perplejo al darme cuenta de cuan importante se había vuelto para mí el descubrir la auténtica historia del viaje de Dorothy a Mercurio. Había vivido diecisiete años sin saberla, y eso no me había preocupado. Pero ahora que había pensado en las cosas que ella me había dicho cuando niño, veía que no tenían sentido. La llegada de Jubilosa me había hecho volver a examinarlas. ¿Por qué había dejado a Jubilosa en la Luna? ¿Por qué en vez de a ella se había llevado consigo a un niño clónico?

La gruta es una caverna al extremo de la garganta, con un arroyo de azogue fluyendo de su boca. El arroyo se mantiene durante todo el año luminoso, pero su caudal crece durante la época más cálida del verano. Es originado por el vapor de mercurio que se concentra en la cueva, donde se condensa y va resbalando por las paredes. Encontré a Jubilosa sentada en el centro de un charco, como en trance. El resplandor de la ionización parece mucho más brillante en la caverna que en el exterior, donde tiene que competir con la luz del Sol. Añadan a eso los miles de serpenteantes hilillos de mercurio que resbalan por las paredes arrojando reflejos, y tendrán un lugar en el que hay que entrar para crearlo.

—Escucha, lamento haberte importunado. Yo...

—Chissst.

Agitó las manos hacia mí. Estaba observando las gotas que caían del techo estrellarse sin formar ondas en los aislados charcos del suelo de la caverna. De modo que me senté a su lado y observé yo también.

—Creo que no me importaría vivir aquí —dijo ella, tras lo que debió de ser una hora.

—Creo que yo nunca he pensado realmente en vivir en ningún otro sitio.

Se volvió hacia mí, pero volvió de nuevo la vista hacia otro lado. Deseaba leer en mi rostro; sin embargo, todo lo que podía ver era el distorsionado reflejo del suyo propio.

—Pensaba que querías ser capitán de nave.

—Bueno, sí. Pero siempre volveré aquí.

Permanecí silencioso durante unos cuantos minutos, pensando en algo que últimamente me estaba preocupando cada vez más.

—De hecho —proseguí—, quizá me decida a seguir otra profesión.

—¿Por qué?

—Oh, supongo que mandar una espacionave ya no es lo que acostumbraba a ser. ¿Sabes lo que quiero decir?

Me miró de nuevo, esta vez intentando más intensamente ver en mi rostro.

—Quizá sí.

—Sé lo que estás pensando. Montones de chicos desean ser capitanes de nave. Luego, cuando crecen, se les pasa. Quizá sea eso lo que me ha ocurrido a mí. Pienso que nací un siglo demasiado tarde para lo que deseaba. Cada vez es más difícil encontrar en ninguna parte una nave cuyo capitán sea algo más que un mascarón de proa. El auténtico dueño de la nave es un conjunto de ordenadores. Ellos son quienes hacen todo el trabajo. El capitán ya ni siquiera puede contradecirles.

—No sabía que las cosas hubieran ido tan mal.

—Peor aún. Todas las líneas de pasajeros están utilizando ya naves totalmente automatizadas. Los trayectos a alta-g no utilizan otra cosa, basándose en la teoría de que, después de una docena de viajes a cinco-g, la tripulación ya no sirve para nada. Medité acerca de aquel triste hecho de nuestra moderna civilización: la edad romántica había desaparecido. El sistema solar había sido dominado. No había lugar para la aventura.

—Podrías ir a la zona cometaria —sugirió ella.

—Es lo único que me impulsa todavía a seguir el curso de piloto. Allí afuera no necesitas un ordenador para perseguir agujeros negros. El último año oscuro pensé en buscarme un trabajo para conseguirme un pasaje, tan desmoralizado me sentía. Pero voy a seguir un curso de piloto antes de irme.

—Eso es pensar con la cabeza.

—No lo sé. Se habla de suprimir los cursos de astrogación. Es posible que tenga que aprender por mí mismo.

—¿No crees que deberíamos irnos? Estoy empezando a tener hambre.

—No. Quedémonos aquí un poco más. Me gusta este lugar.

Estoy seguro de que llevábamos ya cinco horas allí, hablándonos muy poco. Yo le había preguntado acerca de su interés por la ingeniería ambiental, y había recibido una respuesta sorprendentemente franca. Esto era lo que tenía que decir acerca de la profesión que había elegido:

—Después de divorciarme de mi madre descubrí que me sentía interesada en crear lugares seguros donde vivir. No me sentía muy segura por aquel tiempo.

Más tarde encontró otras razones, pero admitió que era todavía un ansia de seguridad lo que la motivaba. Pensé en su extraña infancia. Era la única persona que yo conocía que no hubiera sido educada por su madre natural.

—Yo también pensé en abandonar el sistema —dijo, tras otro largo silencio—. Plutón, por ejemplo. Quizá nos encontremos por ahí afuera algún día.

—Es posible.

Hubo una ligera sacudida; no muy intensa, lo suficiente para estremecer los charcos de mercurio y hacer que Jubilosa estuviera dispuesta a marcharse. Estábamos dirigiéndonos hacia la salida sorteando los charcos cuando se produjo un largo y tembloroso estremecimiento, y el resplandor violeta desapareció. Fuimos separados bruscamente el uno del otro, y nos encontramos sumidos en una total oscuridad.

—¿Qué ha ocurrido?

Había un asomo de pánico en su voz.

—Parece como si hubiéramos quedado bloqueados dentro de la gruta. Debe de haberse producido un deslizamiento en la entrada. Quédate donde estás, te encontraré.

—¿Dónde estás tú? No puedo encontrarte. ¡Timothy!

—Tú no te muevas, y estaré a tu lado en un minuto. Tranquilízate, sólo tranquilízate, no hay por qué preocuparse. Nos sacarán en unas cuantas horas.

—Timothy, no puedo encontrarte, no puedo...

Una de sus manos me golpeó el rostro, luego se arrojó sobre mí. La abracé e intenté calmarla. Unas cuantas horas antes probablemente me hubiera burlado de su comportamiento, pero había empezado a comprenderla mejor. Además, a nadie le gusta verse enterrado vivo. Ni siquiera a mí. La mantuve abrazada hasta que se tranquilizó.

—Lo siento.

—No te disculpes, yo sentí lo mismo la primera vez. Me alegra que estés aquí. Sentirse enterrado solo es mucho peor que simplemente sentirse enterrado vivo. Ahora siéntate y haz lo que te diga. Gira tu válvula de admisión a tope hacia la izquierda. ¿Lo has hecho? Ahora estás utilizando el oxígeno en la menor proporción posible. Tenemos que mantenernos tan quietos como podamos, a fin de no aumentar demasiado nuestro calor.

—De acuerdo. ¿Y luego qué?

—Bueno..., ¿juegas al *ajedrez*?

—¿Qué? ¿Eso es todo? ¿No tenemos que lanzar una señal o algo así?

—Ya lo he hecho.

—¿Y qué ocurre si te encuentras enterrado en roca sólida y tu traje se pone rígido para impedir que seas aplastado? ¿Cómo lanzas entonces la señal?

—Se dispara automáticamente si el traje permanece rígido durante más de un minuto.

—Oh. De acuerdo. Peón a rey cuatro.

Dejamos el juego después del decimoquinto movimiento. No soy bueno visualizando el tablero, y aunque ella era excelente en este aspecto, estaba demasiado nerviosa para planificar su juego. Y yo también me estaba poniendo nervioso. Si la entrada estaba bloqueada tan sólo por cascotes, como había imaginado, deberían habernos sacado en menos de una hora. Tenía práctica estimando el tiempo en la oscuridad, y calculé que habían pasado dos horas desde la sacudida. Debía de haber sido más fuerte de lo que había supuesto al principio. Cabía la posibilidad de que transcurriera todo un día antes de que llegaran hasta nosotros. —Cuando me abrazaste me sorprendió poder tocarte. Quiero decir tu piel, no tu traje.

—Me di cuenta de tu sobresalto. Los trajes se funden. Cuando tú me tocas, es como si lleváramos un solo traje en vez de dos. Es algo muy práctico, a veces.

Nos hallábamos tendidos el uno junto al otro en un charco de mercurio, abrazados. Era algo reconfortante.

—Quieres decir... Entiendo. Puedes hacer el amor con el traje puesto. ¿Es eso lo que estabas diciendo?

—Deberías probarlo en un charco de mercurio. Es la mejor manera.

—Estamos en un charco de mercurio.

—Y no nos atrevemos a hacer el amor. Nos sobrecalentaría. Puede que necesitemos todas nuestras reservas.

Ella permanecía inmóvil, pero sentí sus manos tensarse a mi espalda.

—¿Estamos en problemas, Timothy?

—No, pero puede que tengamos que esperar mucho rato. Sentirás cada vez más sed. ¿Podrás soportarlo?

—Es una lástima que no podamos hacer el amor. Nos permitiría pensar en otras cosas.

—¿Puedes soportarlo?

—Puedo soportarlo.

—Timothy, no llené mi depósito antes de que abandonáramos la casa.

¿Representa eso alguna diferencia?

No creo que me tensara demasiado, pero me sentí terriblemente asustado. Pensé en ello, y no vi que pudiera importar demasiado. Ella había utilizado como máximo una hora de oxígeno yendo a la casa, incluso teniendo en cuenta su sobreconsumo para mantener baja su temperatura. Repentinamente, recordé lo fría que había sentido su piel cuando se abrazó a mí.

—Jubilosa, ¿llevabas tu traje ajustado al máximo de refrigeración cuando abandonaste la casa?

—No, pero lo puse por el camino. Sentía tanto calor... Estuve a punto de desmayarme por el esfuerzo.

—¿Y no lo bajaste hasta la sacudida?

—No.

Hice algunas estimaciones aproximadas, y no me gustaron los resultados. La hipótesis más pesimista indicaba que no le quedaban más de cinco horas de aire. En el exterior, quizá dispusiera de doce horas. Ella podía *realizar* los mismos sencillos cálculos aritméticos que acababa de hacer yo; era inútil intentar ocultárselo.

—Acércate a mí —dije.

Ella se mostró desconcertada, porque estábamos ya tan juntos como podíamos estar. Pero yo deseaba que nuestras válvulas de admisión entraran en contacto. Las uní, y aguardé tres segundos. —Ahora la presión de nuestros tanques está equilibrada.

—¿Por qué has hecho eso? Oh, no, Timothy, no debieras haberlo hecho. Ha sido culpa mía, no fui todo lo cuidadosa que hubiera debido.

—También lo he hecho por mí. ¿Cómo podría vivir conmigo mismo si tú murieras aquí y yo no pudiera salvarte? Piensa en eso.

—Timothy, responderé a cualquier pregunta que quieras hacerme acerca de tu madre.

Ésa fue la primera vez que me puso furioso. No me había puesto furioso con ella por no haber vuelto a llenar su depósito. Ni siquiera por lo de la refrigeración. Era más culpa mía que suya. Había hecho un chiste acerca de la refrigeración, en vez de decirle lo importante que era mantener siempre una reserva vital. Ella no me había tomado en serio, y ahora estábamos pagando mi broma. Había cometido el error de suponer que puesto que ella era una experta en seguridad lunar, podía cuidar de sí misma aquí. Pero ¿cómo podía hacerlo si no tenía una evaluación realista de los peligros?

Sin embargo, su oferta sonaba como un pago por el oxígeno, y nadie hace eso en Mercurio. En caso de apuro, el aire es siempre compartido libremente. No se aceptan agradecimientos.

—No creas que me debes nada. No es correcto.

—No es eso lo que te ofrezco. Si hemos de morir aquí, me parece una tontería seguir manteniendo secretos. ¿No es lógico?

—No. Si hemos de morir, ¿qué utilidad tiene revelármelos? ¿Qué bien me hará? Y eso no tiene sentido tampoco. No vamos a morir.

—Al menos sería algo con lo que pasar el tiempo.

Suspiré. En aquellos momentos, descubrir lo que había intentado saber de ella era lo menos importante del mundo.

—De acuerdo. Pregunta número uno: ¿por qué Dorothy te abandonó cuando vino aquí?

Una vez hube hecho la pregunta, la cuestión volvió a ser de pronto importante para mí.

—Porque ella no es nuestra madre. Yo me divorcié de nuestra madre cuando tenía diez años.

Me alcé, completamente desconcertado. —¿Dorothy no...? Entonces, ¿ella es... mi madre adoptiva? Durante todo este tiempo ha estado diciendo que era...

—No, no es tu madre adoptiva, no técnicamente. Es tu padre.

—¿Qué?

—Ella es tu padre.

—Pero ¿qué demonios...? ¿Mi padre? ¿Qué clase de juego estúpido es éste? ¿Quién demonios sabe nunca quién es su padre?

—Yo —dijo ella simplemente—. Y ahora, tú.

—Creo que será mejor que empieces por el principio.

Lo hizo; y tenía sentido, por extraño que pudiera parecer.

Dorothy y la madre de Jubilosa (¡mi madre!) habían sido miembros de una secta religiosa llamada de los Primeros Principios. Comprendí que tenían un montón de ideas extravagantes, pero la más extravagante de todas era una relacionada con algo llamado la «familia nuclear». No sé por qué la llamaban así, quizá porque fue inventada en la época en que la energía nuclear acababa de ser dominada. Consistía en una madre y un padre, ambos viviendo en la misma casa, y docenas de chicos.

Los de los Primeros Principios, sin embargo, no iban tan lejos; aceptaban la máxima de «Una persona, un hijo» —y menos mal que lo hacían, puesto que de otro modo hubieran sido linchados en vez de ser simplemente tolerados—, pero se aferraban a esa idea de los dos padres biológicos viviendo juntos para criar y educar a los dos hijos.

De modo que Dorothy y Resplandor (ése era el nombre de ella; allá en la Luna eran Rutilante y Resplandor) se «casaron», y Resplandor adoptó el papel femenino para el primer hijo. Lo concibió, lo alumbró, y lo llamó Jubilosa.

Luego las cosas empezaron a ir mal, como cualquier persona cuerda les hubiera dicho desde un principio que ocurriría. No sé mucho de historia, pero conozco algo respecto a cómo iban las cosas allá en la Vieja Tierra. Hombres matando a sus esposas, mujeres matando a sus maridos, padres golpeando a sus hijos, guerras, hambre..., todas esas cosas. No sé mucho acerca de los resultados de la familia nuclear, pero debía de ser duro «casarse» con alguien y descubrir cuando ya era demasiado tarde que no era la persona más adecuada. Y los más perjudicados eran, por supuesto, los hijos. No soy sociólogo, pero hasta ahí sí puedo llegar.

Su relación, aunque al principio pudiera ser rutilante y resplandeciente, fue degradándose progresivamente durante tres años. Hasta *alcanzar* el punto en el cual Rutilante no pudo ni siquiera compartir el mismo planeta con su esposa. Pero amaba a su hija, y había llegado a considerarla incluso como suya propia. Sin embargo, intenten decirle eso a un tribunal. La moderna jurisprudencia ni siquiera reconoce el concepto de paternidad, del mismo modo que no reconoce el derecho divino de los reyes. Rutilante no tenía ningún argumento legal al que agarrarse. La niña pertenecía a Resplandor.

Pero mi madre (mí madre adoptiva; aún no conseguía pensar en ella como en mi padre) halló una solución de compromiso. Era inútil lamentarse del hecho de que no podía llevarse a Jubilosa con ella. Tenía que aceptar ese hecho. No obstante, podía tomar una porción de ella. Ése era yo. De modo que se trasladó a Mercurio con el hijo clónico, cambió de sexo, y me crió hasta la pubertad sin decirme jamás una palabra de los Primeros Principios.

Yo iba tranquilizándome a medida que oía todo aquello, pero era ciertamente una revelación. Estaba lleno de preguntas, y durante cierto tiempo la supervivencia quedó olvidada.

—No, Dorothy ya no es miembro de esa Iglesia. Ésa fué una de las causas de la ruptura. Por lo que yo sé, Resplandor es hoy día el único miembro. La secta no duró mucho. Las parejas que formaban la Iglesia se rompieron muy pronto, tras múltiples disputas conyugales. Por eso los tribunales aceptaron mi divorcio; Resplandor quería a toda costa que yo adoptara su religión, y cuando les hablé de ello a mis amigos, todos se me rieron en la cara. Yo no deseaba convertirme a ella, ni siquiera a la edad de diez años, y le dije al tribunal que creía que mi madre estaba loca. El tribunal estuvo de acuerdo conmigo.

—De modo..., de modo que Dorothy aún no ha obtenido su hijo legal. ¿Crees que todavía puede obtenerlo? ¿Qué dice la ley al respecto?

—La ley es estereotipada al respecto, dice Dorothy. A los jueces podrá no gustarles, pero es su derecho inalienable, y no pueden negárselo. Ella consiguió el permiso de criarte debido a una laguna existente en la ley, puesto que se dirigía a Mercurio y por lo tanto no se hallaba bajo la jurisdicción de los tribunales lunares. Esa laguna fue cubierta poco después de que os fuerais. Así que tú y yo somos un caso absolutamente único. ¿Qué piensas de ello?

—No lo sé. Creo que preferiría tener una familia más normal. ¿Qué le diré a Dorothy ahora?

Me abrazó fuertemente, y la quise más por eso. Me sentía joven y solo. Aún no había acabado de captar por completo su historia, y temía cuál podía ser mi reacción una vez la hubiera digerido enteramente. —Yo en tu lugar no le diría nada. ¿Por qué ibas a hacerlo? Probablemente ella terminará contándotelo todo antes de que te marches a la zona cometaria; pero si no lo hace, ¿qué importa? ¿Acaso no ha sido una madre para tí? ¿Tienes algo de qué quejarte? El hecho biológico de la maternidad ¿es tan importante como todo eso? Creo que no. Creo que es más importante el amor, y puedo ver que ahí hay amor.

—¡Pero ella es mi padre! ¿Cómo encajo yo en todo eso?

—Ni lo intentes siquiera. Sospecho que en aquellos tiempos en que la paternidad era algo más que la simple inseminación, los padres amaban a sus hijos casi tanto como lo hacen las madres.

—Puede que tengas razón. Sí, creo que tienes razón.

Me abrazó más fuerte en la oscuridad.

—Por supuesto que tengo razón.

Tres horas más tarde se produjo un retumbo, y el resplandor violeta nos rodeó de nuevo.

Salimos a la luz cogidos de la mano. El equipo de rescate estaba allí para recibirnos, sonriéndonos y palmeándonos la espalda. Llenaron nuestros depósitos, y gozamos del lujo de malgastar oxígeno para eliminar el sudor.

—¿Ha sido muy fuerte? —pregunté al jefe del equipo de rescate.

—De mediana intensidad. Ustedes dos han sido los últimos en ser sacados. ¿Lo han pasado mal ahí dentro?

Miré a Jubilosa, que actuaba como si acabara de ser resucitada de entre los muertos, sonriendo como una loca. Pensé en todo lo que había pasado allí dentro.

—No —dije—. No ha habido ningún problema.

Trepamos por la rocosa pendiente, y miré hacia atrás. La sacudida había arrojado varias toneladas de roca sobre la garganta de azogue. Peor aún, la presa natural del extremo inferior había resultado destruida. La mayor parte del mercurio se había derramado al amplio valle que había más abajo. Resultaba claro que la gruta de azogue nunca volvería a ser el lugar mágico que había sido en mi juventud. Era

lamentable. Se trataba de un lugar al que había querido mucho, y parecía como si allí estuviera dejando muchas cosas tras de mí.

Le di la espalda, y eché a andar hacia la casa y hacia Dorothy.

## EL PASO DEL AGUJERO NEGRO

Jordán alzó la vista del registro de las transmisiones diarias y observó irritado que Treemonisha estaba tendida con las piernas medio enterradas en la consola del ordenador. No podía decir por qué aquello le irritaba tanto, pero le irritaba. Se dirigió hacia ella y le dio una patada en la cara para llamar su atención; su pie la atravesó como si ella no estuviera allí, y realmente no estaba. Aguardó, agitando el pie, para que ella lo viera.

Veinte segundos más tarde ella se sobresaltó, luego pareció avergonzada.

—Has parpadeado —exultó Jordán—. Has parpadeado. Me debes otros cinco dólares.

Aguardó de nuevo, ni siquiera consciente de que aguardaba. Tras un año en la estación, había alcanzado el punto en el cual su mente simplemente prescindía de los veinte segundos de lapso temporal. Teniendo en cuenta el frenético ritmo de la vida en la estación, había pocas probabilidades de perderse nada.

—De acuerdo, he parpadeado. Empiezo a sentirme cansada de ese juego. Además, todo lo que haces es liquidar tus viejas deudas. Me debes... cuatrocientos cincuenta y cinco dólares ahora, en vez de cuatrocientos sesenta.

—Bien que te gustaba cuando ibas ganando—señaló él—. ¿Cómo si no hubieras podido sacarme tal cantidad de dinero, con mis reflejos?

(Pausa.)

—Creo que los totales muestran quién tiene los reflejos más rápidos —objetó ella—. Pero te dije hace una semana que no me gustaba ser molestada cuando estoy leyendo. Agitó su similibro, marcando el punto con el pulgar.

—Oh, escúchenla. Indicándome lo que no le gusta, cuando está despatarrada en mi ordenador. Sabes que eso hace que me suba por las paredes.

(Pausa.) Ella bajó la vista a la zona donde su cuerpo se desvanecía en uno de los lados del ordenador, pero en vez de pedir disculpas se enfureció.

—Bien, ¿y qué? Nunca he oído tantas tonterías; tener que caminar todo el tiempo por los sitios marcados con tiza en el suelo para no fundirme con tu precioso mobiliario. ¿Quién ha oído hablar nunca de tales...?

Se dio cuenta de que se estaba repitiendo. No era buena en las invectivas acaloradas, pero había ido mejorando con la práctica en las últimas semanas. Se puso en pie, saliendo del ordenador, y se quedó mirando con ojos llameantes a Jordán, o mejor dicho al lugar donde él había estado hacía unos instantes.

Jordán había examinado rápidamente su suelo y había observado una zona señalada con cinta adhesiva negra. Caminó hasta ella y se detuvo encima de las marcas; aguardó con los brazos cruzados, y un rictus beligerante en el rostro.

—¿Qué me dices de esto? ¿Te gusta? —le escupió—. He sido muy escrupuloso evitando los objetos de tu casa. Marcas de tiza, por supuesto. Si utilizaras cinta adhesiva como te dije, no estarías borrándolas todo el tiempo con tu gordo culo.

Pero ella se había echado a reír cuando sus ojos lo siguieron hasta el lugar donde estaba ahora de pie; muy pronto perdió el control de su hilaridad. Se dobló sobre sí misma, y estuvo a punto de caer a causa de las carcajadas. Él bajó la vista y trató de recordar qué era lo que la cinta señalaba en casa de ella. ¿Acaso era allí donde ella tenía la taza del water?

Saltó rápidamente fuera de la invisible taza del water y preparó una observación mordaz, pero ella había dejado de reír. La observación acerca de su gordo culo había llegado hasta ella, y su respuesta había partido a la velocidad de la luz.

Mientras la escuchaba, se dio cuenta de que todo lo que pudiera decir era superfluo; ella estaba ya tan furiosa como podía estarlo. Así que se dirigió al

holovisor y pulsó un mando. La proyección que había estado hablando fue devuelta al tanque, para convertirse en una furiosa figura de diez centímetros, que agitaba los brazos hacia él.

Vio cómo la pequeña figurilla se lanzaba hacia su propio holovisor y pulsaba otro botón. El tanque quedó vacío. Justo antes de que desapareciera, notó con satisfacción que había perdido el punto del libro.

Entonces, en uno de los violentos cambios de humor que habían estado aterrorizándole recientemente, se sintió desolado por lo que había hecho. Sus manos temblaban cuando pulsó el botón de llamada, y sintió el sudor resbalar por su frente. Pero no hubo respuesta.

—Estupendo. Un solo vecino en quinientos millones de kilómetros, y lo único que sé hacer es pelearme con ella.

Se puso en pie e inició su búsqueda ritual de una forma de suicidarse que no fuera tan groseramente sangrienta como para ponerle enfermo. Una vez más, llegó a la conclusión de que no había nada en la estación que le permitiera conseguirlo.

—¿Por qué no pensaron en cosas así? —dijo irritado—. Nada de drogas, nada de gases venenosos, nada de nada. El maldito sistema de renovación de aire tiene tantos sistemas de seguridad que ni siquiera puedo elevar el índice de anhídrido carbónico, aunque mi vida dependiera de ello. Lo cual es cierto. Si no encuentro una forma indolora de matarme, eso va a conducirme al suicidio.

Se interrumpió, no sólo porque ya había recurrido antes a aquella forma de divagación retórica, sino porque no resultaba reconfortante oírse hablar a sí mismo. Sonaba demasiado como una persona al borde de la locura.

—¡Y lo estoy!

Se sintió un poco mejor tras admitir eso en voz alta. Sonaba como algo muy cuerdo. Se aferró a ese pensamiento, lo desarrolló firmemente hasta que empezó a parecer natural. Tras unos cuantos minutos de inspirar profundamente, sintió algo parecido a la calma. Con lentitud, pulsó el botón de llamada de nuevo, para descubrir que Treemonisha seguía sin estar en casa. Con lentitud, acumuló saliva y escupió contra el inocente holotanque, donde el salivazo quedó colgando obscenamente. Sonrió. Más tarde pediría disculpas, pero precisamente ahora el permanecer irritado le parecía el mejor camino.

Regresó a su escritorio y se sentó ante el resumen de ordenador de los tres billones de bits que habían sido recogidos por la Línea en las últimas veinticuatro horas. Era allí donde se ganaba su salario. Había además un incentivo adicional en la toma de conciencia de que Treemonisha aún no había empezado su examen de las opiniones diarias de su propio ordenador. Quizá pudiera adelantarse de nuevo a ella. Jordán Luna era el agente de la estación de la Línea Estelar, Inc., una de las dos firmas más importantes en el campo de las comunicaciones interestelares. Si cabe llamar «comunicación» a aquella escucha en una línea pasiva.

Vivía y trabajaba en la estación que había sido situada en una órbita circular lenta a trece mil millones de kilómetros del Sol. Era una zona solitaria; tenía la única virtud de hallarse exactamente en el centro del círculo de mayor fuerza de las señales procedentes de la Línea Ofiuca.

Casi todo lo que se sabía seguro acerca de los ofiuquitas era el hecho de que poseían un láser gigantesco en algún lugar de su sistema planetario, el 70 Ophiuchi. Aparte esto, que muy difícilmente podían ocultar, eran una raza poco comunicativa en extremo. Nunca habían mostrado nada voluntariamente acerca de sí mismos, y la civilización humana era demasiado mezquina como para preguntar. ¿Por qué construir a su vez un láser gigante, habían argumentado las compañías cuando les fue sugerido, si toda aquella interesante información fluía a través del espacio, libre y gratuitamente?

Jordán Luna había pensado siempre que aquella era una argumentación extremadamente interesante, pero a condición de darle la vuelta: ¿por qué los ofiuquitas se habían tomado la molestia de construir un láser gigante? ¿Qué ventaja le sacaban? Nadie tenía ni la más ligera idea, ni siquiera Jordán, que se consideraba una autoridad en cualquier cosa.

No estaba muy equivocado al respecto, y ése era su valor para la compañía.

Nadie había conseguido todavía tener éxito en conseguir judicialmente derechos de autor sobre la información recibida en la Línea. La opinión más generalizada era que se trataba de un recurso natural, como el vado, y disponible para todo el mundo que pudiera permitirse el mantenimiento de una estación en la zona cometaria. Los gastos de tal mantenimiento eran tremendos, pero las recompensas potenciales eran astronómicas. Había quince compañías dándose codazos por conseguir una parte del pastel, desde las gigantes como la Línea Estelar y la Línea Ltd., hasta varias independientes que pagaban a los cazadores de agujeros para que escucharan cuando se hallaban por las intermediaciones.

Pero el volumen de transmisiones era suficiente como para hacer que un presidente de consejo de administración se echara a llorar y desarrollara una úlcera. Y los alienígenas, con lo que la compañía pensaba que era una tosca desconsideración, insistían en sazonar los datos valiosos con quintillones de bits incoherentes que tanto podían ser poesía como pornografía, o recetas de cocina, o imágenes, o quién sabe el qué, que los ordenadores jamás habían sido capaces de desembrollar y que habían hecho que más de uno se volviera loco. El problema esencial era que el noventa y nueve por ciento de lo que los alienígenas consideraban que valía la pena enviar por la Línea era basura para los seres humanos. Pero ese uno por ciento...

... los Espaciotrajes Simbióticos, que habían hecho posible que la civilización humana habitara los Anillos de Saturno sin medios de apoyo visibles, aumentándose, respirando y obteniendo agua a través de un sorprendente circuito ecológico cerrado.

... el Rigor Parcial Gravitatorio, que había hecho posible detectar, perseguir y capturar agujeros negros cuánticos, domeñarlos y hacer que trabajaran para uno; por ejemplo, impulsando motores espaciales.

... la Manipulación Macromolecular, sin la cual la gente moriría tras sólo dos siglos de vida.

... el Campo Nulo y todas las cosas que había hecho posibles.

Ésas eran las cosas grandes y visibles que habían cambiado la vida humana de forma drástica, pero que no habían originado inmensas fortunas, precisamente porque eran demasiado grandes, de modo que se habían difundido con rapidez por toda la cultura debido a su aplicación universal. El auténtico negocio estaba en las cosas más pequeñas, patentables, como circuitos electrónicos, artilugios mecánicos, procesos químicos y juegos.

El trabajo de Jordán consistía en extraer esas pocas pepitas de oro de los océanos de parloteo o lo que fuera que arrojaba la Línea cada día. Y hacerlo antes que Treemonisha y sus demás competidores. Si era posible, descubrir cosas que Treemonisha hubiera dejado completamente de lado. Era ayudado por un ordenador que elegía y comparaba incansablemente, eliminando la basura más obvia antes de imprimir una larga lista de cosas que creía podían ser de interés.

Jordán repasaba esa lista cada día, señalando algunos datos y pensando en ellos. Tenía mucho sobre lo que pensar, y mucho para ayudarlo en ese pensamiento. Era un sintetista enciclopédico, un hombre con enormes cantidades de bits, y retazos de conocimiento humano mayores y menores, además de la habilidad de unirlos entre sí y ver cómo encajaban con los nuevos datos suministrados por la Línea. Cuando veía algo bueno, calentaba su gran láser y lo apuntaba directamente a Plutón. Todo lo demás —incluso las cosas que el ordenador había rechazado como

tonterías, puesto que uno nunca podía decir qué podían extraer de ello los monstruosos cerebros de la Luna tras un segundo o tercer escrutinio— era grabado en un disco del tamaño de una cagada de mosca, introducido en un pequeño transmisor y expedido en un cohete correo de cinco estadios y alta-g. Su puntería no tenía por qué ser tan buena como la de los ofiuquitas; pocos meses más tarde, el emisor del cohete entraría en funcionamiento cuando penetrara en el radio de acción de Plutón, y desgranaría su contenido en los dos minutos de contacto por radio con el gran disco.

—Me gustaría que su puntería fuera un poco mejor —refunfuñó para sí mismo mientras se inclinaba sobre la hoja de la impresora por cuarta vez.

Sabía que era una estupidez, pero sentía deseos de refunfuñar.

En el momento en que alcanzaba el Sol, el diámetro del rayo láser era de quinientos millones de kilómetros. El centro del rayo era dos veces la distancia de Plutón al Sol, una distancia que representaba aproximadamente veinte segundos de arco de 70 Ophiuchi. Pero ¿por qué apuntar al Sol? Nadie estaba escuchando allí. ¿Cuál debería ser el lugar lógico donde apuntar un mensaje láser?

Jordán era de la opinión de que la puntería de los ofiuquitas era mejor de lo que le atribuía el presidente de la compañía. Allá afuera había muy poco ruido que interfiriera en las transmisiones. Si hubieran dirigido el rayo hacia la parte del sistema solar donde era más probable encontrar planetas —donde podían encontrarse todos ellos—, la densidad de los gases expelidos por el Sol habría perturbado la recepción. Además, Jordán tenía la impresión de que, de todos modos, nada de la información hubiera sido de mucha utilidad a unos seres anclados a su planeta. Una vez la humanidad desarrolló los medios de alcanzar la zona cometaria y descubrió que los mensajes eran enviados a esa zona antes que a la Tierra, donde todo el mundo había esperado siempre recibirlos, se hallaba ya en condiciones de utilizar la información.

—Sabían lo que estaban haciendo, de acuerdo —murmuró.

Sin embargo, el pensamiento murió de inanición cuando algo hacia la mitad de la segunda página llamó su atención. Jordán nunca estaba seguro de lo que estaba viendo en los resúmenes. Quizá la mejor forma de hacer un guiso de cianuro, o consejos a los ofiuquitas enamorados. Pero podía descubrir cuándo algo podía tener interés para su propia especie. Era bueno en ese trabajo. Contempló los símbolos impresos allí, y decidió que podían tener alguna utilidad a alguna rama de la ingeniería genética.

Diez minutos más tarde, el ordenador había puesto en línea el láser y Jordán integraba en él la información. Las luces disminuyeron cuando a las baterías se les solicitó un importante porcentaje de su energía para lanzar tres impulsos espaciados, con cinco segundos de intervalo el uno del otro. Jordán bostezó y se rascó. Otro día de trabajo realizado; tiempo transcurrido, tres horas. Lo estaba haciendo bien... Aquello le dejaba veintiuna horas libres antes de tener que hacer algo más.

Oh, el tiempo de ocio.

Se acercó de nuevo al holotank y, con considerable nerviosismo, pulsó el botón de llamada. Tenía miedo de pensar en lo que podía hacer si Treemonisha tampoco contestaba esta vez.

—No tenías motivos para decir lo que dijiste —le acusó ella, apenas apareció en el tanque.

—Tienes toda la razón —admitió él rápidamente—. No tenía por qué decirlo, y además era falso. Tree, me estoy volviendo loco. No soy yo mismo. Fue un insulto infantil, y sabes que no tenía ninguna base.

Ella decidió que las disculpas eran suficientes. Tocó el botón de proyección y se reunió con él en la habitación. Tan hermosa, tan viva y tan ilusoria que él deseó echarse a llorar de nuevo. Jordán y Treemonisha eran los amantes más frustrados

del sistema. Nunca se habían visto en persona, pero habían pasado un año juntos en holo-proyección.

Jordán conocía cada centímetro del cuerpo de Treemonisha, cada poro, cada cabello. Cuando se sentían insoportablemente excitados, se tendían el uno junto al otro en el suelo y se miraban. Se desnudaban el uno para el otro, tomándose horas con cada prenda. Desarrollaban su fantasía sexual visual y auditiva hasta tal punto que habían creado su propio lenguaje privado. Se sentaban separados apenas por unos milímetros y se acariciaban con las manos, muy próximos el uno del otro, infinitamente cuidadosos de no tocarse y destruir así la ilusión. Se hablaban, diciéndose lo que harían cuando finalmente se reunieran en persona, luego se apartaban el uno del otro y se masturbaban hasta la insensibilidad.»

—¿Sabes? —dijo Treemonisha—, fuiste una mala elección para este trabajo. Tienes el aspecto de estar hecho una mierda, ¿te has dado cuenta? Me preocupas, este aislamiento es..., vaya, no resulta bueno para ti.

—Me está volviendo loco, ¿verdad?

La observó mientras ella se dirigía a una de las zonas señaladas en su suelo y se sentaba; cuando entró en contacto con la silla en su propia habitación, el holoprojector entró en acción y la hizo cobrar realidad en el mundo de Jordán. Llevaba una blusa de papel rojo, pero no se había puesto los pantalones, como un reproche, pensó él, y una forma de recordarle lo carente de base que había sido su sarcasmo. Alzó tres veces consecutivas su índice izquierdo. Aquello era la señal para una representación, *El Capitán Futuro y la Viuda Negra*, uno de los favoritos de él. Habían convenido aquel código de señales manuales cuando empezaron a hartarse de preguntarse mutuamente: «¿Deseas representar *Marco Antonio y Cleopatra*!», una de las favoritas de ella.

Jordán agitó negativamente la mano. Los juegos y las fantasías lo ponían nervioso. Estaba poniéndose nervioso con todo. Además, ella no llevaba el atuendo adecuado para la *Viuda Negra*.

—Me parece que estás equivocada —dijo—. Creo que fui una elección perfecta para este trabajo. ¿Sabes lo que hice después de que tú cortaras? Estuve buscando una forma de matarme.

Por una vez, fue consciente de la pausa. Ella permaneció sentada allí en su silla, la boca ligeramente abierta, los ojos desenfocados, con el aspecto de alguien que estuviera babeando. Al principio ambos se habían sentido fascinados con el proceso mediante el cual sus mentes suspendían su operatividad durante el lapso de tiempo que formaba parte de sus vidas. Él se había burlado de ella por el aire estúpido que adoptaba mientras aguardaba a que sus palabras la alcanzaran. Luego, en una ocasión, se había visto a sí mismo durante uno de esos lapsos y se había dado cuenta de que él también tenía el aire de un imbécil. Después de aquello, había dejado de referirse al asunto.

Ella se sobresaltó y volvió de nuevo a la vida, como un robot humanoide que acabara de ser activado.

—¡Jordán! ¿Por qué hiciste eso?

Se levantó a medias de su silla en un gesto reflejo de consuelo; luego se reprimió antes de cometer el terrible error de intentar tocarle.

—El problema es que no lo hice. Lo intento de tanto en tanto. He descubierto nueve docenas de formas de matarme. No es difícil de hacer, estoy seguro de que puedes darte cuenta de ello. Pero entiéndelo, me midieron a la perfección. Saben exactamente de lo que soy capaz, así como lo que nunca podré hacer. Si pudiera matarme sin dolor, lo habría hecho hace tres meses, cuando empecé a buscar un sistema. Pero la forma menos dolorosa que he conseguido elaborar implica descompresión explosiva. No tengo los arrestos necesarios para hacerlo.

—Pero seguro que has pensado en... Bueno, no importa.

—¿Quieres decir que tú has imaginado un sistema?

No sabía qué pensar. Durante mucho tiempo había sido consciente de que ella era mejor sintetista que él; las cifras de producción y algunas acaloradas comunicaciones que había recibido de la oficina madre lo probaban. Ella podía reunir nada y nada y llegar a conclusiones que a Jordán le sorprendían. Y lo que era más, sus soluciones funcionaban. Raramente enviaba algo por el láser que no diera frutos, y a menudo veía cosas que él había pasado por alto.

—Quizá sí —dijo ella, elusiva—; pero aunque lo haya hecho, no pensarás que voy a contártelo después de lo que acabas de decirme... Jordán, no quiero que te mates. No es justo. No hasta que podamos reunirnos y tengas la oportunidad de convertir en realidad todas tus fanfarronadas. Después de eso, bueno, quizá tengas que matarte realmente.

Él sonrió ante aquello, y se sintió agradecido de que ella se tomara las cosas a la ligera. Realmente había fanfarroneado al describir las delicias que ella iba a experimentar apenas se encontraran en carne y hueso.

—Dame alguna pista —la instó—. Seguro que tiene algo que ver con los sistemas vitales, ¿verdad? Es razonable que, si consigues excluir las máquinas médicas, nadie pueda impedirte tomar una dosis de cianuro. Veamos, quizá valga la pena echarle una ojeada más de cerca a ese sistema de renovación de aire. Es razonable que si pudiera aumentar el índice de anhídrido carbónico, si pudiera simplemente...

—¡No! —estalló ella; luego escuchó el resto de su afirmación—. No imagines nada. No conozco ningún sistema. Los ingenieros que construyeron esas cosas eran demasiado listos, y sabían que algunos de nosotros terminaríamos sintiéndonos deprimidos e intentaríamos matarnos. No hay ninguna llave que puedas meter entre los engranajes, han previsto todas las posibilidades. Lo único que puedes hacer es esperar hasta el final.

—Seis meses más —gruñó él—. ¿Qué representa eso en segundos?

—Veinte menos desde que has formulado la pregunta, y ¿no crees que han pasado aprisa? Mirado desde ese punto de vista, tuvo que reconocer que ella tenía razón. No experimentaba ningún tiempo subjetivo entre la pregunta y la respuesta. ¡Si tan sólo pudiera borrar los días y las semanas tan fácilmente como los segundos!

—Escucha, amor, estoy dispuesta a hacer cualquier cosa que pueda ayudarte. Realmente, ¿ayudará el que intente mantenerme fuera de tu mobiliario?

Él suspiró; realmente ya no se sentía interesado en aquello. Pero al menos sería una ocupación.

—De acuerdo —dijo.

Así que se pusieron a la tarea, y ella colocó cuidadosamente tiras de cinta adhesiva en su suelo señalando la localización de los objetos en la habitación de él. Jordán la fue guiando, puesto que ella no podía ver nada de la habitación de él excepto su persona. Cuando estuvo todo terminado, ella le hizo observar que no podría entrar en su propio dormitorio sin atravesar el coelostat auxiliar de él. Jordán dijo que no importaba, siempre que evitara todo lo demás.

Cuando hubieron terminado, se sintió tan deprimido como siempre. Observarla arrastrarse sobre manos y pies incrementaba su deseo hacia ella. Era tan hermosa, y él estaba tan solo... La forma en que su cabello caía en largos y cenicientos mechones sobre sus arremangadas mangas, la curva de los dedos de sus pies cuando se arrodillaba para arrancar una tira de cinta adhesiva, el elástico movimiento de los tendones de sus piernas..., toda la mirada de pequeños detalles que conocía tan bien y que sin embargo no conocía en absoluto. El ansia de adelantar los brazos y tocarla era insoportable.

—¿Qué te gustaría hacer hoy? —preguntó ella cuando hubieron terminado de colocar las señales.

—No lo sé. Sin duda cualquier cosa que no me es posible hacer.

—¿Te gustaría que te contara una historia?

—No.

—¿Quieres contarme tú una a mí?

Cruzó las piernas nerviosamente. No sabía cómo manejarlo cuando él se hundía en aquel arisco estado de ánimo.

Treemonisha no se sentía sometida a los terrores de soledad que desgarraban a Jordán. Se las arreglaba bastante bien ella sola, excepción hecha de las a veces enloquecedoras presiones sexuales. Pero la masturbación la satisfacía mucho mejor que a Jordán. No esperaba problemas mientras aguardaba los seis meses que faltaban para ser enviada de vuelta a Plutón. Había un aspecto agradable para ella en aquella situación: el intenso sentimiento de anticipación mientras aguardaba el momento en que finalmente estuvieran el uno en brazos del otro.

A Jordán le costaba enormemente posponer sus deseos. Esos deseos, sorprendentemente para él, no eran ante todo sexuales. Anhelaba sentirse rodeado de gente. Estar codo a codo con toda una multitud, oler el olor humano a su alrededor, chocar contra la gente, ser empujado incluso. Hasta recibir un puñetazo en el rostro si era necesario. Pero ser *tocado* por otro ser humano. No era necesario que fuese Treemonisha, aunque ella era la primera en su lista. La amaba, incluso cuando le chillaba por ser tan enloquecedoramente insustancial.

—De acuerdo, te contaré una historia.

Permaneció en silencio, intentando pensar en alguna que tuviera algún aspecto de originalidad. No pudo, y así volvió a *Las nuevas hazañas de los exploradores del Planeta Rosa*. Para esa historia, Treemonisha tenía que desnudarse completamente y tenderse boca arriba en el suelo. El se sentó muy cerca de ella, y dio la señal de partida al trío de aventureros.

El capitán Rock Rogers, comandante de la expedición, que había conducido intrépidamente al grupo sobre los bostezantes pliegues y alrededor de los profundos poros que se abrían en la traicionera superficie del planeta rosa. El conquistador de la Montaña Senoiz-quierdo, el hombre que había plantado por primera vez la bandera de los Planetas Unidos en la oscura cima de esa peligrosa e inestable prominencia y estaba planeando un asalto a la legendaria Montaña Senoderecho, hogar de la salvaje tribu de los microbios asesinos. ¿Por qué?

—Porque está ahí—informó Treemonisha.

—¿Quién está contando esta historia?

La doctora Maryjane Peters, quien había inventado el polarizador epidérmico que hacía que los gigantescos, radiactivos y mutantes cangrejos piojo se hundieran en el epitelio durante la peligrosa excursión del trío a la Jungla Púbrica.

—Sigo creyendo que eso de los cangrejos piojo te lo has inventado tú.

—Informo lo que veo. Cállate, niña.

Y finalmente Trog, medio hombre, medio masa viscosa, que había utilizado sus bárbaros poderes para domesticar a Jo-Jo, la pulga devorahombres, pero que secretamente era un espía de la Horda Arcturiana y estaba trabajando para sabotear la expedición y las esperanzas de toda la humanidad. En el momento en que encontramos de nuevo a los aventureros, Maryjane le está diciendo a Rock que debe aventurarse de nuevo hacia el sur, desde su base instalada en los inicios de la densa y retorcida Jungla Púbrica, o su destino está sellado.

—¿Por qué eso, querida? —dice Rock juvenilmente.

—Porque, querido, allá al fondo del Gran Valle de la Hendedura se hallan los únicos depósitos de almizclita de todo el planeta, y debo conseguir un poco de ella para reparar el denoxificador quemado del hiperpropulsor, o la nave nunca podrá...

Mientras tanto, de vuelta a la realidad, Treemonisha hizo que su Promontorio Izquierdo Norte avanzara hacia el sur y se frotó ligeramente el Gran Valle de la Hendedura, ocasionando una conmoción en toda la flora y la fauna de allí.

—¡Terremoto! —chilla Trog, y echa a correr aullando hacia la seguridad del gran cráter en el centro de la Llanura del Vientre.

—Estrictamente hablando no —señala Maryjane, aferrándose a un ondulante árbol a fin de mantener el equilibrio—. Creo que podría llamarse más exactamente un temblor de Treemonis...

—Treemonisha. ¿Tienes que dedicarte a eso en el momento en que estoy llegando al núcleo de la historia? Interfiere con toda la línea argumental.

Ella colocó de nuevo la mano en su costado e intentó sonreír. Estaba dispuesta a condescender a todo lo que él dijera, a intentar que volviera a ser él mismo, pero era pedir mucho. ¿Para qué servían esas historias, razonó, sino para excitarla y darle una oportunidad de obtener algo de alivio?

—De acuerdo, Jordán. Esperaré.

Él la miró silenciosamente. Una lágrima tembló en la punta de su nariz, colgó por unos momentos allí, y luego cayó hacia el abdomen de ella. Que por supuesto no se humedeció. Fue seguida por otra, y por otra, y siguió sin humedecerse, y él sintió que sus hombros empezaban a temblar. Se dejó caer hacia la suave e invitadora superficie de aquel cuerpo femenino, y su cabeza golpeó duramente contra el suelo. Cerró apretadamente los párpados a fin de no poder ver, y lloró en silencio.

Al cabo de unos impotentes minutos, Treemonisha se puso en pie y se fue, para permitir que se recuperase en la intimidad.

Treemonisha llamó varias veces durante los siguientes cinco días. Cada vez Jordán le dijo que deseaba estar solo, lo cual no era estrictamente cierto; deseaba mucha más compañía de lo que se atrevía a reconocer, pero tenía que probar el aislamiento y ver qué efecto le producía. Lo consideraba como un test de destrucción..., un buen principio en ingeniería pero cuestionable en lo relativo a equilibrio mental. Sin embargo, había agotado todo lo demás.

Incluso había llamado al Humanoide, su único otro vecino dentro del alcance de la radio. Él y Treemonisha lo habían llamado así debido a que parecía un robot burdamente construido, y actuaba exactamente como si lo fuera. El Humanoide era el representante de la Lásercom. Nadie sabía su nombre, si es que tenía alguno. Cuando Jordán había preguntado a algunos cazadores de agujeros que estaban de paso acerca de él, le habían dicho que llevaba por allí más de veinte años, y siempre se había negado a ser relevado.

No era que el Humanoide fuera hostil; simplemente, no era nada. Cuando Jordán lo llamaba, respondía rápidamente a la llamada, pero no decía nada. Nunca iniciaba nada. Contestaba a todas las preguntas con un «sí», un «no» o un «no lo sé». Si la respuesta requería toda una frase, no contestaba nada en absoluto.

Jordán se lo quedó mirando y renunció a su plan de aislarse completamente por el resto de su estancia en la estación.

—Ése soy yo dentro de seis meses —dijo, cortando la comunicación sin siquiera decir adiós, y llamó a Treemonisha.

—¿Me quieres todavía en tu bolo? —preguntó.

—Me gustaría poder alcanzarte y agarrarte por las orejas y meter algo de sentido común en tu cabeza a base de tirones. Mira. —Señaló al lugar donde estaba de pie—. He evitado todas tus líneas de cinta adhesiva durante cinco días, lo cual significa trazar todo un laberinto cada vez que deseo coger algo. Tenía miedo de que me llamaras y yo apareciera de nuevo en medio de tu ordenador y esto te pusiera furioso.

Él parecía avergonzado; estaba avergonzado. ¿Por qué todo aquello?

—Quizá no sea tan importante, después de todo.

Ella se tendió en el suelo.

—Estoy muñéndome de ganas de oír cómo termina la historia —dijo—. ¿Quieres acabarla ahora?

De modo que sacó a Rock Rogers y a Maryjane del armario y los arrojó a los matorrales y, para animar las cosas, hizo entrar en escena a Jo-Jo y a su compañera salvaje, Gi-gi. Durante dos semanas Jordán luchó contra su demencia. Se concentró en los resúmenes del ordenador, obligándose a trabajar en ellos el doble de tiempo que acostumbraba. Todo aquello no hizo más que reafirmarle en su idea de que, si no encontraba algo en el plazo de tres horas, no lo encontraría en absoluto, por mucho tiempo que le dedicara.

Fenómeno interesante, las hojas del ordenador iban siendo cada vez más cortas. Sus resultados menguaban a medida que tenía cada vez menos que estudiar. La oficina madre empezó a mostrar su disgusto, y sugirió que revisara el trabajo de las antenas para ver si había algo que interfiriera en la calidad de la recepción. Lo probó, pero no se sorprendió cuando aquello no cambió nada.

Treemonisha había observado también lo mismo, y había efectuado un análisis de su ordenador.

—Algo está interfiriendo con la señal —le dijo, tras estudiar los resultados—. Es lo bastante grande como para que la redundancia sea insuficiente. Demasiadas cosas están llegando de forma fragmentaria, y el ordenador no puede manejarlas.

Se refería al hecho de que todo lo que llegaba a través de la Línea era repetido de diez a treinta veces. Poco de todo aquello llegaba en su totalidad, pero añadiendo las repeticiones y rellenando las lagunas, el ordenador era capaz de construir un mensaje completo en un noventa por ciento de las veces. Ese índice había bajado en el último mes a un cincuenta por ciento, y la curva seguía descendiendo.

—¿Una nube de polvo? —especuló Jordán.

—No creo que pueda avanzar tan rápidamente. La curva sería mucho más suave, del orden de centenares de años, antes de que nos diéramos cuenta de que hay un descenso.

—Alguna otra cosa, entonces. —Pensó en aquello—. Si no es algo grande, como una nube de polvo bloqueando la señal, entonces o se trata de una pérdida de energía en el transmisor, o de algo que está distorsionando la señal. ¿Alguna idea?

—Sí, pero es tan improbable que prefiero meditarla un poco más.

A veces Jordán se sentía exasperado por la renuencia de Treemonisha a compartir cosas como aquélla con él. Pero era su derecho, de modo que no insistió.

Tres días más tarde, Treemonisha perdió repentinamente una dimensión. Estaba sentada allí en medio de la habitación de Jordán, cuando su imagen se aplanó como una hoja de papel, perpendicular al suelo. Él se hallaba alineado paralelamente a la dimensión perdida, y tuvo que levantarse y rodear aquella imagen plana para verla bien.

—Lo llamaré *Desnudo sentado en un sillón* —dijo—. Tree, eres un recortable de cartón.

Ella lo miró cautelosamente, esperando que no se tratara del inicio de otra crisis de soledad.

—¿Puedes explicarte?

—Encantado. Mi receptor debe de haber iniciado un boicot. Tu imagen ahora es tan sólo bidimensional. ¿Te importaría ponerte en pie?

Ella sonrió y se puso en pie. Giró lentamente sobre sí misma, y el plano siguió orientado en la misma dirección, de modo que distintas partes de su cuerpo resultaron aplanadas ahora. Decidió que aquello no le gustaba, y fue a buscar sus herramientas.

Dos horas de comprobación de todos los circuitos no le dijeron nada en absoluto. No parecía haber nada estropeado en el receptor, y cuando comprobó el

transmisor, el resultado fue el mismo. A la mitad de su comprobación ella informó que la imagen de él también se había aplastado en su receptor.

—Parece como si hubiera algo ahí afuera que está distorsionando las señales —dijo—. Creo que voy a dejarlo correr por ahora. Quiero comprobar algo.

Y diciendo esto cortó la transmisión.

Jordán no se preocupó por la brusquedad de aquello, y decidió que esta vez ella no iba a ganarle en descubrir de qué se trataba. Lo único que podía estar haciendo era buscar la fuente de la distorsión, lo cual quería decir que tenía ya alguna idea acerca de qué buscar.

—Si ella puede imaginarlo, yo también.

Se sentó y pensó furiosamente. Unos cuantos minutos más tarde se levantó y la llamó de nuevo.

—Un agujero negro —dijo ella, apenas aparecer—. Lo he localizado, o al menos he situado aproximadamente el lugar donde debe de estar.

—Eso es lo que iba a decirte —murmuró él.

Pero no lo había encontrado. Tan sólo había imaginado que podía tratarse de eso. Treemonisha lo había sabido con tres días de anticipación.

—Es más bien grande —prosiguió ella—. Las ondas gravitatorias son lo que intercepta la recepción, y ahora está lo bastante cerca como para arruinar nuestras transmisiones. Al principio pensé que podía hacerme rica, pero parece demasiado grande para manejarlo.

Por eso no había dicho nada antes. Si podía localizarlo y poner un rastreador en él, más tarde podría alquilar una nave y regresar en su busca. Los agujeros negros eran fantásticamente valiosos, si eran lo bastante pequeños como para dejarse manipular. También podían ser fantásticamente peligrosos.

—¿Como cuánto de grande? —preguntó.

—No lo sé todavía, excepto que es demasiado grande para perseguirlo. Yo...

Su imagen, ya por completo surrealista debido al aplastamiento, osciló locamente y desapareció. La comunicación había quedado interrumpida.

Durante la siguiente hora se mordió las uñas, y cuando el timbre de llamada sonó, casi se hizo daño al correr hacia el receptor. Ella apareció en la habitación. Era tridimensional de nuevo, llevaba un traje espacial, y no parecía demasiado alegre.

—¿Qué demonios ha ocurrido? Espero que no lo hayas hecho a propósito, porque...

—Cállate. —Parecía cansada, como si hubiera estado trabajando—. Las tensiones. De pronto me encontré cayendo hacia la pared, y toda la estación girando a mi alrededor como una loca. Y de repente todo se puso a crujir y a chirriar como si fuera una casa encantada. Timbres sonando, luces... Sentí un pánico atroz.

Él vio que estaba temblando, y fue su turno de sufrir el dolor de no ser capaz de alzarse y reconfortarla.

Ella recuperó el control de sí misma y prosiguió:

—Fueron las tensiones de marea, Jordán, como esas que has leído que pueden destrozar a un cazador de agujeros si no es lo bastante cuidadoso. Si se acerca demasiado. Hubiera podido ser mucho peor, pero afortunadamente fue un estallido lento, y apenas acabo de recuperar el control ahora mismo. Voy a dejarme puesto el traje durante un tiempo, porque todo ha quedado deformado. No lo bastante deformado como para apreciarlo a simple vista, pero sí lo suficiente. Algunas soldaduras se han rajado. Algunos cristales se han hecho añicos. Todo lo que era rígido ha sufrido una tensión más o menos intensa. Mi láser está roto, y supongo que todas las piezas del equipo de precisión deben de estar desajustadas. Además, mi órbita ha resultado alterada. Estoy dirigiéndome despacio hacia ti, al tiempo que me alejo progresivamente del Sol.

—¿Con qué rapidez? —No la suficiente como para hallarme en peligro. Estaré por la zona cuando envíen una nave a buscarme. Ah, oye, debes enviar un mensaje tan rápido como te sea posible a Plutón, diciendo lo que ha ocurrido. Obviamente, yo no puedo comunicarme con ellos.

Lo hizo, más para calmarse a sí mismo que porque creyera que era tan urgente como todo eso. Pero estaba equivocado.

—Jordán, creo que va a pasar cerca de ti. Será mejor que estés preparado.

Jordán, de pie frente a la única portilla de la estación, contemplaba el lento girar de las estrellas. Se había puesto su traje, la primera vez que lo hacía desde su llegada. Simplemente, hasta entonces no había habido ninguna necesidad.

El puesto de escucha de la Línea Estelar tenía la forma de unas gigantescas pesas de gimnasia. Uno de los extremos contenía la central de energía de fusión, y el otro era el habitáculo de Jordán. A mil metros de distancia, inmóvil con relación a la estación, se hallaba el enorme plato parabólico que era el que realmente efectuaba la escucha.

—¿Por qué no darán a estas estaciones algún medio para moverse?

Estaba hablando por la radio de su traje. El holotransmisor de Treemonisha había dejado de funcionar definitivamente, y ella no se veía capaz de arreglarlo. Había demasiados circuitos distorsionados en sus entrañas; demasiadas resistencias habían resultado alteradas, demasiados microcircuitos retorcidos. Se dio cuenta lúgubramente de que, aunque el paso del agujero no le causara a él ningún daño, no volvería a verla de nuevo hasta que fueran rescatados.

—Demasiado costoso —dijo ella pacientemente. Sabía que él estaba hablando únicamente para mantenerse en calma, y no costaba nada dar a sus palabras un tono apaciguador, a fin de ayudar en lo posible—. No hay necesidad, bajo circunstancias normales, de mover las estaciones una vez han sido situadas en su lugar. Así que, ¿para qué malgastar masa en impulsores?

—«Circunstancias normales» —bufó él—. Bueno, no han pensado en todo, ¿no crees? Quizá había una forma en que hubiera podido matarme. ¿No deseas decirme cuál era, antes de que muera?

—Jordán —dijo ella suavemente—, piensa en eso. ¿No es más bien improbable que un agujero negro pase lo bastante cerca de tu posición como para constituir un peligro? La gente los persigue durante años sin encontrarlos. ¿Quién esperará que uno de ellos te persiga a tí?

—No has respondido a mi pregunta.

—Después de que haya pasado, te lo prometo. Y no te preocupes. Sabes lo improbable que es que pase tan cerca de ti como lo hizo de mí. Ten algo de fe en las estadísticas. Seguramente pasará por tu lado con un amplio margen de seguridad.

Pero él no oyó lo último. El suelo empezó a vibrar lentamente, en largas y aceleradas ondulaciones. Oyó un sonido, incluso a través del traje, que le recordó a una perforadora abriéndose camino a través de una sólida pared de roca. Unos dedos fantasmales tiraron de él, intentando echarlo hacia atrás, hacia el lugar donde debía de estar el agujero, y las estrellas al otro lado de la portilla se sobresaltaron, iniciaron una loca danza, disminuyendo su girar, deteniéndose, girando en el otro sentido, moviéndose arriba y abajo, luego empezando a torbellinear.

Estaba buscando algo a que agarrarse cuando la portilla frente a él se pulverizó y se sintió expelido con un monstruoso sonido de succión, junto con todo lo de la estación que no estaba clavado o atornillado, hacia el agujero de un metro de diámetro recientemente abierto. Alzó con rapidez las manos para proteger el visor de su traje, y la parte de atrás de su cabeza golpeó duramente contra el borde de la portilla cuando pasó a través de ella.

Las estrellas giraban a un ritmo lo bastante rápido como para hacerle sentir mareo. ¿O giraban las estrellas precisamente porque él se sentía mareado? Abrió cautelosamente los ojos de nuevo, y todavía seguían girando.

Su cabeza pulsaba fuertemente, pero no podía sincronizar el ritmo de esas pulsaciones con el dolor. «Además —se dijo a sí mismo en tono declamatorio—, las estrellas están girando. Pasemos a la siguiente pregunta. ¿Dónde estoy?»

No tenía ninguna respuesta, y deseó poder deslizarse de nuevo a aquella reconfortante oscuridad. Negrura. Negro.

Recordó, y deseó no haber recordado.

—Treemonisha —gimió—. ¿Puedes oírme?

Evidentemente, no podía. «Primer punto en el orden del día: detener el giro antes de que mi cabeza se desatornille de mi cuerpo.» Manejó con cuidado los pocos familiares controles de los chorros de su traje, arrojando prudentemente chorros de gas hasta que las estrellas disminuyeron su girar, frenaron y casi se inmovilizaron, excepto por una deriva residual que apenas era apreciable. —Se está muy solo aquí afuera —observó.

Aquello debía de ser el Sol. Era lo bastante brillante como para serlo, pero se dio cuenta de que se hallaba en un lugar equivocado. «Debería estar, veamos, ¿dónde?» Lo localizó, y no era ni con mucho tan brillante como la cosa que acababa de ver hacía un momento.

—Es el agujero —dijo, con un toque de asombro en su voz.

Sólo una cosa podía haber hecho que brillara así.

El agujero negro que había destruido su hogar era bastante grande, casi tanto como un asteroide grande. Pero pese a todo, era mucho más pequeño que su estación. De hecho, sólo una pequeña fracción de un centímetro de diámetro. Sin embargo, en su «superficie», la gravedad era tan enorme que resultaba casi inimaginable. La luz que veía era causada por las piezas dispersas de su estación, que eran barridas hacia el agujero y se colapsaban en su interior en neutronio, para seguir luego otros procesos. Se preguntó a cuánta radiación se habría visto expuesto. Muy pronto se dio cuenta de que probablemente eso no tenía la menor importancia.

Había algunos fragmentos grandes de la estación girando cerca de él, apenas visibles a la luz de las estrellas. Distinguió uno de los cohetes de tres metros que utilizaba para enviar los informes diarios a Plutón. Por un alocado segundo pensó haber hallado una forma de salirse de aquello. Quizá utilizando el cohete pudiera abrirse camino propulsándose hasta Treemonisha. Luego recordó que había estado trabajando en aquella posibilidad con el ordenador durante uno de sus momentos más solitarios. Esos cohetes estaban diseñados para acelerar un transmisor del tamaño de un guisante hasta una tremenda velocidad, y no había ninguna previsión para decelerarlos en ningún momento, o variar el empuje, o girar la orientación. No le servían de nada. Aunque lograra trastearlos de algún modo a fin de que pudieran impulsarle en vez de simplemente agujerearle la espalda, el valor delta-V que podría conseguir de ellos no le permitiría alcanzar a Treemonisha hasta dentro de unas tres semanas. Y eso era demasiado, demasiado tiempo.

De todos modos, se puso al trabajo. Estaba cansado de colgar allí en medio del espacio a mil millones de kilómetros de cualquier cosa. Deseaba acercarse a él, tener alguna cosa a la que poder mirar.

Se aferró al cohete y lentamente detuvo su rotación. Luego se agarró convulsivamente a él, como un mono herido se agarraría a la rama de un árbol. Un día más tarde seguía aún agarrado a él, pero había encontrado una metáfora mejor. «Como un naufrago aferrándose a una tabla.» Se rió de sí mismo. No, no estaba seguro de que le gustara más que la otra. Si se soltaba del cohete, no le ocurriría absolutamente nada. No se ahogaría en un mar de agua salada, ni siquiera se

ahogaría en un vacío completo. Era como el mono: muy asustado y no dispuesto a soltarse de la sensación de seguridad que esa rama le daba.

—... llamando. Treemonisha llamando a Jordán. Por favor, responde rápido si puedes oírme, porque tengo la radio orientada a...

Se sintió demasiado sorprendido para responder inmediatamente, y la voz se desvaneció. Entonces gritó hasta enronquecer, pero no hubo respuesta. Durante un tiempo se abandonó a la desesperación.

Luego se recuperó, y reunió los fragmentos de razonamiento que aún le quedaban para intentar adivinar lo que estaría haciendo ella. Debía de estar rastreando el sendero de restos de la estación con un ajustado haz de radio, esperando que él fuera uno de los trozos de metal que el radar le iba detectando. Debía de estar alerta y ponerse a gritar la próxima vez que la oyera.

Horas más tarde, intentaba convencerse de que no se había tratado más que de una alucinación.

—... oírme, porque...

—¡Treemonisha!

—... tengo la radio conectada de modo que rastree los restos de tu estación, y si te tomas tu tiempo, no te oiré. Treemonisha llamando. ..

La voz se desvaneció de nuevo. Se estremeció en silencio.

—¡Jordán!, ¿puedes oírme ahora?

La voz osciló y se desvaneció, pero estaba allí. Treemonisha debía de estar accionando la radio manualmente.

—Te oigo. Ya lo he descubierto.

—¿Descubierto el qué?

—Tu forma de cometer suicidio sin dolor. Pero estabas equivocada. Es cierto que si hubiera salido fuera de la estación llevando mi traje, finalmente habría muerto por envenenamiento de anhídrido carbónico, pero estabas equivocada si pensaste que yo podría soportar este aislamiento. Hubiera regresado a la estación a las pocas horas...

Su voz se quebró cuando se obligó a mirar de nuevo a las profundidades sin fondo que lo rodeaban.

—Tú siempre tomas el camino difícil, ¿no? —dijo ella, con una voz tan suave y compasiva que parecía como si estuviera habiéndole a un niño. ¿Por qué ibas a salir de la estación?

—Aaaaa... —gorgoteó él.

Una vez más, ella iba un paso por delante. ¿Por qué salir de la estación, realmente? Eso es lo que uno hace en un traje espacial. No lo llevas dentro de la estación, aislándote por completo de los infalibles sistemas de seguridad, a menos que desees morir cuando se agote el oxígeno de tus depósitos.

—No soy tan obtuso, y tú lo sabes —prosiguió—. ¿Quieres decirme por qué no pensé yo en eso? No, espera, no lo hagas. No me ganes en eso también. Yo te diré el porqué. Porque en realidad no deseaba matarme. Si hubiera sido sincero, habría pensado en ello.

—Eso es lo que creí en última instancia. Pero no deseaba correr el riesgo de decírtelo. Podías sentirte impulsado a probarlo, si sabías que había un medio.

Algo estaba hurgando dentro de Jordán. Frunció el ceño para obligarlo a salir a la superficie, y lo consiguió.

—El lapso de tiempo es más corto —observó—. ¿A qué distancia estamos el uno del otro?

—Un poco más de dos millones de kilómetros, y seguimos acercándonos. El último dato que he podido sacarle a mi computador, que está funcionando a trancas y barrancas, es que pasarás aproximadamente a uno coma cinco millones de kilómetros de mí, y que lo harás a una velocidad relativa de cinco mil.

Carraspeó.

—Esto..., a propósito, ¿cuánta reserva te queda?

—¿Por qué te preocupas? Desapareceré a su debido tiempo, y no tendrás de qué preocuparte si no sabes el tiempo de vida que me queda.

—Pero quiero saberlo. Necesito saberlo.

—De acuerdo. El pequeño indicador que tengo aquí dice que mis recicladores seguirán funcionando todavía durante otros cinco días. Después de eso, ninguna garantía. ¿Te sientes mejor ahora?

—Sí, me siento mejor. —Una nueva pausa—. Jordán, ¿necesitas realmente seguir hablando conmigo ahora? Puedo estar aquí contigo tanto tiempo como sea necesario, pero hay muchas cosas que debo hacer para mantener mi estación en funcionamiento, y no puedo permitirme gastar la energía necesaria para hablar constantemente contigo, durante cinco días. Las baterías trabajan mal, y necesitan una constante atención.

Él intentó no sentirse dolido. Por supuesto, ella estaba sosteniendo su propia lucha para mantenerse con vida...; aún tenía posibilidades. No sería Treemonisha si tirara la toalla porque las cosas se estaban poniendo mal. La nave de rescate la localizaría, estaba seguro de ello, y la encontraría trabajando duramente para hacer que todo funcionara lo mejor posible.

—No te preocupes, puedo ir tirando —dijo, intentando de la mejor manera posible eliminar el reproche de su voz.

Se sentía avergonzado ante esos sentimientos, pero así eran las cosas. La verdad desnuda era que por un breve momento había tenido la sensación de que el hecho de morir no iba a ser tan duro si tenía la posibilidad de hablar con ella. Ahora ya no lo sabía.

—Bien, entonces cortaré la comunicación. Puedo llamarte dos veces al día, si mis cifras son correctas, y hablar una hora contigo sin gastar demasiada energía para lo demás que tengo que hacer. ¿Estás seguro de que te encuentras bien?

—Estoy seguro —mintió.

Y nada más cierto. No se sentía bien en absoluto.

La primera espera de doce horas fue una mezcla de desgarradora soledad y agorafobia galopante.

—Aproximadamente la mitad de la una y la mitad de la otra —comentó en uno de sus momentos de lucidez.

Esos momentos eran más bien raros, y no podía escatimarse el lujo de hablar en voz alta cuando se hallaba lo bastante cuerdo como para comprender lo que estaba diciendo.

Y luego Treemonisha llamó, y él lloró a lo largo de toda la conversación, pero sus lágrimas no se reflejaron en su voz, de modo que ella nunca sospechó nada. Eran lágrimas de felicidad, y empaparon el interior de su traje con su infinito amor hacia ella.

Ella cortó la comunicación, y él empezó a odiarla, diciéndole a las indiferentes estrellas lo horriblemente que lo estaba tratando, cómo era el ser más desagradecido desde allí hasta 70 Ophiuchi.

—Podría ahorrar la energía suficiente como para hablar unos cuantos minutos más conmigo —dijo irritado—. Estoy pudriéndome aquí afuera, y ella lo único que tiene que hacer es ajustar el índice de renovación de aire en su dormitorio o barrer un poco. Es tan condenadamente importante para ella mantener su casa limpia que se permite el lujo de abandonarme aquí solo por completo.

Luego se dio de patadas por pensar así de ella. ¿Por qué iba ella a arriesgar su vida, malgastando una energía que necesitaba para seguir respirando, simplemente para hablar con él?

—Yo ya estoy muerto, de modo que ella está malgastando su tiempo. La próxima vez que llame le diré que no es necesario que vuelva a hacerlo.

Aquel pensamiento lo reconfortó. Sonaba tan altruista, y se sentía tan incómodamente consciente de que estaba exigiendo demasiado de ella... Si Treemonisha hacía todo lo que él deseaba que hiciera, no iba a tener tiempo para nada más.

—¿Cómo te encuentras, Rock Rogers?

—¡Treemonisha! Qué estupendo que hayas llamado. He estado pensando en ti todo el día, sin esperar otra cosa excepto que sonara el teléfono.

—¿Es eso sincero, o de nuevo me odias?

Se serenó, dándose cuenta de que a ella podía resultarle difícil decir algo más, con los maniacos cambios de humor de Jordán.

—Sincero. Voy a soltarlo todo, porque no puedo soportar el mantenerlo callado por más tiempo. ¿Has pensando en algo, cualquier cosa, que yo pueda hacer para salvarme? He intentado pensar, pero parece que ya no puedo pensar correctamente. Apenas tengo un atisbo de algo, se me escapa de entre los dedos. Así que te lo pregunto a ti. Siempre has sido más rápida que yo en ver las formas de hacer algo. ¿Qué puedo hacer?

Ella guardó silencio durante largo rato.

—Esto es lo que tienes que hacer. Tienes que acomodarte a tu situación actual y permanecer con vida tanto tiempo como te sea posible. Si sigues presa del pánico como hasta ahora, vas a terminar abriendo tu válvula y dejando escapar todo el aire. Entonces todas las apuestas se habrán perdido.

—Si tú apostarás, ¿lo harías a que importa algo el tiempo que yo permanezca vivo?

—La primera regla de la supervivencia es no renunciar nunca. Nunca. Si lo haces, jamás sacarás ventaja de los antojos del destino que pueden salvarte. ¿Me oyes?

—Treemonisha, nunca volveré a hacer apuestas. ¿Estás haciendo algo para salvarme? ¿Has pensado en algo? ¿Exactamente cuántos «antojos del destino» tienes en mente?

—Tengo algo que puede funcionar. No voy a decirte lo que es, porque no confío en que permanezcas tranquilo al respecto. Y eso es todo lo que conseguirás de mí.

—¿Has tenido en cuenta que no saber lo que me espera va a ponerme más nervioso que saberlo y preocuparme por ello?

—Sí —admitió ella llanamente—. Pero con toda franqueza, no te quiero mirando por encima de mi hombro y dándome codazos mientras intento ponerlo en marcha. Estoy haciendo lo que puedo aquí, y simplemente te diré lo que tú tienes que hacer ahí. Eso es todo lo que puedo hacer por ti, y no cambiarás mi modo de pensar ni siquiera con una de tus habituales crisis. Grita todo lo que quieras, di que no soy justa, que tienes derecho a saber. No eres racional, Jordán, y tú eres quien ha de salirse de esto. ¿Estás preparado para cortar la comunicación? Tengo un montón de trabajo que hacer.

La siguiente llamada fue aún más breve. No deseaba recordarlo, pero le había lloriqueado a Treemonisha, y ella le había respondido irritada, y luego se había disculpado por ello, y luego le había vuelto a hablar irritadamente cuando él intentó arrancarle algo, un indicio, por pequeño que fuera.

—Quizá esté equivocada al no decírtelo —admitió—. Pero una cosa sí sé: si transijo y te lo digo ahora, la siguiente comunicación estará llena de tonterías por tu parte acerca de cómo y por qué mi plan no va a funcionar. Anímate, muchacho. Cuéntate a ti mismo una historia, recítate los números primos. Imagínate por qué la entropía avanza hacia la estasis universal. Pregúntate quién es el Humanoide. Pero no hagas lo que él hace. No es tu estilo. Hasta luego.

Las siguientes doce horas marcaron el principio de una creciente esperanza para Jordán, teñida con las primeras huellas de confianza.

—Creo que seré capaz de soportarlo —les dijo a las estrellas. Echó una nueva mirada a lo que le rodeaba—. Estáis tan lejos... —dijo a las frías e impersonales luces. Sonaba bien, así que prosiguió—: ¿Cómo puedo tener la sensación de que estáis tan lejanas, cuando no tengo ninguna perspectiva respecto a vosotras? Podríais ser simplemente motas de suciedad posadas sobre mi visor. Sois motas.

Y lo fueron.

Con el descubrimiento de que tenía un cierto control sobre su entorno, se sintió animado a experimentar con él. Utilizando su imaginación, pudo trasladar las estrellas de su visor hasta las lejanas distancias, centenares de metros más allá. Eso hizo que el espacio disponible a su alrededor adquiriera un considerable tamaño, pero no abrumador. Ajustó su imaginación como un sintonizador, moviendo las estrellas y galaxias hacia delante y hacia atrás, haciendo variar el tamaño del espacio que percibía.

Cuando ella llamó de nuevo, él le dijo con voz triunfante que ya no le importaba el aislamiento en el que flotaba. Y era cierto. Había trasladado las estrellas de vuelta a sus posiciones originales, a años-luz de distancia, y las había dejado allí. Ya no importaba.

Ella le felicitó cansadamente. Había tensión en su voz; había estado trabajando duramente en sus misteriosas tareas, que la habían mantenido alejada de la radio. Jordán ya no creía la historia de que el mantenimiento de la estación le ocupaba todo su tiempo. Si fuera cierto, ¿cómo iba a disponer de tiempo para trabajar en su rescate? La lógica de todo aquello le hizo sentirse mucho mejor.

Ya no se aferraba a su madero como un ancla contra la soledad. Había empezado a considerarlo más bien como una base a partir de la cual podía vagar. Perchado sobre él, contemplaba el inmenso universo. Miró a la pequeña y cegadora chispa de luz que era el Sol y se preguntó cómo la bulliciosa masa de gente que formaba su mundo y que tanto había necesitado durante tanto tiempo podía estar contenida en un espacio tan pequeño. Podía adelantar el pulgar y cubrir todos los planetas interiores, y su palma ocupaba casi todo el resto. Miles de millones de personas allí abajo, empaquetadas sólidamente, mientras él tenía aquel inmenso océano negro para revolcarse en él.

El tiempo de Jordán se había reducido a cinco horas. Estaba hambriento, y el aire en su casco hedía.

—Ahora son las catorce horas —indicó Treemonisha—, y todo va bien.

—¿Eh? Ah, eres tú. ¿De qué estás hablando?

—Vaya, realmente estás empezando a desvariar, ¿eh? Estoy hablando de que es la hora de una de mis dos llamadas diarias para ver cómo van las cosas en tu pequeña parcela de espacio. ¿Cómo te encuentras?

—Maravillosamente. Estoy en paz. Cuando el oxígeno se acabe, moriré al fin con una muerte pacífica. Y tengo que darte las gracias por ello.

—Yo siempre esperé morir gritando y pataleando —dijo ella—. ¿Y qué es todo eso de morir? Ya te dije que estaba preparando algo.

—Gracias, querida, pero ya no necesitas seguir con eso. Me alegra que lo hicieras, porque durante un tiempo no he hecho sino pensar en que estabas trabajando para salvarme, y de otro modo no hubiera alcanzado la paz que tengo ahora. Pero ahora me doy cuenta de que se trataba de un truco para hacerme resistir, para fortalecerme. Y funcionó, Tree, funcionó. Ahora, antes de que cortes la comunicación, ¿puedes grabar unos cuantos mensajes? El primero es para mi madre. «Querida mamá...»

—Espera un poco. Me niego a oír nada tan terriblemente personal a menos que exista una auténtica necesidad de ello. ¿Acaso no encontré un medio para que te

mataras después de que tú desistieras definitivamente? ¿No he enviado siempre cosas más valiosas en mis transmisiones de las que puedas haber enviado tú? ¿Acaso no te has dado cuenta de nada?

—¡El lapso de tiempo!

El pánico estaba trepando de nuevo por su voz cuando susurró roncamente:

—¿Dónde estás?

E inmediatamente:

—A mil kilómetros a estribor tuyo, camarada, y acercándome rápidamente. Mira hacia Géminis, y aproximadamente dentro de treinta segundos podrás ver mis gases de escape mientras intento acercar esa cosa sin matarnos a los dos.

—¿Esa cosa? ¿Qué cosa?

—Esa nave. Estáte atento.

Se volvió a tiempo para ver el inicio de las llamas. Cuando se apagaron supo exactamente cuál había sido el impulso; lo había visto infinidad de veces. Habían sido tres segundos cinco octavos, el impulso exacto de la primera etapa de los cohetes mensajeros que había estado lanzando cada día durante casi un año.

—¡Oh! Hay un buen paquete de «g» encerradas en esas cosas —dijo ella.

—Pero ¿cómo?

—Aguarda unos cuantos minutos más. —Jordán hizo lo que le pedían—. Maldita sea. Bien, no puede hacerse nada, pero llegaré a ti aproximadamente a una velocidad de cincuenta kilómetros por hora, y a medio kilómetro de distancia. Tendrás que saltar, pero puedo arrojarte un cable. ¿Sigues teniendo ese cohete para impulsarte?

—Sí, y me queda bastante combustible en el impulsor de mi traje. Puedo llegar hasta ti. Ha sido una buena orientación, teniendo en cuenta la distancia.

—Gracias. No he tenido mucho tiempo para cuidar todos los detalles, pero...

—Cállate tú ahora. Tengo que ver eso para creerlo. No me distraigas.

Y lentamente, acercándose a él a unos escasos cincuenta kilómetros por hora, apareció... una cosa..., lo que ella había llamado desvergonzadamente una nave.

Era un burdo amasijo de metales soldados, vigas sobresalientes y excesos de masa por todos lados, pero funcionaba. Su núcleo era una serie de soportes de los primeros estadios de los cohetes mensajeros reunidos en enjambres de diez. Pero docenas de cuartos y quintos estadios se arracimaban en extraños ángulos, todos ellos conectados entre sí mediante alambres y al viejo y familiar sillón de Treemonisha. Todo el tapizado y acolchado se había congelado y había sido arrancado sin ninguna consideración. Y en el sillón se hallaba Treemonisha.

—Prepárate para dentro de cincuenta segundos.

—¿Cómo lo hiciste? ¿Cuánto tiempo te tomó?

—Simplemente me hice una pregunta: ¿qué hubiera hecho Rock Rogers? Y empecé a darle forma.

—Nunca me has engañado ni un solo instante. Jamás te importó Rock. ¿Qué hubiera hecho esa supercientífica, Maryjane Peters?

Pudo oír la nota complacida en la voz de ella, aunque Treemonisha intentó no reflejarla.

—Bueno, quizá tengas razón. Trabajé en eso durante tres días, y luego tuve que seguir adelante con el plan estuviera listo o no, porque necesitaba otros dos días para alcanzarte. Trabajé en ello durante todo el camino hasta aquí, y espero seguir trabajando durante todo el camino de vuelta. Pero mi intención es volver, Jordán, de modo que necesito toda la ayuda que pueda conseguir de mi tripulación.

—La tendrás.

—Entonces prepara te. ¡Salta!

Saltó, y ella lanzó un cable, al que él se agarró como un condenado; giraron lentamente el uno en torno al otro, y Jordán sintió como si intentaran arrancarle los brazos, pero mantuvo la presa.

Ella tiró del cable, y él trepó a la desmañada jaula que ella había construido. Treemonisha se afanó a su alrededor, desprendiendo carcasas de cohetes gastados, liberando a la nave del exceso de masa, y sujetándolo a él al gran depósito de oxígeno que había traído consigo.

—Agárrate bien. Vas a tener hematomas en toda la espalda apenas aceleremos.

La aceleración fue brutal, especialmente puesto que no disponían de ningún acolchado para amortiguarla. Pero duró únicamente tres segundos y cinco octavos. —Bueno, he sobrevivido a tres de esas aceleraciones hasta ahora. Una más, y estaremos en casa a salvo.

Se atareó comprobando su rumbo, se sintió satisfecha, y volvió a echarse hacia atrás en su asiento.

Permanecieron sentados uno al lado del otro, sin decirse nada, durante veinte largos segundos.

—Es..., es extraño estar sentado realmente aquí a tu lado —aventuró finalmente él.

—Yo tengo la misma sensación.

La voz de ella era baja, y le costó volver la mirada hacia él. Vacilantemente, su mano avanzó hasta tocar la del hombre. Jordán contuvo el aliento, y casi no supo qué hacer. Pero algo se impuso sobre sus sensaciones cuando finalmente se dio cuenta, por encima de todos sus reflejos condicionados, de que todo estaba bien, de que podía tocarla. Le parecía increíble que los trajes espaciales no contaran para nada; era suficiente con sentir aquel contacto. Convulsivamente, la atrajo con sus brazos y la apretó contra sí. Ella le golpeó la espalda, riendo incontroladamente. Jordán apenas se dio cuenta de aquello a través de su traje, ¡pero era maravilloso!

—Es como hacer el amor a través de un neumático inflado —jadeó ella cuando se hubo calmado lo suficiente como para hablar.

—Y somos las dos únicas personas en el universo que pueden decir eso y afirmar que es algo grande, porque hasta ahora nos habíamos limitado a hacer el amor por medio de tarjetas postales.

Sucumbieron a otra larga e histérica carcajada.

—¿Está muy dañada tu estación? —preguntó finalmente él.

—No demasiado. Todo lo necesario sigue funcionando. Incluso puedo proporcionarte un baño...

—¡Un baño! —Sonaba como las delicias celestiales—. Me gustaría que pudieras olerme. No, me alegra que no puedas hacerlo.

—Pues a mí me gustaría poder. Voy a llenar la bañera de agua muy, muy caliente, y luego voy a desnudarte y a meterte dentro, y voy a frotar todas esas cosas que he estado contemplando durante todo un año, y voy a tomarme mi tiempo en hacerlo, y luego...

—Eh, ya no necesitamos más historias, ¿verdad? Ahora podemos hacerlo nosotros mismos.

—Las necesitaremos durante otros dos días. Más que nunca ahora, porque no podremos alcanzar el lugar que anhelamos los dos a menos que me ocupe de ello. Pero no me has dejado terminar. Después de meterme en la bañera contigo y dejar que tú me laves a mí, y antes de que nos encaminemos cogidos de la mano hacia mi dormitorio, voy a agarrar a Rock Rogers, a Maryjane Peters, a la Viuda Negra, a Marco Antonio, a Jo-Jo y a su salvaje compañera, y voy a meter sus cabezas dentro del agua hasta que se ahoguen.

—No, no lo harás. Reclamo el derecho de ahogar a Rock Rogers personalmente.

## Autorizaciones

*En el salón de los reyes marcianos* («In the Hall of the Martian Kings»). Copyright (©1976 by Mercury Press, Inc. Originalmente publicado en *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, febrero de 1977.

*El fantasma de Kansas* («The Phantom of Kansas»). Copyright ©1976 by UPD Publishing Corp. Originalmente publicado en *Galaxy*, febrero de 1976.

*Incursión aérea* («Air Raid»). Copyright © 1977 by Davis Publications, Inc. Originalmente publicado en *Isaac Asimov's Science Fiction Magazine*, primavera de 1977.

*Verano retrógrado* («Retrograde Summer»). Copyright © 1974 by Mercury Press, Inc. Originalmente publicado en *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, febrero de 1975.

*El paso del agujero negro* («The Black Hole Passes»). Copyright (©, 1975 by Mercury Press, Inc. Originalmente publicado en *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, junio de 1975.